A composite image with a dark, ominous theme. In the foreground, a man with a goatee and a Star of David necklace looks upwards, with a parrot perched on his shoulder. The background shows a brick building, possibly a concentration camp, under a stormy sky with lightning. A skull is visible in the upper right, and a swastika is in a red circle in the upper left.

GUERV

Judío

Katy Molina

CUERVO JUDÍO



Katy Molina

© 2019 julio, primera edición.

Autora: Katy Molina

Editor/diseño de cubierta: KatMG

Ilustraciones interiores: Patricia Montilla.

Corrección: Luís Solís Doctor en Teoría y Crítica Literaria/ Corrector profesional / criticosliterarios@outlook.es / www.byluissolis.es

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

Todos los derechos reservados.

Dedicatoria

La novela *Cuervo Judío* está dedicada a una persona muy especial para mí; Jorge de Oro Martín. Un lector que se fijó en esta novela cuando todavía era un borrador y que apoyó incondicionalmente desde el minuto uno.

Gracias por estar, gracias por ser como eres y gracias por tu generosidad con mi proyecto. Tuve la oportunidad de conocerlo en un evento en Madrid y solo puedo decir de él que es una persona amable, simpática e implicada con el escritor.

El mayor logro de una novela es un lector, porque sin ellos; las historias, no cobrarían vida. Has sido una pieza fundamental para mi *Cuervo*, porque sin tu entusiasmo, y el de muchos lectores, no hubiese llegado al final del camino.

Yo, Katy Molina, te doy las gracias una y mil veces. Los sueños se alcanzan por personas como tú.

Un minuto de silencio

Antes de empezar a leer Cuervo Judío guarda un minuto de silencio por todas aquellas almas que perecieron injustamente en los campos de concentración.

Ellos merecen no ser olvidados. Con sus historias y testimonios le damos la voz que una vez les arrebataron e intentaron borrarlos convirtiéndolos en humo.

¿Estáis preparados para el viaje?

Aquí empieza la extraordinaria historia de un judío que estuvo preso en Auschwitz – Birkenau.



Prólogo

En mitad de la inmensa llanura se levantaba imponente una cortina de humo espeso. En ella se reflejaban las caras de horror y los gritos agónicos de millones de judíos que se despedían de la vida sin más remedio.

Auschwitz - Birkenau albergaba en su interior oscuridad y muerte, la antesala de las peores pesadillas de los prisioneros. Los nazis la bautizaron como la solución final. En otras palabras: el exterminio de los judíos. Nunca antes un ser humano había cometido semejante crueldad y brutalidad.

Los despojaron del raciocinio, de la libertad, de sus vidas, y los llevaron al matadero igual que al ganado. Trozos de carne que olían a muerte; las almas de las víctimas estaban podridas. Jamás pensaron que serían parte del infierno de Dante.

Pero escuchad y atended: *Cuervo Judío* no es una simple novela sobre el holocausto nazi; sus páginas guardan un secreto sobrenatural que cambió la historia de la gran masacre tal y como vosotros la conocéis. Solo os diré que la muerte crea muerte y que de las cenizas surgió un cuervo tan negro como el corazón de Hitler. Esta es la historia de Gabriel, un judío que fue preso en Auschwitz. Un hombre que se convirtió en una leyenda forjada en el fuego del infierno más terrible de toda la historia de la humanidad.

Primera Parte

Entrevista



En la actualidad, Berlín.

Christopher Heber cogió la grabadora, el lápiz y un bloc de notas; había quedado para realizar una entrevista a uno de los supervivientes judíos de Auschwitz – Birkenau. Todavía faltaba media hora para la hora concertada en la cafetería Distrikt Cofee. Suponía que, al ser un hombre mayor, iría acompañado de un familiar y no quería hacerlo esperar.

Salió de casa con el maletín. Estaba eufórico; siempre había soñado con entrevistar a una persona que hubiese vivido el holocausto nazi; tenía el presentimiento de que esa conversación le daría el prestigio que necesitaba dentro de la redacción del Bild, periódico en el que trabajaba.

El día se presentaba nubloso y gris; algunas gotas de lluvia empezaban a mojar el suelo. Christopher se cubrió la cabeza con el maletín para llegar al coche destartalado que había heredado de su padre. No ganaba lo suficiente como para invertir en un modelo nuevo. Arrancó y se puso en marcha; estaba ansioso por conocer a Gabriel. No le había comentado su apellido, pero no importaba. Los testimonios de judíos del horror nazi escaseaban, ya que ninguno quería revivir el sufrimiento pasado.

Aparcó justo enfrente del Distrikt Cofee; quedaban tres minutos para la cita. Salió corriendo del vehículo y cruzó la calle sin mirar; un coche estuvo a punto de atropellarlo. Se disculpó con el conductor y entró en la cafetería con torpeza. Al fondo vio una mesa libre y discreta para una entrevista de esas características. Colocó la gabardina en el respaldo de la silla y abrió el maletín. Dejó la grabadora encima de la mesa y también el bloc y el lápiz.

Miró el reloj con nerviosismo, había pasado un minuto desde la hora prevista y ahí no aparecía nadie. Pidió un expreso mientras esperaba a Gabriel; a la vez, controlaba la puerta de entrada. Miró de nuevo el reloj, marcaba las 18.05 h; llegaba cinco minutos tarde. Le daría un margen de cortesía de veinte minutos; si en ese tiempo no aparecía se iría muy decepcionado.

Le dio un sorbo al café y abrió la libreta para empezar a garabatear. De pronto alguien retiró la silla del otro lado de la mesa y se sentó. El periodista alzó la mirada y vio a un hombre joven, de unos veintidós años, extendiéndole la mano.

—Buenas tardes, señor Heber. Siento el retraso, tenía un asunto pendiente muy importante que no podía esperar.

—Hola... —exclamó desconcertado; esperaba a un hombre mayor—. ¿Es usted el nieto de Gabriel? ¿Su abuelo se ha puesto enfermo?

El joven sonrió de lado y negó con la cabeza. Christopher lo observó de arriba abajo, sin entender. Su aspecto era extraño: la piel era blanca e inmaculada, vestía con un traje y chaqueta muy elegantes. Se cubría las manos con unos guantes de cuero y llevaba unas gafas de sol con cristales negros.

—Disculpe que venga tan formal a la entrevista; vengo de un funeral —explicó al ver que este lo miraba absorto.

— ¡Oh, cuánto lo siento! ¿Su abuelo ha fallecido? Si es así, podemos concertar la cita para otro día, hasta que pase el duelo.

—No, era una vieja amiga. No se preocupe, estoy bien.

—Entonces, ¿su abuelo está enfermo? —Cada vez más el periodista estaba más perdido.

—No, mi abuelo murió en 1930, cuando todavía yo era un niño. Apenas tuve relación con él, era un hombre muy reservado.

—¿Me toma el pelo? ¿Quién es usted?

—Me llamo Gabriel Brawerman, estuve en Auschwitz – Birkenau, en 1943. Trabajé como *sonderkommando* bajo el mandato de Rudolf Hoess y necesito que mi testimonio, mi historia, quede registrada para la posteridad. Después de tantos años, estoy preparado para hablar de ello.

— ¡Eso es imposible! ¿Me toma por idiota? Si eso fuera cierto, usted tendría...

—Ochenta y nueve años, exactamente. Aquí tiene mi documento de identidad de aquel año. —Gabriel sacó del bolsillo de la chaqueta una identificación antigua que hoy en día ya no se utilizaba.

Efectivamente, la fotografía correspondía al actual hombre que se sentaba delante de él, pero aquello tenía una explicación lógica: se parecía a su

abuelo.

—Ha sido un error venir, no debería jugar con algo tan serio como la masacre judía y reírse de ese modo de millones de víctimas.

Gabriel lo agarró de la muñeca para impedirle que se fuera. Christopher notó una fuerza inusual y un halo de peligro; se volvió a sentar y le prestó atención. Su padre siempre le había dicho que a los locos había que seguirles la corriente. Y justo haría eso para salir de allí con vida; no se fiaba ni un pelo.

—Entiendo que no me crea, señor Heber. Pero le estoy diciendo la verdad y por ello le mostraré algo que hará más creíble el testimonio.

El joven estiró el brazo encima de la mesa y le mostró el número tatuado que llevaba en el reverso de la muñeca. Aquello no convenció totalmente al periodista. En la actualidad estaba de moda tatuarse cualquier locura, incluso faltando a la ética.

—Espere, eso es solo el principio.

Este se quitó un guante y mostró sus dedos negros. Aquello llamó la atención de Christopher, pero no le sorprendió porque pensó que se podría tratar de una enfermedad de la piel.

—¿A dónde quiere ir a parar? —preguntó el periodista un tanto molesto.

—A la verdad de mi existencia, señor Heber.

Gabriel sacó las llaves de un coche; en ellas había una pequeña navaja suiza. Christopher tragó saliva y abrió la boca para pedir ayuda, pero la cerró de golpe al ver lo que hizo. El joven hizo una incisión en la palma de su mano, la sangre brotó de repente y al cabo de unos segundos la herida desapareció ante los ojos incrédulos del periodista. El chico misterioso sacó un pañuelo y se limpió la sangre de la mano para que comprobase que la herida había dejado de existir.

—No puedo creerlo, esto es una locura y eso ha sido un truco de magia muy bueno. Tengo que irme, no perderé más el tiempo.

—Es usted un hueso duro de roer, señor Heber. No me queda más remedio que utilizar mi mejor truco; este nunca falla.

Christopher se lo quedó mirando sin comprender. De pronto, dentro de su cabeza escuchó la voz de Gabriel alta y clara. En ese momento pensó que se

podía tratar de un truco de ventriloquia, pero cambió de parecer cuando su mente se vio inundada de imágenes relacionadas con Birkenau; eran tan reales y vívidas que dudó por un segundo haber estado allí. Recuperó la respiración y lo miró pasmado.

—¿Qué es usted, señor Brawerman?

—Por fin me hace la pregunta adecuada, señor Heber. Hace mucho tiempo fui un joven judío apresado por el régimen nazi y obligado a permanecer cautivo en Birkenau. Pero algo inesperado cambió el curso de mi propia historia, alterando mi existencia. En 1943, me convertí en un cuervo.

Capítulo Primero

AUSCHWITZ - BIRKENAU



El infierno de Gabriel



I

Auschwitz – Birkenau, 1943.

Las puertas de madera del vagón se abrieron después de un largo viaje; los rayos de sol cegaron al ganado humano que se apilaba en esas cuatro paredes, lo que provocó que se desorientaran más de lo que estaban. Una bocanada de aire fresco entró directa en sus pulmones; ellos agradecieron al instante el volver a respirar, pero la emoción les duró dos segundos cuando dos soldados nazis comenzaron a tirar de ellos sin ningún tipo de delicadeza; los lanzaban al andén como si fueran marionetas. Muchos cayeron de rodillas haciéndose heridas en carne viva, pero ninguno protestó, no se quejaban del dolor ni menos gritaban. Sabían perfectamente que, si habrían la boca, serían hombres muertos. Aprendieron, a base de horror y muerte, a callar; ese era el camino para tener una oportunidad de supervivencia. Tenían claro que ellos eran la fruta prohibida de la Alemania nazi.

Gabriel escudriñó aquel siniestro lugar; si existía un infierno no tenía duda de que Auschwitz - Birkenau lo era. Sus ojos grabaron el desolador paraje, para nunca olvidar dónde sus pasos, en contra de su voluntad, lo habían llevado. Inmediatamente, los soldados separaron a los hombres de las mujeres, haciendo una selección como en una fábrica de alimentos. Los que estaban maduros los dejaban con vida con un solo propósito: utilizarlos como mano de obra. Y a todos aquellos que estuvieran enfermos o fueran demasiado viejos los llevaban a la cámara de gas, porque no servían para trabajar, incluso a los niños. En aquel campo de concentración no existía la compasión, ni mucho menos cualquier tipo de sentimiento.

Él, por suerte o por desgracia –porque de haber sabido su destino tal vez hubiese preferido la muerte– fue elegido para trabajar codo con codo con la muerte, mirándola directamente a los ojos. A Gabriel lo seleccionaron para trabajar en la cámara de gas como *sonderkommando*: uno de los muchos encargados de llevar a cabo lo impensable. Ellos, de alguna manera, se convertían en Caronte, en el barquero que acompañaba a las almas a la otra orilla, donde la muerte los recibiría con los brazos abiertos. Tener que mirar a aquellas personas a los ojos sin poder decirles la verdad, era doloroso, aunque más de uno sabía que no eran unas simples duchas de desinfección, sino la muerte. Los *sonderkommando* cumplían órdenes directas de los nazis y debían obedecer sin rechistar si querían seguir viviendo. Los apartaban del resto de los prisioneros y convivían todos juntos; el objetivo era que ninguno pudiera decir a otro prisionero lo que los nazis estaban haciendo con los judíos. Todo debía permanecer en el más absoluto secreto, pero era imposible. Simplemente no se hablaba de ello, pues la gran mayoría de los prisioneros eran conocedores de su destino. Los *sonderkommando* no solo participaban en el exterminio, sino que también eran los encargados de pedir a las víctimas que se desnudasen. Una vez que estas se preparaban para abrazar a la muerte no existía la moral ni la ética. Después, esperaban y veían cómo dos soldados nazis ataviados con máscaras de gas avanzaban raudos por el largo pasillo, como si fuesen héroes, preparados para verter los dos grandes bidones metálicos, cuyo contenido pronto aniquilaría a miles de víctimas. El horror se desataba. Al finalizar, el silencio reinaba dentro del búnker. Ellos entraban para sacar los cuerpos de la cámara de gas; se encargaban de extraer los dientes de oro y de afeitar las cabezas para quedarse con el cabello. Arrastraban los cuerpos al crematorio y se deshacían de las cenizas en los ríos.

Aquel lugar era un paisaje desolador, lleno de muerte y locura; el miedo se reflejaba en cada pupila de los miles de prisioneros. Actuar contra los nazis era impensable, tenían tan grabado a fuego el miedo en sus corazones que ni se planteaban unir fuerzas para rebelarse contra el sistema.

Todas aquellas personas no sabían a qué iban a aquel lugar; mucho menos se podían imaginar qué les deparaba el futuro. Hacían cola para ser marcados

con una cifra en el brazo; el número de Gabriel fue 34 666. En ese instante sabían a dónde habían ido a parar. Después les hacían entrega del uniforme a rayas con la insignia de su raza, para distinguirlos; también les rapaban la cabeza para usar el cabello con fines textiles militares. Les arrebataban la dignidad y ni siquiera les dejaban un recuerdo como podría ser un reloj, anillo o pulsera. Los preparaban para morir.

A él le asignaron un barracón no muy lejos de una de las cinco cámaras de gas que había en el campo. Era un lugar triste y lleno de dolor y lágrimas, su primera noche fue horrible, pues no pudo pegar ojo por los lamentos que se escuchaban en el silencio nocturno; era más terrorífico que las propias pesadillas. Se habían convertido en una piara de cerdos, pero con la diferencia de que a ellos no los alimentaban antes de matarlos. Al contrario, dejaban que su piel se fundiera con sus huesos para llevarlos al matadero.

Gabriel era judío y, para los nazis, su raza debía ser exterminada. Solo la aria tenía cabida en el mundo. Los judíos eran ratas, escoria y como tal había que acabar con aquella plaga.

Su primer día de trabajo fue estremecedor y terrible. Junto a otros compañeros veían cómo dos soldados nazis introducían los cristales por unas chimeneas que desembocaban en la cámara de gas. Al principio no sabían muy bien su cometido, y tampoco conocían el efecto de esos cristales hasta que él miró por unas pequeñas ventanillas de vidrio grueso que daban al interior del lugar y pudo ver con sus propios ojos a la muerte segando vidas. Las personas, a causa del veneno, se orinaban y defecaban sin control de su cuerpo; luchaban por su vida desesperadamente hasta que se desmayaban. Después venía la muerte cerebral, el coma y finalmente morían. Veinticinco minutos de agonía.

Las piernas le temblaban, esa imagen le perseguiría en sus peores sueños, pero la jornada laboral no había acabado. Ahora tocaba la parte más inhumana: tenían que sacar los cuerpos desnudos y sin vida y apilarlos como si fueran basura para el crematorio. Gabriel entró con la máscara antigás en ese infierno, tenía la cara y el cuerpo descompuestos, era la primera vez que veía tantos cadáveres juntos: hombres, mujeres y niños. Parecía una obra del mismísimo Satanás. El terror se apoderó de su ser y, sin poder evitarlo, se orinó encima; manchó los pantalones a causa del propio miedo que sintió

mientras sacaba los muertos fuera del búnker. Las lágrimas corrían libres por sus mejillas, limpiando su rostro mugriento. El compañero, al verlo en tal estado de ansiedad, se acercó a él disimuladamente y le susurró al oído para darle un buen consejo.

—Chico, no llames la atención o serás parte de este horror. Te prometo que con los días te acostumbrarás, pero si muestras emoción irás de cabeza a la cámara de gas. Hazme caso y hazte un favor.

Se secó las lágrimas rápidamente con los puños de la camisa al ver a un oficial supervisar el trabajo; no quería ser parte de ese cuadro de muerte.

—Por cierto, soy Adiel.

—Gabriel. —Fue lo único que contestó.

Adiel le dijo que se encargara de llevar los cadáveres al crematorio mientras que él y otros compañeros rapaban el cabello de los muertos y les arrancaban los posibles dientes de oro.

Esa misma noche, nuevamente, no pudo pegar ojo: los recuerdos de aquel primer día de trabajo lo desvelaron, sentía una angustia desoladora en el corazón. Recordó las palabras de Adiel e intentó sobreponerse al dolor. Pero ¿cómo hacerlo? ¿Qué clase de monstruo disfruta matando a millones de personas? Él lo sabía, no era Satanás. Existía un demonio peor, Hitler. Se dijo a sí mismo que con el paso de los días se haría insensible a tanto sufrimiento; jamás fue así. Con cada jornada de trabajo se le iba haciendo una cicatriz incurable en el alma. Sin embargo, aprendió lo básico para sobrevivir: callar y obedecer.



II

Rudolf Franz Ferdinand Hoess era oficial nazi, miembro de las SS y comandante del campo de concentración de Auschwitz II. Un hombre que educaba a los guardias en la insensibilidad al sufrimiento de los presos. Su propósito era exterminar a los judíos, para él, estos eran cucarachas.

Era un hombre que le gustaba tomar el sol en el jardín de la casa familiar que estaba ubicada detrás del crematorio uno. Ahí jugaba con sus hijos mientras que cientos de cadáveres de judíos se convertían en cenizas y olvido.

Aquella mañana soleada decidió dejar solos a sus pequeños en el recinto familiar e ir a buscar placer con una perra judía, así le gustaba llamar a las jovencitas que no superaban la mayoría de edad. Las obligaba a desnudarse en su despacho privado y las violaba de una manera atroz, hasta arrancarles la virginidad. La gran mayoría moría a las horas por desgarros internos e infección. Él las destrozaba.

Esa vez no fue distinta: eligió a una joven judía de tan solo quince años, la violó sin compasión insultándola al oído para meterle más miedo del que ya tenía en el cuerpo. Se excitaba amenazando a lo que él llamaba «escoria de la sociedad». Al llegar al clímax se vaciaba en su interior, y si la joven sobrevivía se encargaba personalmente de redactar un informe de trabajo como no acta y mandarla directamente a la cámara de gas. No quería tener bastardos judíos que pudieran ensuciar su reputación.

Gabriel estaba siendo testigo de aquella brutalidad. Las lágrimas corrían desconsoladas por sus mejillas mientras se tapaba los oídos para no escucharla; intentaba pensar en otra cosa que no fuera lo que en el despacho estaba sucediendo. Al cabo de los minutos se quedó todo en silencio. Confiado de que el comandante había terminado de torturar sexualmente a la

joven, salió del baño con el cubo de la limpieza. Caminó a hurtadillas por el pasillo para pasar desapercibido, pero se detuvo en la puerta de la oficina al ver que la joven seguía ahí. La mirada de la muchacha se cruzó con la de él por un instante, ambos sabían que nada se podía hacer salvo aceptar su destino. Eran conscientes de que vivían constantemente en la cuerda floja o en una ruleta rusa, en cualquier momento sucumbirían y serían parte del cuadro de cadáveres que se apilaban en la fosa común.

La joven, resignada ante su sino, alcanzó un abrecartas de plata que reposaba encima de la mesa. El comandante ajeno a sus intenciones entraba y salía con violencia de su pequeño cuerpo. Gabriel, al ver lo que pretendía, negó con la cabeza para que no lo hiciera, pero lo que vio a continuación no se lo esperó. La joven judía le sonrió con la mirada anegada en lágrimas y acto seguido se clavó el objeto en la yugular acabando con su propia vida en cuestión de segundos. Sabía que si sobrevivía a la violación sería carnaza para los nazis, la seguirían violando y después la matarían pegándole un tiro en la cabeza o, peor aún, en la cámara de gas.

El grito que estuvo a punto de soltar Gabriel se ahogó en su garganta para no ser descubierto. A pesar de estar conmocionado, se alegró de la valentía de la joven por hacer aquello porque con su muerte sería libre de las garras del comandante. Aunque no pudo evitar sentir lástima de que una muchacha tan joven tuviera que quitarse la vida sin ni siquiera haber tenido la oportunidad de vivir. Al final, aquel pensamiento lo desechó, sabedor de que para los judíos no existía un mañana, no tendrían un futuro. Ahora el mundo pertenecía a los alemanes.

Salió de la casa oficial sin mostrar ningún tipo de emoción, puesto que en la puerta había dos soldados vigilando el perímetro. Gabriel solo quería ser invisible en el campo de concentración, un fantasma, al fin y al cabo. Así los nazis no se fijarían en él y tendría más posibilidades de seguir con vida.



III

Por la mañana, temprano, antes de que el gallo cante, Gabriel y todos los hombres del barracón se levantaban para comenzar su jornada de trabajo. Los barracones estaban divididos por géneros, no se mezclaban hombres y mujeres. El silencio se había convertido en su marcha fúnebre. De todos aquellos desmejorados rostros, solo quedarían con vida al final del día menos de la mitad. La mano de obra judía avanzaba por el campo de concentración, muda, desnutrida, con la mirada vacía y los pies pesados por el cansancio. Se oía el desgaste de la suela de los zapatos que arrastraban por la tierra, levantando el polvo al no poder sostener su propio cuerpo.

Los más jóvenes como Gabriel y Adiel caminaban a paso ligero para cubrir sus puestos de trabajo. No querían ser el objetivo de ningún nazi, y aunque también estaban agotados sacaban fuerzas para sobrevivir sin llamar la atención. Una larga cola se formaba en la entrada de la cámara de gas, los más ingenuos e inocentes creían que iban a las duchas ya que los obligaban a desnudarse. Encueros, hombres, mujeres y niños, e intentando tapar sus vergüenzas, iban entrando en orden y sin hacer ruido. Las puertas se cerraron con un sonido metálico aterrador y el pánico se desataba. Miraban a un lado y a otro, buscando una salida. Otros gritaban y lloraban, y los que sabían su destino abrazaban a sus seres queridos o a sí mismos si estaban solos. Después, ante el horror, se desataba el infierno.

Gabriel se sentaba en un rincón detrás de esas paredes llenas de muerte y se tapaba los oídos para no escuchar los gritos y llantos de horror.

—Eh, amigo, levántate —le susurró Adiel—. Vienen a abrirnos las puertas; rápido.

Este asintió y se alzó cambiando la expresión de la cara a una sin

emoción. Entrar por primera vez a la cámara de gas con tantos cadáveres había sido terrorífico y traumático, pero las veces siguientes eran igual. El estómago se le revolvía. Se colocaron la máscara antigás y, aguantando las arcadas, sacaban a aquellas personas sin vida como sacos de patatas; los cogían de las muñecas o tobillos y los arrastraban hasta el crematorio.

Al terminar el trabajo, Gabriel, recitaba unas palabras: «Que vuestra alma descanse en paz, os habéis ganado la libertad». Salió junto a Adiel en busca de la ración diaria de alimento, si se le podía llamar comida, ya que parecía vómito. Hicieron cola y les dieron la misma cantidad que comería un recién nacido, prácticamente nada. Aunque un *sonderkommando* recibía dos raciones de comida al día.

—¿A dónde van nuestros compañeros fuera del campo? —preguntó Gabriel al verlos acompañados de unos soldados.

—A verter las cenizas al río. Los alemanes intentan borrar las pruebas de su crueldad, pero son demasiadas muertes para que el río se las trague. Algún día, nosotros seremos ellos y ese día sabrás que nuestro final está cerca.

—¿Por qué dices eso? —Gabriel tragó saliva sin entender.

—Da igual. —No quiso explicarle el verdadero cometido de un *sonderkommando*—. Pronto seremos parte del infierno de Dante, esqueletos que se consumirán en el fuego del infierno —comentó Adiel mirando con asco la comida.

—Tal vez sea mejor que vivir así... —Gabriel había perdido la esperanza de tener una vida mejor y libre.

—¿Piensas en la muerte? —preguntó su amigo.

—¿Acaso tú no?

—Constantemente, a todas horas y lo único que siento es que no quiero morir.

—Yo a veces pienso en el suicidio, pero sería pecado hacer algo así. ¿A dónde iría después? No quiero un castigo divino —confesó Gabriel a su amigo.

—No existe Dios. Si existiera, ¿permitiría un holocausto? —Adiel se ofendió.

—Tienes razón, ¿a quién quiero engañar? —expresó con pesar.

—Nunca pierdas la esperanza, te mantendrá vivo.

Dieron por terminada la conversación y se levantaron para regresar al barracón, donde pasaban horas jugando a las cartas o simplemente en un silencio absoluto. De camino a su destino pasaron por el almacén de comida, vieron grandes sacos de harina y unos paquetes pequeños que contenían chocolate. Sabían que ese placer exquisito no sería para ellos, sino para los soldados y comandantes.

—¿Te gustaría? —preguntó Adiel con sonrisa pícaro.

—¿Estás loco? Nos cortarían las manos y después nos fusilarán o algo peor, nos llevarán a la cámara de gas.

—Ya vivimos al límite, Gabriel. ¿Me ayudarías?

—¿Cómo? —preguntó incrédulo y con miedo.

Adiel habló con dos chicos más de otro barracón —que pertenecían al crematorio tres— para trabar un plan seguro. Utilizarían la llamada a golpes en esa ciudad cárcel como hacían los policías de las novelas negras del siglo pasado: a base de porrazos en postes u objetos para avisar del peligro. Pasaron aquella noche planeando el golpe, arriesgarían su vida por un trozo de chocolate. Era una locura, pero para aquellos hombres era como robar un diamante. El hombre está hecho de retazos de sentimientos y sensaciones, y su instinto de supervivencia lo puede llevar a perder la razón.

Gabriel no estaba seguro de seguir con el plan, tenía hambre como los demás, pero arriesgar su vida por un trozo de chocolate era pagar un precio demasiado alto. A diferencia de los demás, su instinto de supervivencia le instaba a pensar con la cabeza y no con la barriga. A pesar de opinar lo contrario, no se negó y se quedó ahí escuchando el plan a seguir. No podía defraudar a su amigo Adiel; además, estaba tan desesperado por comer cualquier otra cosa que no fuera esa bazofia que no reunía el valor suficiente para decirle que estaba loco.

Habían registrado los turnos de los soldados. Todo estaba estudiado al milímetro. Nada podía salir mal. Se acostaron y quedaron en levantarse en plena madrugada para ir a por el botín. Los otros dos chicos dormían al lado del almacén y ellos serían los lazarillos para Gabriel y Adiel, los encargados de entrar y coger el chocolate.

El judío, indeciso, apenas pudo pegar ojo, todavía faltaban unas horas para ir a robar a los nazis. Al final, los ojos le pesaron y se cerraron, sucumbiendo a una pesadilla muy extraña.

Gabriel corría con la cara descompuesta por un largo pasillo oscuro; todo el lugar parecía un hospital abandonado. Unos perros rabiosos y con los ojos rojos le perseguían pisándole los talones. De pronto, llegó al final del pasillo y vio bajo sus pies un enorme precipicio. Cayó alejándose de aquellos seres del infierno, pero su miedo no menguaba, pues estaba a unos minutos de estrellarse contra el suelo. Gritó y lloró abrazándose las rodillas a la misma vez que aceptaba su destino. Sin embargo, algo cambió; un cuervo graznó y le pasó a un milímetro de la cara provocándole un leve corte sobre la mejilla.

Algo nació en su organismo y sintió cómo la carne de su espalda se abría dolorosamente, para que unas grandes alas negras surgieran de su ser.

El joven se despertó perlado en sudor y respirando con dificultad, había sido un sueño muy real. Adiel estaba despierto y vistiéndose, lo saludó con la mirada y lo apremió para que se espabilara. Dos kapos paseaban fuera vigilando el perímetro. Nadie podía salir de su barracón hasta el alba, que era cuando empezaba la jornada de trabajo. Los más inconformistas y rebeldes de aquel lugar habían ideado una manera para escabullirse sin ser vistos por los soldados. Era una salida para sus escapadas clandestinas. En las letrinas, habían cavado un agujero que desembocaba en la parte de atrás donde habían apilados un gran grupo de cadáveres; con la oscuridad de la noche, se camuflarían y pasarían desapercibidos.

Salieron sigilosos, fuera hacía un frío escalofriante; la primera nevada del año estaba haciendo estragos en Auschwitz. Adiel esperó paciente la señal, estarían dos minutos y, si pasado ese tiempo no se escuchaban los golpes de sus compinches, abortarían el plan. Los dos parecían estatuas en mitad de la madrugada.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó Adiel al verle un corte en la mejilla.

—Nada, me habré cortado mientras dormía. —Este se tocó la cara y notó

el corte con la yema de sus dedos.

—Ten más cuidado, si estos capullos nos ven débiles o demasiado desmejorados nos trinchan como a un pavo —le advirtió.

—Tranquilo, solo es un corte sin importancia.

En el silencio de la noche se escuchó el ruido de un metal, esa era la señal. Corrieron a la vez que se escondían entre las sombras para evitar ser vistos por los guardias. Con el corazón en un puño llegaron al almacén; en la lejanía se oyó otro ruido de metal: sus amigos lo hicieron para alejar a los soldados que patrullaban el lugar. Tendrían unos minutos, sus compinches regresarían al barracón y se quedarían solos. Habían hecho su parte. Adiel sacó un alambre y consiguió en unos segundos abrir el cerrojo. Miró a Gabriel y le guiñó un ojo.

—Cuando era un crío me dedicaba a robar en casas ajenas, hasta que me pilló un guardia del ejército y me metió en un correccional —explicó a su amigo para que no temiera y se sintiera seguro.

Entraron y cerraron la puerta. Lo que ahí había era un manjar para alimentar a todo el barracón. Buscaron el chocolate y se hicieron con tres tabletas y dos paquetes de tabaco. Gabriel insistió a su amigo para que dejara de coger cosas y se largaran de ahí lo más rápido posible; no habían sido descubiertos, aunque igualmente sentía el cañón de la pistola en su nuca y no debían tentar a la suerte. Este lo guardó todo en la bolsa de tela que llevaba y salieron dejando la puerta cerrada para que no sospecharan. Volvieron a protegerse en las sombras y llegaron sanos y salvos al barracón. Entraron veloces; una vez seguros rompieron a reír de los mismos nervios, pero con la alegría reflejada en sus rostros pues habían conseguido su botín.

Lo ocultaron a los demás, no podían permitirse confiar en nadie salvo en ellos mismos; y no lo cuestionaban, ya que el miedo era más grande que comer una onza de chocolate. No los culparían si los delataban, los insensatos habían sido ellos.

Guardaron su botín debajo del catre de Adiel; todos lo respetaban porque era un hombre que imponía y a nadie se le ocurriría mirar debajo de la litera que compartía con dos presos al igual que Gabriel. Entrada la madrugada, se acostaron para descansar, ya que pronto se levantarían para comenzar la jornada de trabajo. Gabriel no pudo pegar ojo. Aquel sueño lo seguía

atormentando. Se levantó del catre que compartía con dos compañeros del comando y fue derecho a las letrinas. Ahí había un viejo espejo que utilizaban para afeitarse con la navaja. Miró su reflejo en él y vio el rasguño que tenía en la mejilla. Pensó que tal vez se lo hubiese hecho él durmiendo, pero era incomprensible puesto que no tenía uñas para arañarse —el hambre había hecho que se las comiera— y tampoco nada afilado ya que en su litera no había ningún objeto que pudiera ser el motivo de la herida. Se la tocó con las yemas de los dedos y por un segundo, como si se tratase de un relámpago, vio un cuervo en el reflejo del espejo.



IV

Los días transcurrieron lentos y con olor a muerte. Gabriel y Adiel se hicieron muy amigos, uña y carne; habían encontrado un apoyo mutuo. Aquel lugar infernal había provocado algo hermoso: la amistad. De vez en cuando intentaban recabar información del exterior, de la guerra, pero apenas se enteraban de nada y los presos privilegiados ponían precio a todo. Estaban recluidos y aislados del mundo. Aunque algunos compatriotas decían que los nazis seguían avanzando por Europa victoriosos y que se quedarían toda la vida ahí, encerrados en esa cárcel que olía a muerte.

Ir a limpiar el retrete del comandante Rudolf se había convertido en una rutina diaria después de sacar los cuerpos sin vida de la cámara de gas. Era el momento del día en que estaba más nervioso, pues nunca se sabía de qué humor estaría el comandante. Siempre se encontraba en su despacho, bebiendo y fumando un puro mientras tenía conversaciones con sus superiores.

Un día todo cambió inesperadamente. Gabriel se encontraba limpiando de rodillas el retrete cuando un suboficial entró en el despacho del comandante para informarle de que alguien estaba robando comida del almacén. Este se quedó helado, pero se calmó pensando que no podían ser ellos, porque solo fue una vez y había ocurrido hace un par de semanas. Tal vez en otros barracones estuvieran siguiendo el ejemplo insensato de Adiel. Mientras a ellos no les salpicara la mierda estarían tranquilos y a salvo.

Terminó la labor y salió de ahí con la cabeza baja e intentando ser invisible para los alemanes que vigilaban el puesto de mando del comandante. A los lejos vio a Adiel hacer cola para la ración de comida, siempre le guardaba el sitio y fue directo con él. Tenía que hacerle unas cuantas preguntas para quedarse más tranquilo. Lo saludó con un golpe fraternal en la espalda y

se coló sin escuchar queja alguna, nadie quería llamar la atención. La cola fue avanzando y se fijó en un detalle: todas aquellas personas eran sacos de huesos, unos más notables que otros. Entonces se dio cuenta de que Adiel había ganado peso, incluso le salía una pequeña barriga. Estaba fuerte y destacaba muchísimo de los demás.

No quiso creer que su amigo le hubiese estado mintiendo y siguiese escapándose por la noche para robar alimentos. En ese instante vio salir a Rudolf seguido de dos soldados que lo escoltaban; miraba con atención a los prisioneros, seguramente buscando al cerdo más rollizo. Una alarma le sonó en la cabeza: Adiel estaba en peligro. Sin pensarlo dos veces se quitó el abrigo negro y largo y obligó a su amigo a que se lo pusiera. Este al principio lo rechazó, pues estaba nevando y hacía bastante frío.

—Haz lo que te digo o el comandante Rudolf te pegará un tiro —imploró con la mirada.

Adiel vio el terror en sus ojos, no comprendía qué sucedía, pero prefirió confiar en el criterio de su amigo. Se lo puso de inmediato y se lo abrochó; el negro hace a las personas más delgadas. Lo llevó entre la multitud que comía sin ganas —sus estómagos estaban cerrados de la misma hambruna— y lo camufló como pudo.

Observó a Rudolf pasar de largo, y la angustia que sentía se le alejó un poco del corazón. Una vez pasada la tormenta, miró con decepción a su amigo, ya que pensaba que no valía la pena arriesgar la vida por un bocado de pan. Gabriel todavía creía en la libertad, era un soñador que necesitaba tener fe y esperanza a pesar de que había momentos donde prefería morir. Pensar en el día en que llegarían los aliados y los liberarían le daba fuerzas para continuar.

—No me mientas —fue lo primero que soltó—. ¿Desde cuándo sigues robando? —A Adiel le cambió la cara.

—No te metas, Gabriel; es asunto mío —dijo sin querer hablar del tema.

—Eres mi amigo y mi obligación es protegerte...

—¿De los nazis? —preguntó con sarcasmo.

—No, de ti mismo. Mientras limpiaba la letrina del comandante, un soldado le ha dado el chivatazo de que están desapareciendo víveres del almacén. ¿Es que no lo entiendes? Sospechan de los presos.

—Nadie sabrá que he sido yo, somos muchos y no volveré a hacerlo. ¿Contento?

—Eres idiota, Adiel; has cogido peso y serás el principal sospechoso. Será mejor que te quedes con mi abrigo y no comas en unos días hasta quedarte más delgado. Si sigues robando acabarán matándote.

—Ya estamos muertos, amigo. Esto solo es la visita del médico antes de abrazar a la muerte.

—Pues, si quieres suicidarte insulta a un soldado y acabará con tu vida en un instante, idiota.

Gabriel se levantó muy enfadado y lo dejó con la palabra en la boca, no pensaba seguir discutiendo con él. Era sabedor de los pecados de la humanidad y uno de ellos era la gula. Adiel había caído en sus redes y poco podía hacer si él no ponía de su parte. Llegó congelado al barracón, había muy pocas personas y decidió tumbarse un rato a pensar, pero el chillido de un joven lo sobresaltó. Se levantó de inmediato y miró en su dirección, había un cuervo posado en una de las literas. Graznó mirando fijamente a Gabriel y después emprendió el vuelo por un hueco desnudo del tejado que, cada día, se caía a trozos por las fuertes nevadas.



V

Los amigos trabajaban en silencio, sin dirigirse la palabra. Habían pasado dos días desde que discutieron. Gabriel no estaba dispuesto a hablarle hasta que no le pidiera disculpas y aceptara su error. Se había convertido en su familia y lo único que deseaba para él era que se mantuviera fuerte y con vida hasta que llegaran los aliados a ayudarlos.

Se encontraban apilando cadáveres en un carro de madera, después los llevarían al crematorio de la fosa común; había que borrar las huellas de las atrocidades que se cometían en Auschwitz. Él cogía al judío muerto por los brazos y Adiel por los tobillos, para lanzarlos al montón de carne putrefacta. Ninguno mostraba lo repulsivo que les resultaba aquel trabajo. Los soldados los vigilaban con sus fusiles para que siguieran produciendo. Terminaron su labor y regresaron a la cámara de gas, debían exterminar al siguiente grupo de personas. Al entrar y volver a sacar más cuerpos, Adiel se fijó en las manos de su amigo, parecían enfermas.

—Gabriel, tienes los dedos negros. ¿Te encuentras bien? —preguntó preocupado.

—Sí —afirmó mirándose los dedos. No notaba dolor alguno—. Será por suciedad o por congelación, hace mucho frío ahí fuera.

—Si fuera congelación se te caerían los dedos al suelo, ¿te duele?

—No, puede que esté enfermando por culpa de este horrible trabajo.

—Lo siento —exclamó sin venir a cuento Adiel—. No debí mentirte, pero no podía obligarte a acompañarme, tienes miedo y no quería hacerte sentir mal. Prometo que se acabaron las excursiones clandestinas.

—Gracias, porque si no estuvieras conmigo no sé qué sería de mí.

Regresaron juntos al barracón. A mitad de camino vieron a un hombre o,

más bien, a un saco de huesos desplomarse en el suelo. Adiel cogió a su amigo por el brazo y lo obligó a continuar, y añadió: «Está muerto, el hambre lo ha matado». Pero la cosa no mejoró en el barracón: al entrar encontraron a una mujer desnuda tirada en el suelo. Estaba muerta. Los prisioneros del barracón le habían robado la ropa para protegerse del frío. No los culpaba, aquella vida era horrible. Adiel se puso nervioso al ver a la mujer, no debería estar en su barracón y menos muerta y desnuda. Los nazis podrían tomar medidas crueles contra ellos si veían el cuerpo ahí. Más tarde se enteraron de que era la hermana de un miembro del comando fallecido, había venido famélica a pedirle ayuda.

Cada día que pasaba sus almas morían un poquito más, hasta convertirlos en títeres sin sentimientos, y el lugar se hacía más sombrío. Incluso ese maldito olor a muerte no se lo podían quitar de la piel, era aberrante. El infierno de Dante era el paraíso comparado con Auschwitz - Birkenau.

Gabriel fue a las letrinas para hacer sus necesidades; pilló a uno de los reclusos comerse sus propias heces. Era evidente que se morían de hambre. No lo juzgaba, las raciones disminuían considerablemente. Le dio la espalda e hizo sus necesidades encima de la porquería de otros, rezando no pillar ninguna enfermedad. Regresó a la cama y se tumbó. Ahí se miró las manos más detenidamente. Era un color negro azabache, parecía que se lo hubiese tatuado, pero no comprendía ese cambio en su piel. Percibía que su cuerpo estaba evolucionando de una manera incomprensible.

De pronto, uno de los prisioneros de más edad que había en su barracón se acercó a su litera y le dijo con la mirada ida: «Es curioso que sea un cuervo el que entierre cadáveres. En cierta medida, son conscientes de la muerte». Tal como vino se levantó y se marchó. Gabriel se quedó desconcertado, pero prefirió recostarse a hablar con aquel viejo loco. Le había dado miedo mirarlo a los ojos. Cansado, se sumergió en otro sueño perturbador relacionado con el cuervo.

Gabriel caminaba entre la espesa niebla con su pijama de rayas, el uniforme de preso que le otorgaban en el campo de concentración. Iba con los pies descalzos, con la piel abrigándole los huesos y la cabeza rapada. Perdido, gritó el nombre de su amigo Adiel y este le contestó con un chillido

de terror. Atemorizado por él, corrió por la niebla llamándolo a voces, pero no lo encontró. De repente, a su alrededor, escuchó las risas de los nazis. Estaban en todas partes. Aterrado, se agachó y se tapó las orejas para no escucharlos. Las voces callaron. Con el corazón bombeándole muy a prisa, notó una mano en el hombro. Se levantó de golpe y vio a su padre con la herida de una bala en la cabeza, mirándolo fijamente.

—Hijo..., el cuervo se lleva las almas de las personas a la tierra de los muertos.

—Padre...

—A veces, las personas cometen actos tan horribles que el alma no puede descansar.

—No le entiendo, padre...

—A veces, solo a veces, el cuervo puede traer de vuelta el alma para enmendar el mal.

Gabriel se despertó apesadumbrado y con un amargor en su alma; se levantó inquieto. Aquellos sueños con el cuervo lo estaban volviendo loco, no entendía nada y cada vez más sentía una sombra oscura que se le estaba formando alrededor del corazón. Regresó al catre y encontró algo que lo perturbó todavía más: una pluma negra.

Cayó de rodillas al lado de la litera; con miedo cogió la pluma y la miró con detenimiento; no alcanzaba a comprender cómo había llegado hasta allí. Tomó una decisión: debía hablar con Adiel sobre el asunto. Lo esperó largo rato, había ido con dos hombres del barracón a llevar el cadáver de la mujer a la fosa común. La hora del toque de queda estaba próxima y su amigo no aparecía. Se levantó nervioso y miró la puerta mientras el viento rugía feroz. Gabriel se sentó en la cama presagiando que algo malo había sucedido con su amigo Adiel. Los días pasaron y este jamás regresó.



VI

Pasaron tres largos días y no hubo noticias de Adiel. La sombra de la muerte se cernía sobre el corazón de Gabriel. Preguntó a los hombres que acompañaron a su amigo a la fosa común para lanzar el cadáver de la mujer, pero todos decían que regresó con ellos al barracón y que se quedó en la puerta fumando un cigarro. Después nadie vio a dónde se dirigieron sus pasos. La desesperanza hizo estragos en su carácter, se levantaba de mal humor e incluso sacaba los muertos de la cámara de gas sin un atisbo de sentimiento. Toda su atención se concentraba en encontrar a Adiel.

Al cuarto día, por la mañana, cuando se dirigía con un compañero a matar más seres humanos, vio a un hombre en las vías del tren, vestido con una bata blanca, andando de un extremo a otro del andén. Acababa de llegar un tren repleto de más judíos, gitanos y prisioneros de guerra. A Gabriel le llamó la atención aquel hombre que parecía disfrutar con su selección de carnaza humana; se fijó que prestaba especial atención a dos jóvenes gemelos.

—¿Quién es ese hombre de bata blanca? —preguntó a su compañero.

—El doctor Mengele; los prisioneros lo llamamos el ángel de la muerte. Ronda un rumor sobre él; dicen que lleva a cabo experimentos bárbaros dentro de esa clínica con los presos. Está loco, Gabriel. Por tu bien será mejor que no se fije en ti.

—¿A qué te refieres?

—La semana pasada cosió a dos niños gemelos de los brazos, les unió las venas. Murieron a las horas, tenían el cuerpo podrido. Intenta evitarlo y jamás enfermes o será tu perdición.

Gabriel se quedó con la boca abierta. Él creía que ser prisionero de los nazis era lo peor que te podía pasar en la vida, pero estaba equivocado. El

Tercer Reich tenía seguidores y fanáticos desprovistos de sentimientos y ética. Verdaderos monstruos. Se unió al grupo de trabajo y agachó la cabeza cuando pasó al lado de la alambrada. Al otro lado estaba aquel doctor con cara de psicópata y no quería ser uno de sus conejillos de Indias.

Al llegar al recinto donde estaba situada la cámara de gas vio algo inusual: un grupo de mujeres desnudas estaban esperando entrar en ella. La voz de un hombre a su espalda lo sobresaltó. Era el doctor Mengele.

—Doctor, ¿está seguro de que ellas son la razón de este brote de tifus?
—preguntó el comandante Rudolf apareciendo a unos centímetros de Gabriel.

—Sí, señor. He ordenado limpiar el barracón a fondo y mandar trasladar a las otras mujeres al desinfectado. Serán exterminadas de inmediato.

—Bien, últimamente se acumulan los cadáveres en las calles de los barracones a causa de la infección. Tenga buen día, doctor. Esperemos que se solucione, no damos abasto con tantos muertos sin un control de ejecución.

Gabriel miró a la derecha para asegurarse de que el comandante violador de menores se hubiese ido. Efectivamente, fue así. Pero los ojos de Mengele lo observaron con atención. Este, nervioso, hizo como si no lo hubiese visto y continuó su camino. Inmediatamente se encerró en el cuarto donde manipulaban el Zyklon B, que no era otra cosa que cianuro, un potente veneno capaz de exterminar a una raza entera. Necesitaba recomponerse.

Aquel día fue duro, mataron a más personas que en todo el tiempo que llevaba ahí prisionero. Tuvieron que apilar los cadáveres en las esquinas de los barracones para hacerlo más tétrico, si cabía. Gabriel fue llamado por uno de los soldados del comandante Rudolf, quería que fuera a la oficina a limpiar. Al principio creyó que sería la letrina, pero no se imaginó que limpiaría otra cosa aún más desagradable.

Dirigido por el soldado, sus ojos se abrieron de par en par al contemplar la imagen tan dantesca que colgaba de una de las ventanas exteriores que quedaba al lado de la puerta principal de entrada. Como si se tratase de un cerdo abierto en canal, Adiel colgaba desnudo desprovisto de manos. Le habían cortado el miembro para humillarlo. El rostro de Gabriel lleno de suciedad se limpió con el reguero de lágrimas que fueron surgiendo por el dolor tan punzante que sintió en su corazón. Lo más horroroso no fue verlo así

de vejado y maltratado. Al pasar al lado del cadáver escuchó un leve susurro. Gabriel detuvo sus pasos y miró la cara de su amigo que estaba llena de sangre y tenía los ojos medio abiertos. Estaba vivo. Lo habían colgado para que se muriera de hambre, sed e infección. Una muerte lenta y dolorosa. Habían cosido sus muñecas y la herida del miembro, para que no muriese desangrado. Adiel abrió la boca y le dijo: «Me pillaron, amigo».

—Todavía sigue vivo el muy ladrón —exclamó Rudolf saliendo del cuartel mientras se fumaba un cigarro—. ¿Lo conocías? —preguntó a Gabriel.

—No, señor. —Mintió para no verse arrastrado a la misma vorágine que se había metido su amigo.

—Claro, un ladrón jamás tiene amigos. —Pasó por su lado y apagó el cigarrillo en uno de los testículos de Adiel. Después se marchó.

Gabriel cerró los ojos y entró en el edificio a realizar su trabajo, sin más remedio. Tenía que limpiar una habitación que nunca había visto, una sala de tortura. ¿Qué podía hacer él al respecto? Si intentaba ayudarlo podría arriesgar su existencia. Gabriel se preguntó si merecería la pena jugársela por un amigo. La respuesta la sabía, pero no encontraba el valor suficiente para llevarla a cabo. Detrás de él, una voz que no esperaba lo sobresaltó.

—¿Es tu amigo? —le preguntó un soldado nazi con las manos ensangrentadas y la mirada ida. Gabriel no contestó, pero sus lágrimas respondieron por él—. Lo siento, no pedí formar parte de este genocidio. Te ayudaré.

—Te matarán. —Fue lo único que le contestó al soldado.

—No, no lo harán. —El soldado le sonrió amargo y con la mirada extraña.

En ese momento, Gabriel, comprendió una cosa: no todos eran parte de ese juego macabro. Al igual que los judíos, existían almas piadosas alemanas que habían sido obligadas a obedecer si querían salvar su vida y la de sus seres queridos. Aquel soldado desenfundó el arma y se dirigió a la salida mientras Gabriel observaba desde el pasillo. Todo ocurrió tan rápido que no le dio tiempo a asumir ese final inesperado.

El soldado nazi apuntó a la cabeza de Adiel y le disparó acabando con su sufrimiento, después se apuntó a la sien y terminó con su vida. Gabriel entendió sus palabras: «No, no lo harán». Claro que no lo iban a hacer, él ya

había decidido morir dignamente. No quiso formar parte de aquel horror, tal vez la conciencia de sus propios crímenes —impuestos o no— no lo dejarían vivir en paz.

Al segundo, los nazis se congregaron alrededor del que consideraban, ahora, un traidor contra el Tercer Reich por haber ayudado a un judío moribundo. Gabriel desconectó su mente, dejando atrás ese revuelo y se puso a limpiar la sangre del suelo que pertenecía a su amigo. Más tarde, en el silencio de la noche, lo lloró como era debido. Jamás olvidaría a Adiel, él fue quien le salvó de su propia estupidez los primeros días en aquel infierno.



VII

El olor a putrefacción había colapsado el aire del campo de concentración; respirar era horroroso porque olía a muerte en cada rincón. Gabriel, después del fallecimiento de Adiel, se había vuelto un ser solitario y amargado. Poco a poco había dejado de temer a la muerte, incluso la veía como una salida a su asquerosa existencia. Pero todo estaba a punto de cambiar para él con la llegada de un nuevo tren.

Esa mañana fría traía consigo un recuerdo del pasado que casi había olvidado para no sufrir más de lo debido; fue una sorpresa gratificante y, a la vez, amarga. Su hermana mayor, Esther, acababa de llegar y era dirigida a un barracón de mujeres. Gabriel se quedó petrificado al verla; pensó por un momento que aquello era una ilusión, pero era ella en cuerpo y alma. Feliz, corrió hacia ella gritando su nombre. Esta, al verlo, sonrió y no dudó en refugiarse en sus huesudos brazos. Los hermanos se abrazaron, abrigando por un segundo el calor humano; y ese sentimiento que parecía muerto —el amor fraternal— surgió de las cenizas.

El destino de Esther estaba más que decidido a causa de su belleza angelical que la hacía destacar entre las otras prisioneras. En su primer día en Auschwitz - Birkenau le arrancaron la dignidad y la virginidad que atesoraba para el amor de su vida, un joven alemán que había sido destinado en las trincheras y que luchaba a las órdenes de Hitler. Ambos habían pactado huir de Alemania para escapar de aquel horror, aunque ese sueño fue destruido el día que destinaron a Albert y él obedeció sin poner resistencia. En cambio, Esther siempre lo esperó, ya que lo amaba con todo su corazón. No podía creer, ni menos escuchar la verdad: que al final era un fanático más de la Alemania nazi. En el fondo de su ser sabía que aquella bonita historia de amor

había sido un oasis en medio del desierto, pues tenía la sospecha de que él fue el culpable de la muerte de sus padres y del destino de su hermano y el de ella.

Se convirtió en la puta de los soldados; todos los días calentaba la cama de un alemán a cambio de comida y ropa. Vendiendo su alma al diablo y ganándose el favor de algunos para tener una posición privilegiada a diferencia de otras presas. También lo hacía por su hermano, más cuando se enteró de que trabajaba en la unidad de *sonderkommando*, y sabedora del final de aquellos hombres. Para los nazis solo era otra zorra judía con la cara bonita que se abría de piernas con facilidad.

Esther fue a buscar a Gabriel a su barracón, con el permiso del oficial que se encargaba de dirigir a los comandos, quería darle un regalo. Ser la puta de los alemanes tenía muchas ventajas. Salieron y se sentaron en unas cajas de madera junto a una pila de cuerpos sin vida. El olor era insoportable, pero se habían acostumbrado al aroma a muerte. Esta sacó del bolsillo una manzana roja y un trozo de chocolate. Gabriel la miró sorprendido, rechazando aquella comida tan golosa; le recordaba a Adiel y no pudo evitar pensar que su hermana había tomado el mismo camino, el de una ladrona.

—Te pueden matar, ¿te has vuelto loca? ¿En qué estabas pensando? —la recriminó con miedo de que le pudiera ocurrir algo—. Todavía no entiendo cómo te dejan reunirse conmigo, ¿me lo vas a explicar?

—No es lo que piensas, me lo ha dado un soldado. Y sobre mi presencia en este lugar digamos que tengo ciertos privilegios —explicó sin querer darle demasiados detalles.

—¿A qué te refieres? —preguntó desconfiado, aunque en el fondo sabía la respuesta.

—Come y no hagas interrogatorios. No permitiré que te mueras de hambre mientras yo pueda hacer algo.

—Igualmente moriremos todos, no tenemos salvación. No quiero que te prostituyas con esos asquerosos nazis. Acabarás muerta, ¿no te das cuenta? —le suplicó con la mirada que no lo hiciera. Esther calló con la mirada vidriosa, no quiso responder pues ya había tomado su decisión.

—Gabriel, te quiero muchísimo y si alguien merece vivir al horror eres tú. Por mi culpa murieron nuestros padres. Si yo no me hubiese encaprichado con

Albert...

—No digas tonterías, Esther. El único culpable es Hitler y su afán de poder.

—Albert nos vendió —confesó entre lágrimas. Era la primera vez que lo reconocía y lo decía en alto.

—No es tu culpa —repitió Gabriel apretando la mandíbula.

Para hacer feliz a su hermana aceptó la manzana y se comió la mitad, la otra la guardó para más tarde. El chocolate lo rechazó, se sentía mal al aceptarlo por mucha hambre que tuviera y le recordaba a la muerte de Adiel. Mirar a sus compatriotas y verlos en los huesos muriéndose de necesidad no le parecía ético mientras él saboreaba delicias. Antes de marcharse suplicó a su hermana que no volviese a utilizar su cuerpo para sobrevivir, pero a esas alturas ya no podía negarse. Todos querían tener bajo su cuerpo a la morena de ojos claros judía y de belleza clásica.

Gabriel aprovechó que las letrinas estaban vacías para defecar; nunca le había gustado compartir algo tan personal e íntimo. Estaba agachado en cuclillas cuando sintió un dolor atroz en las paletillas de la espalda. Cayó de rodillas mientras se tocaba la espalda pensando que se había clavado algo, pero era imposible. Ahí no había nada punzante.

El dolor fue pasando poco a poco. Gabriel tenía la cara pegada al suelo con las lágrimas saltadas a causa del dolor y la boca abierta intentando buscar el aliento que le faltaba. Tal como vino, el sufrimiento cesó.

Se levantó apoyándose en la pared y se encaminó al espejo destartalado. Miró su espalda y vio dos manchas negras en el centro, parecían dos líneas. Preocupado y un poco paranoico observó su reflejo y notó que el iris de sus ojos había cambiado a un tono grisáceo. Se acercó un poco más y se fijó en que el color de sus ojos volvía a ser del mismo de siempre. Nervioso, cogió agua del cubo y se lavó la cara. Al mirarse de nuevo vio un cuervo negro posado en su hombro. Fue tal el impacto de aquella imagen incomprensible que gritó alarmando algunos de sus compañeros de barracón. Uno de ellos se acercó con cautela al verlo temblar de pies a cabeza e intentó tranquilizarlo.

—Gabriel, no te preocupes —habló mirando sus dedos negros y esa herida de la espalda—, es la muerte que viene a buscarnos. Es lo mejor para todos.

Este lo miró serio. Él no estaba preparado para morir, era demasiado joven y aun encerrado en aquel lugar tenía esperanza. Lo apartó de un empujón sin decir nada y se acostó en su catre. Cada día que pasaba su humor se hacía más huraño.

Aquella noche tuvo pesadillas desagradables con Adiel: este buscaba desesperadamente sus manos entre una montaña de cadáveres. Gabriel tuvo en vilo a todos los del barracón por los chillidos que lanzaba en sueños. Nadie dijo nada, pues todos habían pasado por aquel trance de desesperanza en algún momento del encierro.



VIII

Los días pasaron raudos y rutinarios; nada nuevo sucedía ahí. Cada día era una coreografía bien ensayada: fingir y guiar a los prisioneros a la cámara de gas, sacar cadáveres, apilarlos, llevarlos al crematorio, fingir estar feliz con su hermana mientras esta se acostaba con todos los soldados nazis, volver al barracón y dormir en el limbo.

Las pesadillas fueron aumentando y eran más frecuentes.

Uno de esos días cambió a Gabriel para siempre: jamás olvidaría la tarde en que Mengele requirió su presencia. Aterrado, siguió a un soldado hasta aquel lugar donde el ángel de la muerte jugaba a los médicos locos con seres humanos. Al entrar en los dominios del doctor el corazón se le congeló al escuchar los gritos de locura y desesperación que se oían detrás de las puertas de un largo pasillo. Anduvo en silencio, mirando a los lados por si eso era el infierno y aparecían demonios para torturarlo. Pero unas manchas rojas en el suelo lo distrajeron de sus pensamientos terroríficos; estaba a punto de ver la obra maestra del doctor. La sangre era cada vez más abundante, se adhería a la suela de sus desgastados zapatos.

El soldado abrió la puerta y casi estuvo a punto de vomitar. Tres mujeres embarazadas estaban abiertas en canal encima de las camas. En su vientre abierto se podía ver la placenta con los bebés mientras Mengele observaba aquello con un interés que casi parecía profesional.

—Señor, este judío es el encargado de limpiar la letrina del comandante Rudolf. Es el mejor limpiando mierdas; hará un trabajo impecable. —Se marchó dejando a Gabriel a solas con Mengele.

—Acércate, hijo. No tengas miedo. Mira qué belleza gestan las mujeres en su interior. ¿No crees que es maravilloso?

—Sí, señor —quería ser escueto y no meter la pata.

—Ven, ayúdame. Necesito que cojas al bebé cuando abra la bolsa.

Gabriel asintió. El doctor, con un bisturí lleno de sangre y sin desinfectar, abrió la bolsa de cada madre y sacó a las criaturas. Se los entregaba al judío y este tenía que depositarlos encima de una mesa metálica. Todos respiraban; estaban ya formados y con los nueve meses de gestación cumplidos. Las madres murieron desangradas; los pequeños también, justo en el instante en que el ángel de la muerte los abriera, para estudiar los diminutos órganos que los formaban.

—Hay culturas indígenas que comen carne humana y órganos para tratar enfermedades y rejuvenecer la piel; dicen que los bebés te alargan la vida. ¿Quieres probar? —le ofreció un diminuto corazón.

—No, señor. No tengo hambre, gracias.

—Come. —Fue una orden clara que no admitía negativa.

Mengele disfrutaba con la muerte, era un ser sin escrúpulos, un hombre forjado a las órdenes del mismo Satanás que disfrutaba matando y humillando. Le provocaba placer, era como drogarse.

Gabriel abrió la boca y, llorando, mordió el corazón del bebé. La mordida hizo que la sangre salpicara la cara del doctor. Este empezó a reír histérico, su sonrisa era diabólica, malvada. El judío se lo tragó y calló, aguantando las ganas de vomitar. El doctor, satisfecho, le pidió con amabilidad que se deshiciera de los cadáveres y limpiara la sala para los próximos pacientes. En el momento en que salió por la puerta y se aseguró de que se había alejado, se metió los dedos en la boca y vomitó. El trozo de corazón salió entero y él se derrumbó en el suelo; le faltaba el aire mientras lloraba y gritaba en silencio, para que no lo escuchara el soldado que se hallaba en el pasillo vigilando sus pasos.

La sala quedó limpia. Apiló los cuerpos de las mujeres en una camilla con ruedas, iba a llevarlos al crematorio particular del hospital, aunque el nombre que le correspondía era laboratorio de seres humanos. Pasó por delante de una puerta, estaba abierta y dentro había dos enfermeras y un médico. Se encontraban tratando a un enfermo, pero Gabriel no lo podía ver, sus cuerpos lo tapaban. Siguió su camino y dejó los cadáveres a otro judío que trabajaba

allí. Ni siquiera se saludaron, entregó la mercancía y se largó. Muchos de ellos habían aprendido a callar y a obedecer haciéndoles la pelota para sobrevivir. Gabriel no se fiaba de esos pocos favorecidos.

Al volver, vio salir de esa misma habitación a una enfermera. La curiosidad le pudo y miró a través de la ventana de la celda. Había una persona de espalda; acentuó la mirada al verla tan quieta en medio de la habitación. Al girarse la paciente este se llevó un susto de muerte, casi se le sale el corazón por la boca. Tenía la boca cosida y las cuencas de los ojos vacías. Gabriel gritó saltando hacia atrás, se dio un golpe contra la pared que le hizo caer al suelo. De repente, la luz del pasillo se apagó y en mitad de esa oscuridad se escuchó el graznido de un cuervo. El judío dejó de respirar y se quedó quieto, pero un dolor atroz en los ojos hizo que se retorciera en el suelo mientras gritaba. Notó cómo el pico del cuervo le arrancaba los ojos. No había visto al ave, aunque por alguna razón incomprensible sabía que se trataba de él.

Sin previo aviso, la luz se encendió y el dolor desapareció. Gabriel abrió los ojos y comprobó que seguían estando en sus cuencas al poder ver. Aterrado, se levantó del suelo y corrió a la salida. Una vez fuera, notó algo distinto en su visión: era de noche, apenas se distinguían los barracones por la escasa iluminación, pero él distinguía con una claridad y nitidez fuera de lo normal. Mareado con esa nueva visión nocturna llegó al barracón y se acostó. No pegó ojo en toda la noche, no podía quitarse de la cabeza aquella sensación extraña de que algo inesperado y terrible estaba a punto de cambiar para él.



IX

El número de muertes aumentó en Auschwitz – Birkenau, las fosas comunes estaban repletas de cadáveres, la carne de las víctimas se podría a la intemperie, fusionándose en el cuadro tétrico del campo de concentración. Las chimeneas del crematorio funcionaban a máxima capacidad durante todo el día, sin descanso, para no dejar rastro del genocidio. Incluso habían prendido fuego a las fosas para deshacerse de todos esos cadáveres.

Aquel día sentenciaron a Gabriel a muerte, le dieron de vida tres meses, pero él no tenía ni idea de su fatídico futuro. Al acabar la jornada, uno de los soldados le ordenó que se uniera al grupo nuevo de trabajo de los *sonderkommando* que iban a tirar las cenizas al río Vístula. De inmediato se dio cuenta de que los hombres que habían trabajado con él desde el principio ya no estaban, en su lugar se encontraban nuevos trabajadores.

Calló como siempre hacía y siguió a los soldados fuera del campo de concentración. Se acordó de Adiel, de sus palabras referentes al río y entendió que había llegado su hora, pero no entendía por qué. Uno de los más adultos del grupo del comando de los judíos le explicó a Gabriel, tras preguntarle, que la vida de un *sonderkommando* duraba unos tres meses debido a que no podía quedar con vida ningún testigo.

—Entonces, ¿por qué no me han matado? —quiso saber Gabriel.

—Tendrás un ángel de la guarda —le contestó aquel hombre amable.

Al regresar al barracón encontró en la puerta a Esther apoyada en la pared con la mirada triste. Fueron a su rincón habitual y se sentaron, esta vez no traía comida y parecía muy desmejorada. Llevaba tres días sin verla, pero sabía que estaba bien porque la observaba en la distancia.

—¿Tú sabías que a un miembro del comando lo mataban después de tres

meses? —preguntó Gabriel buscando respuestas a su no ejecución.

—Sí, lo sabía. Por eso le pedí a un oficial que te salvara... Eres mi hermano, no puedo permitir que te gaseen... —Esther se llevó las manos a la cara y lloró desconsolada.

—¿A cambió de qué? ¡Dime! —exigió.

—De sexo.

Su hermana se levantó y se marchó sin decirle la verdad, en un principio fue el verdadero propósito de su visita. A Esther la violó de manera brutal el oficial de confianza del comandante Rudolf mientras este había sido observador y miembro participativo en las sesiones de sexo salvaje. Esa misma mañana recibió una paliza del oficial culpándola de la infección bacteriana que tenía en sus partes íntimas. El doctor Mengele exploró al oficial y le dio la mala noticia de que contrajo la sífilis.

—Eres una puta judía que se folla a todo el pelotón alemán, pagarás por esto. —Le propinó una bofetada que la tiró al suelo—. Serás gaseada mañana mismo y tu hermano será ejecutado cuando pase el periodo de tres meses.

Esther lloraba en silencio sentada en el catre; al final le tendría que dar la razón a su hermano: nada se podía hacer para salvar la vida. Consintió relaciones sexuales con el bando enemigo con la esperanza de tener una oportunidad y de nada le sirvió, había sido una tonta al confiar en los alemanes. Solo esperaba que mañana su hermano no la viese en la cola de la cámara de gas. Tampoco encontraba el valor suficiente para decirle que solo retrasó su existencia tres meses más. Rezaba porque el destino cambiase para los judíos y se hiciese un milagro liberándolos a todos.

El día amaneció gris, las grandes cortinas de humo eran las culpables de ensombrecer el cielo. Las personas se habían convertido en carbón para que el tren del exterminio llegara al final de su recorrido: una Alemania limpia de judíos, gitanos y traidores. Esther se encontraba junto a otras mujeres, hombres y niños formando una larga cola para entrar en la boca del infierno. A su alrededor se hizo el desconcierto entre la marabunta de gente. Todos comentaban que eran unas simples duchas, en el fondo sabían que quien entraba ahí no salía con vida. Los judíos encargados del comando les pidieron con amabilidad desnudarse; con recelo y vergüenza obedecieron despojando a

su piel de su única coraza. Desnudos, abatidos, marchaban dentro del bunker. Esther vio a uno del pelotón *sonderkommando* de su hermano y le hizo entrega de una carta; le pidió como favor que se la entregara. Este insistió en llamarlo para que pudieran despedirse, pero ella le rogó que no lo hiciera. No tenía fuerzas para decirle adiós.

Descalza, sintiendo el frío del pavimento bajo sus pies, entró junto a muchos otros, con el miedo reflejado en el rostro. Se sentía sola, muy sola y lloró al ver su final tan cerca y triste. Las puertas se cerraron con un sonido chirriante y la obra dantesca estaba a punto de comenzar. Apoyó su espalda contra la pared y se dejó caer esperando la muerte, cerró los ojos y rezó.

Una niña de unos siete años se sentó al lado y se refugió debajo de sus brazos. Esther abrió los ojos y vio el terror en su carita de ángel inocente. La abrazó con fuerza mientras besaba su pelo negro y mugriento, la meció con ternura y le susurró al oído la nana que le cantaba su madre cuando era una niña. El gas llegó inesperado y no tardó en actuar. Esther se mantuvo fuerte por esa pequeña cuyo único crimen cometido era haber nacido judía. La niña se desvaneció; ella aguantó el dolor y la agonía como pudo, sin soltar a la criatura en ningún momento. Al menos no le arrebatrían esa última muestra de humanidad: el amor desinteresado.



X

Las puertas se abrieron y los judíos entraron a sacar cuerpos para llevarlos al crematorio. Gabriel entró en el bunker a paso ligero, se encontraba con una energía desconcertante ya que estaba prácticamente en los huesos. Al poner un pie en el pasillo una imagen llegó a su cabeza como una fotografía: vio a su hermana desnuda entregando una carta. Aquel pensamiento hizo que se detuviera en seco. El corazón empezó a latirle muy deprisa, notó una presión en el pecho fuera de lo normal y una sensación extraña se instaló en el fuero de su alma. Dejó de escuchar, solo podía oír su respiración acelerada y ese olor nauseabundo a muerte y a descomposición. Los compañeros empezaron a sacar los cuerpos mientras que Gabriel buscaba en ellos el rostro de su hermana; ninguno tenía el hermoso rostro angelical de Esther.

—Gabriel, deberías ir a la parte del fondo —dijo uno de sus compañeros a la vez que le hacía entrega de una carta. Era un papel doblado por la mitad con su nombre.

No contestó al compañero, solo abrió los ojos de manera exagerada como si los tuviera desprovistos de párpados. Avanzó sacando sus últimas fuerzas y saltó los cadáveres hasta llegar al fondo. En ese momento se derrumbó; algo en él se partió en mil pedazos perdiéndose en la locura de su ser. Su hermana yacía muerta en el suelo abrazada a una niña. Se consoló pensando en que había muerto en compañía de alguien.

Pero el dolor atenazaba fuerte en su interior, arañándole por dentro y queriendo salir con toda su rabia. Cayó de rodillas al suelo y, por primera vez, sin importarle que le pegaran un tiro, dejó salir el quejido que había estado silenciado durante muchos meses. Gritó con toda su alma, llorando de

impotencia, abriendo la boca como en la pintura de *El grito* de Munch. Los compañeros, incluso los soldados nazis se estremecieron al escucharlo. Parecía un eco fantasmagórico, un retazo de todo el dolor que se concentraba en esas cuatro paredes.

Cogió a su hermana en brazos y caminó por el campo de muerte con la mirada enfurecida. No permitiría que nadie la tocara y menos que la arrastrasen por el suelo como si fuese un animal. Algo en él había cambiado y todos lo notaban en el ambiente; se apartaban para dejarle paso. Los soldados nazis lo miraban con cautela, podían percibir un aura de maldad que lo envolvía. Bajó a los hornos y ahí se despidió de su hermana. Le dio un beso en la frente y dejó que el fuego hiciera su trabajo. Ahora era libre. Abatido, miró las llamas que consumían el cuerpo sin vida de su único ser querido y lloró en silencio, observando cómo se convertía en recuerdo.

Entre sus manos sostenía el trozo de papel, estas le temblaban, pero necesitaba saber las últimas palabras de su hermana.

Gabriel, mi hermano, mi amigo, mi confidente, mi todo... ¿Podrás perdonarme? Lo siento mucho, fui una ingenua viviendo una ilusión imposible de realizar. Intenté salvarte y solo te he condenado otra vez... Ahora parto de este mundo terrenal para reunirme con padre y madre, me consuela pensar que estarán esperándome al final de este amargo camino y por fin..., seré libre.

¿Puedo pedirte un último favor? Sálvate, escapa y sé libre. Vive por todos nosotros y no mires atrás. Y por favor no intentes hacerte el héroe.

Recuérdame como era antes de esta absurda guerra y no pierdas la esperanza, algún día todo acabará. Te quiero con todo mi amor. Tu hermana, Esther.

—No... no, no... ¡Malditos hijos de Satanás!... —expresó ido mientras los compañeros lo miraban sin saber qué hacer. Algunos intentaron calmarlo, pero no pudieron hacerle entrar en razón.

—Gabriel, tranquilo, pasará —comentó uno de los comandos.

—¡Duele demasiado! ¡Me quema por dentro!

Se levantó con los ojos inyectados de sangre y la ira recorriendo su cuerpo. Sin decir nada, cogió una vara de hierro y marchó a hacer justicia. El

alma del cuervo estaba fundiéndose con la suya, pronto sería algo distinto. En la salida del búnker se encontraba Rudolf y su segundo al mando, el oficial que había condenado a su hermana; charlaban animosamente mientras que detrás de ellos un grupo de judíos desnudos marchaba hacia la muerte.

Rudolf tiró el cigarrillo al ver a un saco de huesos empuñando una vara de hierro justo a la altura de su amigo; quiso avisarle, pero fue demasiado tarde. Gabriel le dio un golpe en la cabeza con todas sus fuerzas matándolo al instante. El silencio reinó unos segundos y la sangre del oficial cubrió el manto blanco.

—Acabas de firmar tu sentencia de muerte, chico —exclamó Rudolf sin apartar la mirada de la suya.

—Ya estoy muerto, señor —Gabriel escupió en el suelo para demostrar al comandante la repugnancia que sentía hacia él y todo su séquito.

Rudolf sacó la pistola y le pegó dos tiros en las piernas dejándolo incapacitado en el suelo a merced del oficial. Gabriel rio como un loco al no sentir dolor alguno, creyó que se debía a la adrenalina; no se imaginaba que su cuerpo estaba en proceso de cambio a algo fuera de lo normal.

—¡Soldado! Rociadlo con grasa y prendedle fuego —exclamó con total frialdad e indiferencia—. ¡Que sirva de ejemplo para todos! —miró a los judíos que presenciaron la escena.

—¡No son duchas! ¡Os van a gasear! —vociferó Gabriel retando al comandante.

Rabioso, Rudolf le arrebató a un soldado la grasa y él mismo la esparció por todo el cuerpo del judío. Deseaba que sintiera el miedo, pero algo oscuro en su mirada inquietó al alemán. Sus ojos no eran humanos, se movían de forma distinta. Otro soldado lo ayudó en la tarea. Cuando le cogió el brazo izquierdo vio el número de preso que tenía tatuado: 34 666.

—Señor, es la marca del diablo... —El soldado soltó el brazo del judío como si le quemase la mano—. Está maldito, no debemos prenderle fuego...

—¡No me gustan las niñas asustadas! —Apuntó al soldado en la frente y le pegó un tiro.

No estaba dispuesto a que una escoria como Gabriel desatara el pánico en sus dominios. Miró al judío que seguía agonizante en el suelo, sin quejarse.

Tuvo que reconocer en su fuero interior que tenía mucho valor.

—¡Muérete, saco de mierda! —Rudolf le propinó una patada en la mandíbula, partiéndosela, con la intención de que dejara de reír. Por primera vez sintió miedo al ver que el judío no se quejó y seguía riéndose a pesar de tenerla rota.

Nervioso y desesperado, sacó una caja de cerillas del bolsillo del abrigo y encendió una. Se miraron unos segundos que para el comandante fueron eternos y dejó caer el fósforo. El cuerpo de Gabriel se prendió entero, derritiendo sus ojos y su piel a la misma vez que resbalaba la carne por los huesos como mantequilla untada en una rebanada de pan caliente. Rudolf dio un paso hacia atrás al contemplar que no se quejaba del dolor y menos se movía. Aterrorizado, se dio la vuelta para marcharse, pero el griterío lo detuvo. Se giró y escuchó: «Acabas de firmar tu sentencia de muerte». Fueron las últimas palabras de Gabriel dichas con una voz profunda y distinta a la habitual, a pesar de tener la mandíbula partida.

El cuerpo siguió consumiéndose aproximadamente durante tres horas, hasta reducirse a cenizas. Entrada la noche, todo rastro de Gabriel había desaparecido. Solo quedaba un montículo de polvo gris.



XI

Auschwitz – Birkenau quedó en un silencio sepulcral, sin voz, solo el viento se expresaba rugiendo por la muerte de Gabriel. Nadie quería hablar sobre lo sucedido aquella mañana gris bañada en sangre. De alguna manera temían al hombre en llamas que no gritó y no se quejó mientras el fuego consumía cada rincón de su ser.

Rudolf se encerró en su despacho con una botella de whisky recordando cada momento vivido; presentía que algo oscuro y maligno estaba a punto de pronunciarse. Jamás olvidaría esa mirada teñida de odio e ira hacia él y, en definitiva, a toda la nación alemana. Había encendido la chimenea para calentar la estancia, fuera hacía un frío atroz, pero decidió levantarse y abrir una de las ventanas para ventilar el sitio. El ambiente estaba muy cargado al igual que sus pensamientos. Cogió la copa y bebió sin poder controlar el temblor de su mano.

Ordenó a los soldados que no lo molestasen hasta el día siguiente, necesitaba tranquilizarse y no parecer débil ante los suyos. Su estado de ánimo estaba pasando por muchas fases: miedo, enfado, ira y rabia. Las últimas palabras de Gabriel se repetían una y otra vez en su cabeza. Perdido en sus emociones, se dejó caer en el cómodo sillón orejero y siguió bebiendo, hasta que de pronto, sin previo aviso, un cuervo graznó en el filo de su ventana.

Miró al pájaro con terror e incredulidad, se levantó del sillón y se alejó de él sin darle la espalda. El animal siguió quieto en el alféizar, observándolo por el ojo derecho. Rudolf reconoció esa mirada, la había visto aquella mañana en los ojos del judío, pero esa idea era absurda e impensable.

El reloj de su despacho sonó anunciando la medianoche y a la vez asustando al comandante. Muerto de miedo e inseguridades, dejó caer el vaso

de whisky al suelo. Los cristales se iniciaron añicos repartiéndose por toda la estancia justo en el momento en que el cuervo alzó el vuelo en la penumbra de la noche. El pánico se había apoderado del cuerpo del alemán y era incapaz de reaccionar, a pesar de que su mente le gritaba que lo hiciera. Tardó unos minutos en actuar, pero se obligó a moverse. Acortó la distancia entre él y la ventana en tres zancadas y la cerró de golpe. Corrió las cortinas para no ver lo que allí se estaba despertando y cerró con llave la puerta del despacho. Temeroso, se sentó en mitad de la estancia con la pistola en la mano, esperando a que la muerte entrase para arrebatarse la vida.

Varios soldados alemanes hacían guardia vigilando el perímetro. Dos de ellos hablaban de nada en especial mientras se fumaban un cigarrillo a escondidas de sus superiores. Todavía no podían imaginarse que serían testigos del nacimiento del Cuervo judío.

El alma nunca muere, solo la carcasa se consume y desaparece, pero la raíz del ser humano perdura. El ataúd era Auschwitz, la chispa del renacimiento las cenizas que, desoladas, esperaban en la soledad de la noche. Del cielo bajó un cuervo que aterrizó en el polvo gris que hasta hace unas horas había sido una persona de carne y hueso. Graznó tres veces antes de volver a emprender el vuelo, para después desaparecer en la inmensidad del firmamento estrellado.

De pronto, el viento se levantó feroz alertando a los soldados que fumaban despreocupados. Ambos levantaron las solapas del abrigo para protegerse del frío y, con los brazos cruzados sobre su pecho, avanzaron para llegar al puesto de mando, donde se guarecieron de esa inesperada ventisca. Pero detuvieron sus pasos al presenciar algo insólito y fuera de lo normal.

Un torbellino de viento se concentró en un punto exacto del campo de exterminio, justamente en el lugar donde había sido quemado vivo el judío. El aire envolvió las cenizas de Gabriel levantándolas del suelo y girando a la misma vez que se formaba un pequeño tornado. El vórtice engulló los restos y en ese instante empezó la conversión. Muerte creando vida. El polvo se unió cual piezas de puzle dando figura a un ser oscuro y otorgándole conciencia.

Poco a poco, bajo el asombro de los soldados alemanes, el tornado fue perdiendo fuerza hasta desaparecer, dejando en su lugar a un hombre desnudo

de compleción robusta y con dos imponentes alas negras saliendo de su espalda. No daban crédito a lo que estaban presenciando.

Gabriel abrió los ojos y se miró las manos; tenían ese detalle que lo había desconcertado semanas antes: los dedos negros. Se sentía aturdido, desconcertado y con una energía física fuera de lo normal. Había vuelto a nacer, eso lo entendía porque recordaba cada instante vivido hasta su muerte. Una nueva visión y conciencia habían resurgido de las cenizas dándole otra oportunidad. ¿En qué se había convertido? No tenía la respuesta a su pregunta, pero pronto lo descubriría. Extendió las alas, reconociéndolas como parte de su ser y saltó perdiéndose en la oscuridad del cielo estrellado.

—¿Has visto lo mismo que yo? —preguntó a su compañero que estaba tan alucinado como él.

—Sí, y será nuestro secreto. El mal ha resurgido a causa del mal, nosotros somos parte de esa cadena. No debemos intervenir o seremos parte de ese plan divino. —Le hizo entender las consecuencias.

—Tienes razón, si el comandante se entera nos pegará un tiro por ir contando cuentos infantiles. Ya lo viste esta mañana. —El otro asintió.

Aquellos dos jóvenes alemanes nunca olvidarían lo que sus ojos habían presenciado: fueron testigos directos del renacer del Cuervo judío. Se llevarían a la tumba el secreto; la razón: seguir con vida. En definitiva, esa guerra tenía un punto en común como todas las causas perdidas y sin sentido: sobrevivir, olvidar y aprender a vivir con cicatrices en carne viva en el alma.

El judío, mitad cuervo, mitad humano, escapó del infierno surcando el cielo hacia ninguna parte. Sintió una paz enorme en su corazón al dejar atrás Auschwitz. Tenía una cosa clara, no volvería a ser parte de aquel horror. Él, como muchos otros judíos, había pagado el precio de su condición étnica con la vida. Solo quería olvidar, dormir y refugiarse en su dolor.

Fue descendiendo al ver un lago en mitad de un espeso bosque. Posó sus pies descalzos en la orilla y notó el agua congelada; había llegado el momento de mirar su reflejo en la calma del agua cristalina. Necesitaba saber qué aspecto tenía ahora. Se sorprendió cuando reconoció su cara, la de antes de la guerra. Sonrió aguantando las ganas de llorar, se emocionó al verse. Incluso el cabello volvía a poblar su cuero cabelludo. Ya no era un saco de huesos, sino

un hombre fuerte. Lo único que había cambiado era su mirada, ahora sus ojos eran los de un cuervo. Más relajado, se sentó en el suelo y tuvo el pensamiento de que desaparecieran las pesadas alas negras. Así fue, su cuerpo le obedecía. Se esfumaron de su espalda dejando un rastro de un humo negro y espeso.

De improviso, un cuervo negro graznó cerca de él, sintió una conexión extraña con aquel animal. Supo que el causante de su cambio físico había sido el ave, ¿con qué objetivo? No podía entenderlo todavía. Se tumbó bocabajo, en el suelo, quedando a la altura del cuervo. Frente a frente se fundieron en un solo ser. Gabriel entendió que el cuervo era su alma y sin él no podía vivir, siempre estarían unidos. Este otorgó al judío el don más preciado de la humanidad; el conocimiento de mil vidas vividas.

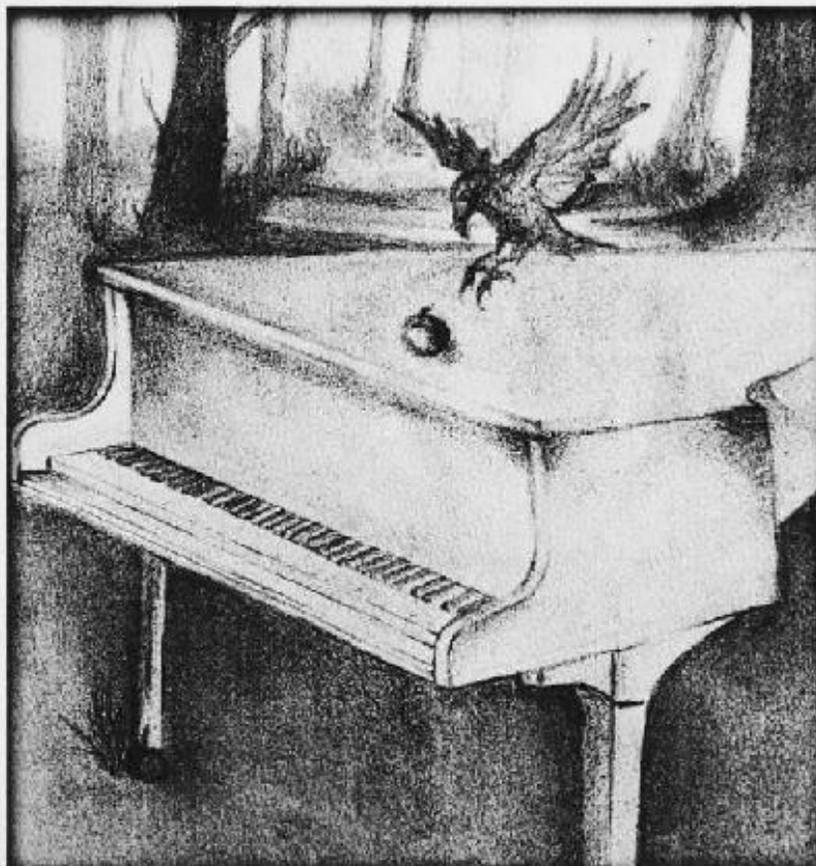
—Siempre he pensado que estaba maldito, y lo sigo creyendo. Pero por alguna razón incomprensible el universo me ha elegido a mí para ser parte de este mundo de locos —expresó poniéndose de pie y mirando a la nada.

Gabriel se agachó de cuclillas y extendió el brazo en dirección al cuervo, abriendo la mano al mismo tiempo. El animal saltó en su palma y anduvo por el brazo hasta adoptar la forma de humo negro, fundiéndose en la piel del judío. En su pecho izquierdo asomaba el tatuaje de un cuervo negro, siempre lo llevaría al lado del corazón.

Pasaron los meses y nada se supo del Cuervo judío, parecía que el bosque se lo hubiese tragado o tal vez estuviera esperando encontrar un motivo por el cual vivir y seguir avanzando. El horror había marcado a Gabriel, convirtiendo sus sentimientos en tormentas difíciles de controlar. Dicen que el tiempo lo cura todo, pero no es cierto. El dolor va menguando como las fases de la luna; sin embargo, cada cierto tiempo regresa el calvario, alzándose intenso, afligido y ahí te das cuenta de que el pasado jamás se olvida.

Capítulo Segundo

EL BOSQUE - NOCTURNE



La Morada del Cuervo



I

Alemania, Berlín, 1932.

Alexandra Leibowitz tocaba *Nocturne* del compositor Chopin junto a la ventana de su casa; su familia se reunía junto al fuego para escucharla. Con tan solo diez años se había convertido en una virtuosa del piano que dejaba asombrados a todos aquellos que tenían el privilegio de oírla. La joven judía soñaba con cumplir uno de sus mayores sueños: actuar en las salas de conciertos de toda Europa.

La señora Sarah Leibowitz estaba muy orgullosa de su hija menor, siempre decía que su pequeña había nacido con el don de los ángeles y que llegaría muy lejos con la música, sería una gran concertista. Le gustaba presumir del talento de Alexandra con los vecinos y amigos, se sentía muy afortunada. Al igual que su marido, el señor Levi Leibowitz, banquero de profesión, estaba orgulloso tanto de Alexandra como de su hija mayor Rebecca. La pequeña, con un futuro prometedor; la mayor no se quedaba atrás: había empezado a diseñar su propia línea de ropa y sombreros para las damas de a pie y de la alta sociedad. Vivían tiempos tranquilos y despreocupados, pero la amenaza nazi estaba por ensombrecer esos días de calma y felicidad.

En 1939, su hogar y todos sus sueños se hicieron añicos cuando Hitler llegó al poder junto con su afán por erradicar cualquier raza que no fuera la alemana. El mundo se vio sumido en la mayor contienda bélica de la historia. El veneno del nazismo se extendió por toda Alemania y aquellos que una vez fueron vecinos, amigos o conocidos dieron la espalda a la familia Leibowitz por el mero hecho de ser judíos. El señor Levi perdió su trabajo, su hija mayor

tuvo que cerrar la tienda de ropa que con tanto esfuerzo le había costado levantar, ya nadie quería comprar un vestido hecho por una judía. A la señora Sarah la maltrataron con el silencio y dándole la espalda. Los comerciantes de la zona les prohibieron el acceso a sus negocios. La comida escaseaba en el hogar de los Leibowitz, pero había algo más importante que llevarse un trozo de pan a la boca, debían escapar de inmediato para salvar sus vidas. Siendo testigos de cómo el ejército alemán había detenido a otras familias judías y los había borrado del mapa no tenían otra opción.

Alexandra perdió la ilusión por vivir, pues no pasaba un solo día que no tuviera miedo. Hacía años que había dejado de tocar y componer, en lo único que pensaba era en despertar con vida un día más. Cuando las cosas se pusieron realmente feas en Alemania, el señor Levi logró escapar de Berlín con su familia. Se refugiaron en las afueras, exactamente en una granja agrícola colindante con la frontera de Polonia. Habían podido sobrevivir haciéndose pasar por polacos.

Sus vidas cambiaron radicalmente, de ser una familia adinerada pasaron a vivir en la pobreza. Casi todo lo que cultivaban era para las tropas alemanas, aunque Levi siempre guardaba en un pozo inservible provisiones para su familia. La mala alimentación era palpable en sus físicos.

Una mañana de 1944 todo cambió para mal, el destino ya estaba escrito y la muerte tenía en lista sus nombres. Alexandra madrugó como de costumbre y se fue sola a pasear por el bosque que rodeaba la granja, se había convertido en su santuario. Se perdía entre la arboleda y sacaba a relucir todo el sufrimiento que se guardaba día tras día para que su familia no padeciera más de lo debido. Entre el follaje detenía sus pasos y gritaba a pleno pulmón hasta vaciarlos y quedarse sin aire. Después solía refugiarse en el hueco de un árbol y dejaba salir el dolor en llantos desconsolados. Pero aquel día traía consigo una traición y una desgracia.

Levi Leibowitz, cada fin de semana, viajaba a la ciudad para vender parte de la cosecha en un mercado local. Apenas ganaba nada, porque las tropas cogían parte de sus productos para abastecer al ejército alemán; aquel hecho se había convertido en una mera forma de sobrevivir e integrarse en esa nueva sociedad para pasar desapercibidos. Una mañana se encontró de frente con el

hijo mayor de sus antiguos vecinos de Alemania, había sido llamado a filas para ser soldado en el ejército alemán. Ambos se miraron reconociéndose al instante, pero ninguno de los dos dijo nada. Ese día regresó a casa turbado y preocupado, aunque se convenció de que aquel joven no diría nada a sus superiores por la amistad que habían mantenido en el pasado. Levi prefirió callarse y guardarse el secreto para no preocupar a su familia, solo esperaba y rezaba porque aquel joven tuviese compasión por ellos.

La mañana había amanecido lluviosa y gris. El señor Leibowitz cortaba leña delante de la casa cuando percibió un sonido de motores a lo lejos. Una patrulla alemana se acercaba a la casa, le extrañó porque el día anterior le habían hecho una visita para recoger víveres para el ejército. Sin poder evitarlo un mal presentimiento se instaló en su pecho. Dejó el hacha clavado en los anillos de un viejo tronco y se secó el sudor de la frente con un pañuelo que pertenecía a su amada esposa.

Los coches pararon en la finca y dos hombres uniformados bajaron seguidos de cuatro soldados, uno de ellos era el hijo de su vecino. Ahí supo que los había traicionado al revelar su verdadera condición de judíos. El chico lo miró desafiante, sin remordimiento en la mirada; dijo algo en alemán que el señor Levi entendió perfectamente: «Ellos son los judíos que se han hecho pasar por polacos, señor».

El oficial al mando avanzó raudo hasta quedarse a un palmo de la cara de Levi. Sin previo aviso, asustando a su mujer y a su hija, le propinó un guantazo que hizo que las aves que se refugiaban de la llovizna en un árbol cercano salieran espantadas presagiando lo inevitable.

—Soldado, ¿es esta la familia de judíos que has denunciado a las SS?

—Sí, señor, pero falta la hija menor.

—¿Puede ir a buscar a su hija, señor Leibowitz? —preguntó con amabilidad el oficial.

—Lo siento señor, pero mi hija pequeña murió por enfermedad el mes pasado —Levi mintió sabedor de que su amada Alexandra estaba perdida en el bosque; solo deseó que no regresara antes de tiempo para salvarse.

—Lo siento, le acompaño en el sentimiento. Soldados, traed las palas —ordenó alejándose unos metros de la familia.

Sarah y Rebecca se abrazaban llorosas intuyendo el final de aquella visita inesperada. Habían oído hablar de los métodos macabros empleados contra los judíos en aquella zona. Efectivamente, iban a ser parte de ese procedimiento.

Los soldados hicieron entrega de una pala a cada miembro de la familia; apuntándolos con una MG42 les hicieron cavar en el suelo mojado su propia tumba. Cavaron sin más remedio, rezando por sus almas, y con el corazón encogido. Cuando el oficial caviló que el agujero era considerable para albergar un cuerpo les ordenó que parasen y se pusieran en el filo de la fosa. Los tres miembros de la familia Leibowitz se prepararon para morir.

—Como soy un buen hombre dejaré que primero muera su hija, será menos doloroso para ella ver que sus padres la acompañan en la muerte.

El hijo del vecino apuntó a la cabeza a Rebecca esperando la orden de su superior, que no tardó en alzar dos dedos para indicarle que podía disparar. Se escuchó en la inmensidad del prado un estruendo que acabó frívolamente con la vida de la hija mayor de la familia Leibowitz.

—¡Ahhh! —vociferó Sarah al ver a su hija dentro del hoyo, muerta. El oficial, al ver el dolor y la angustia de la madre que no cesaba de gritar, ordenó que la callaran con un disparo que fue directamente al corazón.

Levi callaba, resignado, sin mostrar sus sentimientos, no quería que aquellos cerdos alemanes vieran su dolor. Miró por última vez al bosque, asegurándose de que su hija siguiese escondida. Antes de unirse a la muerte sentenció: «Reíd ahora, porque cuando la muerte venga a por vosotros, yo estaré con ella asegurándome de que engulla vuestras almas». El oficial al mando, Rudolf Hoess, detuvo al soldado encargado de la ejecución y sacó su Walther P38 para matarlo él mismo. El señor Leibowitz dejó de respirar y se reunió con su familia en la otra vida.

El teniente coronel miembro de las SS Rudolf Hoess dejó, en el verano del 43, el campo de Concentración de Birkenau por voluntad propia, siendo reemplazado de su cargo por Arthur Liebehenschel, quien modificó y cambió algunas de las prácticas que se hacían en aquel lugar de muerte bajo las órdenes de Hoess. A pesar de promulgar una amnistía general del búnker y de mandar a desmantelar el paredón negro —paredón de ejecución—, las

selecciones y el exterminio en el campo continuaron.

Hoess, tras el episodio vivido con el judío que mandó quemar vivo, se había vuelto loco; todas las noches soñaba que un gran cuervo entraba de madrugada en sus aposentos privados y le arrancaba los ojos y el corazón. Tenía pesadillas recurrentes todas las noches y no dudó en pedir su traslado. Dejó Birkenau para dedicarse a la persecución y ejecución de los judíos que intentaban esconderse del Tercer Reich. Al abandonar Auschwitz, por propia voluntad, dejó de tener esos sueños aterradores con el cuervo, pero la intranquilidad y el miedo seguían instalados en su negro corazón.



II

Sumida en un dulce sueño y recostada en la cavidad del árbol se despertó de golpe al escuchar unos disparos. El miedo que había guardado durante mucho tiempo salió a relucir de inmediato. Corrió entre la arboleda sin importarle que las ramas que se iba encontrando por el camino arañasen su atuendo y rasguñaran su cara. Llegó con el corazón en un puño a la linde del bosque y desde ahí, escondida detrás del árbol, contempló la crueldad del nazismo. Vio cómo su madre era ejecutada y caía tras el impacto a un hoyo. Los nervios se apoderaron de su cuerpo haciendo que temblara de pies a cabeza, paralizándola entera. Ni siquiera la voz le salía de la garganta y los gritos que quería emitir se ahogaban en ella. Su peor pesadilla se hacía realidad. Observó a su padre impasible y en un momento dado sus ojos se cruzaron con él; no estaba segura de que la hubiese visto; para ella ese gesto fue una inminente despedida. Por un instante, se le pasó por la cabeza la idea de salir a campo abierto y salvarlo, pero debía ser coherente por mucho dolor que albergara en su interior. Lloró aquejándose del final de su progenitor y por la impotencia que sentía. Jamás entendería el hecho de que un ser humano podía quitar otra vida en un segundo sin sentir remordimientos de esos crímenes.

Llegó el momento fatídico y vio cómo aquel oficial le quitaba la vida a su padre sin un atisbo de culpabilidad. Ahí fue cuando Alexandra marcó su destino. No pudo más con la angustia y salió de su refugio para gritar el calvario que estaba sintiendo, haciendo patente su presencia a los ejecutores de su familia.

Fueron segundos, en donde sus miradas, la de la joven y la de los alemanes, se cruzaron. Era consciente de que acababa de firmar su sentencia

de muerte. Rudolf Hoess ordenó a sus soldados que la capturaran. Alexandra giró sobre los pies y echó a correr sin rumbo, internándose en el bosque; debía poner distancia entre ella y los alemanes si quería salvar su vida. Pero algo le decía que no se detendrían hasta capturarla y matarla. Acababa de empezar una persecución funesta que no le daría descanso. Hoess se montó en el coche oficial junto al otro oficial de menor rango y emprendieron la persecución bordeando el bosque; esperaba que aquel ratoncillo asustado cometiera un error y saliera de su ratonera. Esa persecución se había convertido en algo personal, pues odiaba con toda su alma a la raza judía.

La joven corrió durante horas sin detenerse a respirar, estaba agotada, asustada y a la vez furiosa. La noche se levantó rauda y tétrica haciendo que la visibilidad de Alexandra la retrasase en su huida. Había dejado atrás la zona de bosque que conocía como la palma de su mano y se había internado en una nueva y más espesa que le era desconocida. No sabía por dónde iba, se sentía perdida y notaba en su espalda los fusiles de los soldados. Debía encontrar rápido un escondite seguro y dejar pasar las horas hasta que estos se alejasen del lugar para poder seguir un rumbo distinto.

Se detuvo un momento para beber agua de un pequeño riachuelo que había encontrado de casualidad, estaba sedienta y mareada de la carrera. Aprovechó para lavarse la cara y mantenerse serena y despierta; sin embargo, unas voces alemanas la alertaron del peligro. No había conseguido poner demasiada distancia entre ellos.

Por un segundo se le pasó por la cabeza entregarse y acabar con todo, pero no podía defraudar a su padre y debía proteger su legado, era la última que quedaba de su familia y atesoraría su apellido como su única herencia. Dependía de sus fuerzas e ingenio escapar de los nazis y conservarlo para que perdurara con las generaciones venideras.

Emprendió la carrera como si se tratase de la marcha fúnebre de Mozart, esperando evadirse de sus garras. Llegó a una zona de árboles más espesa, parecía que era la parte más vieja del bosque. Ahí tuvo que detener sus pasos para ver qué sendero escoger; la huida se complicaba. Caminó esquivando varias ramas secas de árboles muertos cuando, de pronto, escuchó el graznido de un cuervo. Miró alrededor buscándolo. No vio nada y siguió. El terror se

apoderó más de su ser. Desde muy pequeña había escuchado historias relacionadas con los cuervos, decían que eran los heraldos de la muerte y que cuando te rondaban era porque estabas a punto de morir. Su padre siempre le había dicho que eran historias para asustar a los niños y que esas aves nada tenían que ver con dichos cuentos infantiles. Siempre decía que el mayor depredador del hombre era él mismo, y no se equivocó.

Intentó tranquilizarse y seguir su camino; no obstante, el sonido de un fusil la aterró. Estaban cerca, muy cerca. Cometió el error de gritar y eso alertó a los soldados alemanes que la perseguían. Habían utilizado la táctica de disparar a la nada para hacerla salir de su escondrijo y había funcionado. En la oscuridad de la noche se escucharon las voces de los alemanes haciendo que el corazón de Alexandra dejara de latir, pues se sentía atrapada a merced de estos. Estaban muy cerca.

Alterada, no sabía qué hacer y la desesperación salió sin darle tregua, gritó exasperada, muerta de miedo a la misma vez que corría; las lágrimas las recogía el viento helado. Atemorizada, miró varias veces hacia atrás y pudo ver a sus captores tras ella dándole órdenes de que se detuviera. La joven apretó el paso utilizando sus últimas fuerzas sin mirar por dónde pisaba. Fue un error terrible. Cayó de bruces al suelo al tropezar con la rama de un tronco; al intentar levantarse para seguir corriendo, una bala le atravesó el hombro derribándola al instante.

Cayó boca abajo y sintió un dolor atroz en el hombro; no se rendiría tan fácilmente. Sacó fuerzas y se arrastró por el suelo para intentar escapar, pero era inútil. Uno de los soldados la apresó con su pie colocándolo en la espalda de la joven. Ahí se rindió. Enterró la cara en la tierra y lloró desconsolada; su vida se acababa ahí.

El traidor de su vecino se agachó y la agarró del cabello; le levantó la cara para que lo mirase directamente a los ojos; quería que atendiera a sus palabras y a la vez aterrorizarla. Creerse superior a los demás le hacía sentirse fuerte.

—Eres una zorra judía muy traviesa y vas a pagar por tu estupidez. Nadie puede escapar del ejército alemán.

Quería que sufriera antes de meterle una bala en la cabeza, por eso introdujo un dedo en el agujero que tenía en su carne a causa del balazo.

Alexandra gritó de dolor y la vista se le nubló avisándole de que estaba a punto de desmayarse. El soldado se dio cuenta y le dio dos guantazos en la cara para espabilarla, cosa que logró. Hizo que se arrodillara en el suelo y los cuatro soldados se pusieron alrededor de ella apuntándola con los fusibles.

—Perra, te vamos a dejar el cuerpo como un colador, ¡ja, ja, ja! —rio uno de ellos.

—Espera un momento —interrumpió el traidor—. No podemos matarla sin bautizarla antes, ahora se llama «puta judía».

Alexandra se sentía humillada y vejada, era incluso peor a que le metieran una bala en la cabeza; prefería mil veces eso a las risas sobre su persona de aquellos malnacidos. Las carcajadas entre los soldados continuaron y vio cómo se desabrochaban el pantalón para orinarse en su cuerpo. Le mojaron el cabello y la cara, haciéndola sentir como una mierda que no valía absolutamente nada. La joven lloró mezclando sus lágrimas con la orina; por primera vez sintió el agravio que habían sentido millones de judíos a manos del nazismo.

De pronto, el silencio reinó en el bosque; los soldados alemanes apuntaron al frágil cuerpo de Alexandra. Una orden y sentiría el metal en su piel. Cerró los ojos, ya que no era capaz de ver lo que estaba por acontecer; agarró con fuerza el dobladillo de su vestido para pasar el mal trago. No estaba preparada para morir; sin embargo, recibiría la muerte con orgullo.

Inesperadamente algo impensado sucedió cambiando el destino de Alexandra Leibowitz. Escuchó el sonido del cuervo una vez más; después se levantó un viento a su alrededor que le meció los cabellos velozmente. Paró de pronto y el silencio reinó de nuevo. La joven seguía con los ojos cerrados y la respiración acelerada, le extrañó no oír las risas de los soldados y menos sentir su presencia. Con miedo, se atrevió a abrirlos y poco a poco se fueron adaptando a la oscuridad de la noche. Comprobó que no había nadie a su alrededor. Desconcertada, se levantó agarrándose el hombro que continuaba doliéndole. Entonces lo vio, y no pudo creer lo estaba presenciando; los cuerpos sin vida de los soldados alemanes yacían a unos metros de ella.

Dio un paso atrás aliviada y sorprendida, no entendía nada. Tampoco quería entenderlo, solo huir. Quedó absorta mirando a los soldados muertos,

intentando encontrar una explicación racional, pero nada se le ocurría salvo que en aquel bosque vivía un ser de otro mundo que había salvado su vida. Dio otro paso hacia atrás cuando escuchó el graznido de un cuervo y esta vez lo vio posado en una de las ramas de un árbol. Lo miró hipnotizada y curiosa, con la angustia instalada en su pecho. Antes de continuar pronunció un débil «gracias»; se sintió ridícula al pensar que ese cuervo le había salvado la vida.

Dejó el pequeño claro donde la luz de luna bañaba los cadáveres de los soldados alemanes y continuó con la huida. La noche se oscureció todavía más y Alexandra había perdido por completo sus fuerzas a causa de la herida de bala. Perdió mucha sangre y su piel se estaba volviendo pálida y al mismo tiempo cenicienta. Entonces, las piernas le fallaron y cayó inconsciente, con el corazón latiéndole débilmente.



III

Gabriel estaba recostado en la rama de un árbol contemplando las estrellas y añorando a sus seres queridos y a su amigo Adiel. Los meses habían pasado y el dolor persistía en su quebrado corazón. Sus días se habían convertido en silencios y en recuerdos; nada le importaba. Refugiado en su congoja veía los días pasar veloces, dando la espalda a sus compatriotas judíos. A pesar de haberse convertido en algo poderoso y sobrenatural no había utilizado esa nueva parte que vivía en él, porque le daba miedo admitir que se había convertido en un monstruo y por mucho que lo desease no volvería a ser un completo humano. Hubiese preferido morir y acabar con su sufrimiento.

Se miró los dedos de las manos, que le recordaban su condición de cuervo, señor de las tinieblas. Faltaba muy poco para amanecer y se levantó con el pensamiento de regresar a una cabaña abandonada que había encontrado en mitad de la espesura del bosque. Antaño había servido de refugio para pastores, no era muy grande.

Se concentró en el fuero de su mente y pensó en volar, su cuerpo le obedeció y dos alas negras se fueron formando en su espalda en menos de unos segundos. Las contempló impresionado como la primera vez que las vio. Sabía que aquellas alas no eran un simple conjunto de plumas, eran tan letales como el filo de un cuchillo. Podían cortar la carne de un animal o ser humano de una estocada; estaban tan afiladas como la katana de un samurái.

Se encontraba a punto de emprender el vuelo cuando escuchó los gritos de una mujer en el bosque. Ladeó la cabeza con rapidez y su visión sobrenatural se internó entre los árboles a la velocidad de la luz buscando a la dueña de esos gritos. Tenía el poder de ver a corta distancia; para largas utilizaba al cuervo, hombre y animal estaban conectados de manera sobrenatural. Vio a

una joven asustada y tras de ella a soldados nazis. Miró al suelo cerrando los ojos y apretando el puño, había jurado no intervenir en el destino del mundo, pero tampoco no podía mirar hacia otro lado. Si no hacía algo pronto aquella muchacha perdería la vida, y el único responsable sería él.

—¡Cuervo! —llamó a su mitad que vivía en él en forma de tatuaje en el pecho izquierdo. Se movió cobrando vida en su piel. Un humo negro le fue saliendo de la carne y tomó la forma de un cuervo negro—. Nos vamos de caza. Hoy, la única sangre que se derramará será la alemana.

El cuervo graznó a su dueño y emprendió el vuelo esquivando las ramas de los árboles hasta llegar a la misma posición donde se encontraba la muchacha. Gabriel cerró los ojos, en su mente podía ver lo que el cuervo veía, eran uno. Tenía los detalles exactos de la escena en su cabeza. Abrió los ojos y crujió el cuello antes de ponerse en marcha; su mirada estaba rodeada de un aura de ira y resentimiento. Sin previo aviso, imágenes de las víctimas de la cámara de gas y de su amigo colgado como una vaca en un matadero colmó su mente y el dolor reprimido salió a flote con toda la rabia que sentía.

Hizo desaparecer las alas y corrió entre la arboleda para ir más rápido y así utilizar el factor sorpresa contra el enemigo; avanzo de una manera sobrehumana sabiendo hasta dónde guiar a sus pasos. Solo podía pensar en matar a aquellos cerdos. Gabriel no era consciente de que esas cicatrices seguirían abiertas y sangrando, la venganza solo le serviría para ensuciar todavía más el alma.

Llegó justo a tiempo y el corazón se le partió en mil pedazos al ver a la muchacha arrodillada y aterrada. Eran cuatro, estaban ensimismados y distraídos apuntando a la joven. Concentró su poder y cerró la mano despacio para apretar sus gargantas y así no pudieran pedir ayuda y menos gritar para asustar más a la muchacha. Sería rápido y doloroso, necesitaba que sufrieran y sintieran la misma crueldad que ellos habían empleado con los judíos y otras personas de distintas razas.

Los soldados abrieron la boca buscando el aire que les faltaba a sus pulmones; se miraron aterrados al verse igual que los demás. Desconcertados, se alejaron unos pasos de la joven. Por un momento el soldado traidor pensó que se trataba de una bruja judía; sin embargo, no tardaría en darse cuenta de

que se trataba de un ser de otra índole. Boqueando sin encontrar el aire se giró para buscar a sus compañeros y se impresionó al verlos muertos en el suelo con la garganta abierta. El miedo se apoderó del traidor y pensó en alejarse de la joven creyendo que la distancia le devolvería la opción de respirar de nuevo. Cuando se dio la vuelta para marcharse, se encontró con un hombre semidesnudo que solo vestía un pantalón negro y raído y que tenía los pies descalzos tan negros como el hollín. Aunque lo que más le asombró fueron las dos alas negras e imponentes que le salían de la espalda. El corazón le latió a una velocidad preocupante, intuyó que aquel ser había sido el causante de la muerte de sus compañeros. Era una amenaza letal. Observó al hombre que no se movía, estaba quieto como una estatua en un cementerio, miraba al suelo sin mostrar el rostro, con ambos brazos inmóviles a los costados del cuerpo y los puños los apretaba con fuerza. De ellos salía un reguero de sangre que goteaba lentamente.

Gabriel se había metido en la mente del traidor y pudo ver las atrocidades que había cometido, pero lo que más le cabreó fue descubrir que este había sido amigo y vecino de la joven antes de la guerra. Levantó la cabeza y el traidor pudo ver la cólera en sus ojos. No le dio tiempo a reaccionar: el judío mitad cuervo, mitad humano lo agarró con fuerza del cuello y apretó con vigor hasta que los glóbulos oculares se le salieron de las cuencas. Lo mató partiéndole el cuello.

Se percató de que la joven seguía temblando y con los ojos cerrados, la curiosidad le pudo y se agachó a su altura arrastrando las alas en el suelo. Contempló su hermoso rostro asustado y olió su aroma para poder rastrearla en caso de necesidad, por si tenía que ayudarla de nuevo. Estuvo tentado de recoger sus lágrimas, pero se detuvo cuando volvió a la realidad y recordó la clase de ser que era. La asustaría más todavía. Así que se alejó sin hacer ruido y dejó al cuervo vigilándola mientras que él recorrería el perímetro rastreando cada rincón, por si la perseguían más soldados alemanes.

Gabriel fue a pie para asegurarse de que no había más nazis al acecho; no encontró a nadie más. El bosque seguía desierto y en calma. Asegurado el perímetro regresó a su guarida donde se reuniría con el cuervo. Este lo llamó a través del pensamiento mostrándole a la muchacha tendida en el suelo.

Maldijo, porque no quería inmiscuirse más de lo debido en su camino; sin embargo, su parte humana le rogó que no la dejase morir de frío. Cambió de rumbo y llegó al lugar. El latido de la joven era débil. La cogió entre los brazos y le atravesó una corriente eléctrica plagada de sentimientos; hacía tanto tiempo que no abrazaba a otro ser humano que casi había olvidado lo reconfortante que era.

Saltó desplegando las alas y voló con ella a su guarida. El cuervo se adelantó para llegar antes que él y asegurarse de que la cabaña abandonada seguía tal cual, vacía. Llegaron al lugar y posó los pies descalzos en el suelo con cuidado, no quería dañar más a la joven por un mal aterrizaje. Sin perder tiempo, se internó en la cabaña y la dejó sobre un lecho de madera revestido de hojas. Se preocupó al verle un tono ceniciento en la piel. Rasgó parte de su vestido para verle la herida de bala. Efectivamente, se temía lo peor. La bala había salido y no se había quedado incrustada en el hueso, al menos eso era bueno. Había perdido mucha sangre y no podía llevarla a un hospital, pues no existía ninguno en aquella zona en funcionamiento; tampoco la entregaría en las dependencias hospitalarias alemanas, porque la matarían por ser una judía. La estrella de David de plata que colgaba de su pecho lo confirmaba y no era una opción llevarla a otra ciudad de Europa volando, tardaría horas en llegar a causa de la contienda bélica que se desplegaba por todos los territorios y tal vez ella no aguantase lo suficiente. La miró impotente sin saber qué hacer. El cuervo, que lo miraba posado en el respaldo de una vieja silla, graznó mostrándole la solución. Le enseñó su verdadera condición, un heraldo de almas que podía traer del mundo de los muertos a otras almas y convertirlas en lo que él era. No obstante, el procedimiento era demasiado doloroso, pues debía resurgir de las cenizas después de muerta. Así que esa idea la desechó, no convertiría a una joven inocente en algo como él. No condenaría a nadie sin darle opción a elegir.

—¡No puedo hacerle eso! ¡No lo haré! —Miró al animal que lo observaba impassible.

Escondió la cara en sus manos y pensó sin llegar a ninguna conclusión, se estaba poniendo nervioso. Le quedaban pocas horas de vida. Entonces, sin previo aviso, el cuervo se posó en su rodilla derecha llamando su atención.

Este lo acarició rindiéndose y mostrando algo de ternura por aquel animal que de alguna manera le había salvado la vida y condenado al mismo tiempo. Le había otorgado una nueva oportunidad, pero Gabriel todavía estaba indeciso con aceptar esa nueva condición. Se seguía sintiendo solo y vacío.

—No puedo enfrentarme a la muerte —exclamó al cuervo refiriéndose a la joven que estaba luchando por vivir.

—¡Cruaaac, cruaaac! —graznó el cuervo antes de que le hiciese una herida superficial en la palma de la mano con el pico.

Gabriel la retiró sin entender por qué se había puesto tan violento y le ordenó regresar a su pecho. El cuervo abrió las alas y se transformó en humo negro que se mezcló con su piel hasta convertirse en un tatuaje. Fue a curar su mano cuando se dio cuenta de que la herida había desaparecido. Y entonces lo entendió. Su sangre era regenerativa. Asombrado por el descubrimiento, se hizo un corte un poco más profundo en la palma, con un extremo del ala izquierda. La sangre empezó a brotar. Cerró la mano encima de la herida de bala; la sangre goteó hasta internarse en la carne de la muchacha.

—Duerme —susurró al meterse en su mente y sustituir sus pesadillas por recuerdos agradables con su familia. Ahí descubrió su nombre. Se quedó sentado en el suelo, en una esquina de la cabaña. Apoyó los brazos en las rodillas mientras escuchaba, mediante el sueño de la joven, la canción *Nocturne* de Chopin tocada por ella.



IV

El día amaneció tranquilo y Alexandra se despertó al sentir el calor en su piel. Al principio estaba desconcertada, lo único que recordaba era los cuerpos sin vida de sus persecutores y después marearse y volverse todo negro. Miró a su alrededor reconociendo el lugar; estaba en una casa ajena y había un fuego encendido en la chimenea, el cual era el causante del calor que sentía. Se destapó y se quedó quieta al no percibir dolor en el hombro. Lo miró y vio que tenía el vestido roto y que la herida de bala había desaparecido. Se tocó la piel y la tenía tan suave como la de un recién nacido. No encontraba la lógica a ese milagro.

Se levantó con cautela del lecho y observó la estancia: no había objetos personales ni nada que indicase que ahí vivía alguna persona; estaba abandonada. Creyó que tal vez alguien se escondía en ese lugar para escapar de la guerra.

—¡Hola! —saludó a la nada por si alguien contestaba, pero nadie lo hizo.

Abrió la puerta y salió despacio, todo estaba tranquilo en el exterior. No sabía dónde se encontraba y la idea original había sido escapar de los alemanes. Ahora que estaba a salvo debía salir del territorio alemán y llegar a cualquier otro país para esconderse. En aquel bosque no estaba segura y era cuestión de tiempo.

Anduvo perdida durante media hora hasta llegar a las lindes del río Vístula donde varios hombres, a lo lejos, lanzaban cenizas al agua. Alexandra no podía imaginar que se encontraba a unos kilómetros de Auschwitz – Birkenau. Escondió su pequeño cuerpo detrás de un robusto árbol y observó a aquellos hombres que parecían trabajadores, pero de inmediato reconoció a varios soldados vestidos con el uniforme nazi. Muerta de miedo, regresó sobre sus

pasos hasta la vieja cabaña. Estaba atrapada en aquel bosque, no podía escapar de los alemanes, eran una plaga racista que se encontraba por cada rincón del país. Entró de nuevo en la cabaña y se tumbó en el lecho de hojas a esperar a la supuesta persona —si es que aparecía— para darle las gracias por salvar su vida.

Gabriel había seguido a la joven con su fiel amigo el cuervo; la observaba desde la distancia, porque no quería mostrarse tal y como era delante de ella. En el campo de concentración había aprendido que era un error coger cariño a las personas, porque al final se sufría más de lo debido. La muerte era una sombra que se cernía en cada ser humano y la soledad era la mejor amiga que uno podía tener en esos tiempos de locura y crueldad. Ahora que la muchacha dormía, regresó a la cabaña para dejarle un conejo muerto encima de la mesa; debía comer y los animales del bosque eran el único sustento para sobrevivir.

Entró sin hacer ruido y dejó la presa sobre la mesa de madera. Pero cuando estaba a punto de marcharse, esta empezó a gritar en sueños. Gabriel se acercó y se metió en su mente; estaba reviviendo el fusilamiento de su familia. Él no podía hacer nada, todos los supervivientes de esa guerra tendrían que convivir toda la vida con sus propios demonios.

—Cuervo —llamó a su compañero. Este se movió en su piel y surgió de ella en forma de humo hasta adoptar la forma del ave—. Quédate con ella. Después de todo la ayudaremos a vivir.

Gabriel se marchó dejando a su corazón con ella; se perdió entre la arboleda como un alma errante que pasaba los días reviviendo el horror de su existencia. Sus pasos siempre lo llevaban al mismo lugar: Auschwitz – Birkenau. Lo observaba desde las lindes del bosque polaco y solo unos kilómetros le separaban de esa cárcel rodeada de espino. Su visión sobrenatural le permitía internarse en el campo y comprobar que todo seguía igual, el infierno seguía existiendo. Desde que se transformó en un cuervo no había vuelto a pisar el campo de concentración, aunque tampoco se había alejado. Era una necesidad enfermiza, se sentía vinculado a ese lugar de horror y sufrimiento; sin embargo, no había tenido el valor de intentar salvar a nadie. Su alma estaba envenenada por la ira, el dolor y la aberración que sentía hacia el pueblo alemán. Él no era un héroe que podía ganar una guerra

de esas dimensiones, no podía cambiar el destino de millones de personas... o tal vez sí.

Hasta hace unas horas no había experimentado su poder, y él mismo había comprobado de lo que era capaz de hacer. Durante meses había estado tan sumergido en su dolor que se había olvidado del mundo, convirtiéndose en un fantasma que ni siente ni padece. No obstante, todo había cambiado desde la llegada de Alexandra, era una señal del destino que le pedía a gritos que interviniera en esta contienda bélica. Lo que se planteaba era una pregunta difícil: ¿Cómo hacerlo? No era Dios, no podía estar en todas partes, el conflicto bélico era muy extenso en territorio. Miró de nuevo a Auschwitz y pensó que no podría salvar a todo el mundo, pero sí aportar su granito de arena a la historia. Empezaría ese mismo día.

Cerró los ojos y se concentró en los sonidos del paraje desolador, escuchó el motor de un coche y lo buscó con la mirada, era la cruz roja alemana. Conocía de sobra ese vehículo portador de la muerte. Dos soldados de las SS lo conducían transportando el veneno Zyklon B, el gas de exterminio judío. Le quedaba unos cinco kilómetros hasta llegar al campo de concentración y decidió intervenir.

Los soldados alemanes conducían despreocupados mientras fumaban un cigarrillo y cantaban canciones populares. Cuando, de pronto, se formó una niebla espesa en mitad del camino; estos no daban crédito a dicho fenómeno, porque hasta ahora había sido un día soleado. El conductor redujo la velocidad y se centró en la carretera; llevaban un gas mortífero que debía llegar a Auschwitz de inmediato.

En mitad de la niebla se fue formando una figura humana un tanto tétrica que hizo al soldado frenar de golpe, por el susto que se había dado al verlo ahí parado. Los dos se quedaron quietos y no dudaron en sacar la pistola para matar al entrometido. Salieron del coche dando órdenes, pero el ver con sus propios ojos cómo aquel hombre desplegab una inmensas alas hizo que gritaran aterrados. Dispararon a diestro y siniestro vaciando los cargadores. Gabriel había recibido el impacto sin inmutarse, los balazos en su piel escocían un poco, pero nada que no pudiera aguantar. Los soldados de las SS quedaron perplejos al ver que seguía en pie y que la carne de ese ser escupía

las balas de su cuerpo regenerándose al instante.

Sin pensarlo, tiraron las pistolas al suelo y salieron corriendo despavoridos. Gabriel los dejó marchar, ya que su objetivo era coger el gas para esconderlo y así nadie pudiera encontrarlo jamás y utilizarlo contra un ser humano. Aquel había sido el primer paso de futuras incursiones contra los alemanes, siempre ayudando desde las sombras. En mitad del bosque viejo cavó un hoyo tan profundo que nadie encontraría jamás los bidones portadores de la muerte. Se aseguró de enterrarlos bien y los cubrió otra vez con la tierra de tal manera que nadie sospechara que se había removido el suelo.

El sol estaba a punto de esconderse en el horizonte. Salió de la arboleda y dejó que los últimos rayos de sol bañaran su cuerpo. Poco le duró el remanso de paz. El cuervo le avisó del inesperado viaje de Alexandra; la joven había decidido emprender su camino a pesar del peligro.



V

Alexandra despertó con la cara hinchada de haber estado llorando en sueños; se sentía deprimida y la posibilidad de seguir respirando le parecía muy lejana. Al levantarse de la cama vio un conejo muerto encima de la mesa; al lado, un cuervo que la miraba sin quitarle ojo. Intuyó que sería el mismo del bosque y le pareció demasiada casualidad. Fue abrir la boca para hablar con él, pero de inmediato la cerró al pensar en la estupidez que iba a hacer. Era imposible que aquel animal tuviera conciencia, aunque había leído en libros que eran aves muy inteligentes, casi como el ser humano. Lo miró recelosa y no pudo más.

—¿Me has traído el conejo? —preguntó al cuervo. Este graznó dos veces—. De acuerdo, parece una locura —se dijo a sí misma—. Dos graznidos es un no, uno es un sí. ¿Fuiste tú quien salvo mi vida?

El cuervo graznó una vez haciendo que la joven se alterara sin poder creerlo. El animal había contestado al momento de realizar la pregunta, le parecía mucha casualidad.

—Vale, gracias —dijo dudando de aquella conversación absurda—. Supongo que vives en este bosque y te agradezco tu ayuda, pero no puedo quedarme. He de irme, y salir de Alemania. Gracias por el conejo, lo cocinaría si las circunstancias fueran distintas.

Se sintió un tanto ridícula, pero el cuervo era el único que estaba presente en la cabaña y la noche anterior en el bosque. No quiso darle más vueltas y decidió emprender su viaje a pesar de jugarse la vida. Fuera se estaba llevando a cabo una guerra y no sería fácil escapar de los nazis; sin embargo, lo intentaría de todas maneras. Salió dudando qué sendero coger, la mejor opción sería dejarse llevar y que el destino decidiera sobre su futuro.

Anduvo durante una hora perdida en la inmensidad de ese bosque solitario; se sentía observada, pero lo achacó al miedo que invadía cada poro de su piel. Lo que no sabía era que Gabriel la seguía de cerca, la ayudaría a cruzar la línea enemiga y salir sana y salva de Alemania. Después dependía de ella seguir respirando. Él no podía alejarse más, sería como abandonar sus raíces y olvidarlo todo. Más cuando una sed de venganza acababa de nacer en él.

Cansada y con la noche cerca, la joven se refugió al abrigo de una pequeña cueva erosionada en un minúsculo barranco formado seguramente por una bomba de la guerra. Se abrazó a sí misma, temblando e intentó descansar, aunque el hambre estaba haciendo mella en ella.

De pronto, algo cayó a sus pies en la oscuridad bañada por la luz de la luna. Miró al suelo y vio una manzana roja. Fue a cogerla, pero se detuvo al pensar que alguien se la había lanzado. Podría ser una trampa. El nerviosismo se apoderó de su cuerpo inmovilizándola, era incapaz de mover un músculo.

—Cógela, nadie te hará daño. Estoy aquí para protegerte —exclamó Gabriel escondido entre las sombras.

Alexandra se sobresaltó aterrada; sin embargo, aquellas palabras y la suavidad de la voz, de alguna manera, la tranquilizó. La voz volvió a hablar.

—No temas, come tranquila. Necesitarás energía para continuar tu camino.

—¿Quién eres? —se atrevió a preguntar. Esa situación la estaba poniendo nerviosa.

— ¿Acaso eso importa? No soy nadie. Come.

La joven siguió preguntando, insistiendo, pero la voz no volvió a pronunciarse. Al ver que nada más pasaba, creyó que tal vez fuera producto de su imaginación a causa del trauma que sufría, del hambre o del cansancio. No se lo pensó dos veces y le dio un mordisco que le supo a gloria. Tenía tanta hambre que se comió hasta el corazón de la manzana. Después, el agotamiento hizo que se durmiera.

Gabriel se recostó en una rama cercana a la joven y se sumergió en los pensamientos de esta. Al principio no le parecía ético hacerlo, era como una violación de sus secretos más profundos; sin embargo, sentirlos le hacía más humano.

Al cabo de unas tres horas despertó agitada, había tenido un sueño muy

raro con un cuervo. Se vio a sí misma corriendo en el bosque guiada por la visión del animal. Había sido extraño y a la vez se había sentido libre. Se levantó de su escondrijo y siguió caminando antes de que el sol despuntara; tenía que ganar terreno.

Gabriel había sido testigo de aquel sueño y se preocupó, porque eran los mismos síntomas que había sufrido después de la primera visita en sueños del ave, en Birkenau. Saltó de la rama del árbol con agilidad y la siguió de cerca, caminando rezagado detrás de ella. Iba sumergido en sus pensamientos cuando vio un cuervo desconocido siguiendo a la muchacha.

—¿Cómo es posible? —se preguntó en voz alta.

Su alma de plumas negras internado en la piel le mostró la respuesta a su pregunta en una imagen. Vio sus propias gotas de sangre mezclándose con las células de la joven. Se detuvo al comprender la verdad y entendió que Alexandra estaba en el proceso de convertirse en un ser sobrenatural como él. No pudo evitar reírse de la estupidez que había cometido, pensó que lo mejor hubiese sido dejarla morir.

—Me engañaste, amigo, pero jamás hará la conversión. No conozco mucho de mi nuevo yo, pero algo sí tengo claro: para convertirte en un ser sobrenatural de mi índole hay que reducir el cuerpo a cenizas. Eso jamás pasará, pues no lo permitiré.

Se hizo una promesa: no condenaría a Alexandra. Ella era luz y él, oscuridad. Jamás le desvelaría la verdad y así podría vivir una vida plena y humana.



VI

Alexandra, hasta entonces, no había sido consciente de que andaba sobre el mayor cementerio que ha existido jamás en la historia. Pronto lo descubriría.

Los primeros rayos de sol calentaban las hojas de los árboles haciendo que las gotas del rocío de la noche se evaporasen poco a poco. La joven siguió avanzando sin detenerse a pensar en el hambre, el miedo o el camino que debería coger. Estaba a un paso de presenciar un genocidio. Gabriel la seguía de cerca, fascinado por su valentía y coraje.

La joven se internó en una zona de bosque donde los soldados nazis y simpatizantes llevaban a cabo fusilamientos. Tropezó con algo y cayó de rodillas; al segundo se levantó quedando estupefacta. De la tierra surgían brazos, piernas y rostros desconocidos. Dio vueltas sin moverse del sitio cada vez más asustada, era una imagen horripilante, aunque cierta. Asustada, huyó del camposanto improvisado y cada vez más la muerte se fue haciendo evidente.

No supo cómo; sin embargo, los lamentos y gritos de aquella pobre gente resonaron en su cabeza como un alarido proveniente del infierno. Fueron aumentando y unas sombras terroríficas se escondían detrás de los árboles. Alexandra sintió una presión en el pecho, y millones de sentimientos se fueron formando en su estómago hasta retorcerlo. No sabía si aquello era real o una sugestión por presenciar el horror. Cayó derrotada, se tapó las orejas con las manos; no aguantaba más escuchar esas voces y gritó con todas sus fuerzas para acallar esos chillidos del más allá condenados a vagar en su dolor.

Sin más todo se quedó en silencio; solo los cuerpos de aquella fosa común seguían decorando el paisaje desolador. La joven lloró al contemplar los

cuerpos sin vida. Nada podía hacer, salvo rezar. Así lo hizo mientras avanzaba en silencio y respeto.

Gabriel no intervino, solo la observó. La gente con los años conocería la verdad de aquel holocausto, pero solo aquellos que lo hubiesen vivido sabrían el dolor que causó la Alemania nazi. A unos kilómetros vio movimiento, llamó al cuervo y le pidió que sobrevolara el terreno para estar precavidos, ya que Alexandra se dirigía hacia la horca sin ser consciente de ello.

El velo de la muerte se deslizó ante los ojos de la joven, detuvo sus pasos como si le hubiesen puesto cemento en los zapatos y el aire se escapó de los pulmones con un suspiro de congoja. Ahí, ante ella, un grupo de hombres y mujeres desnudos esperaban su turno como en la cola de una carnicería, con la diferencia de que ellos serían la carne que trinchar. Los colocaron en fila mientras un pelotón de soldados cargaba sus fusiles para disparar.

Sus ojos estaban apagados, el silencio era parte de sus destinos. Miraban a la muerte con orgullo, eran concedores de que no podían escapar de esa prisión. Sin previo aviso, el sonido de las armas inundó el lugar arrancando la carne de aquellas personas. Alexandra se tumbó en el suelo desesperada en su dolor, podía sentir el impacto de la metralla en su propia piel. Se hizo un ovillo y lloró desconsolada por esas pobres almas. Todos cayeron al suelo abatidos y el próximo grupo se colocaba en su lugar.

—Retrocede, despacio, no te pasará nada —dijo Gabriel escondido detrás de un árbol.

—Ayúdalos, como hiciste conmigo. Utiliza tu poder, Cuervo —rogó con la voz quebrada.

El judío miró sopesando si intervenir o no. En realidad no quería matar, no deseaba convertirse en un ángel de la muerte.

—No soy un salvador —pronunció justo en el momento en que las balas salieron disparadas para acabar con otro grupo de judíos. Se lamentó e incluso se sintió culpable.

Alexandra levantó la vista y vio que quedaba una familia; un matrimonio con dos hijas pequeñas. Las niñas se abrazaban a la madre con cara de terror, mientras que esta lloraba de impotencia. En cambio, el padre solo las miraba cabizbajo.

—Cuervo, creí que eras el salvador del pueblo judío. Me equivoqué, eres un cobarde —Alexandra habló pensando que esa voz pertenecía al ave que la perseguía por todo el bosque. Al final había llegado a la conclusión de que era un espíritu del bosque.

Justo cuando la joven se iba a meter en la boca del lobo para intentar salvar a la familia, Gabriel la detuvo aprisionando su cuerpo contra el tronco de un árbol. Por primera vez, se miraron a los ojos y Alexandra se quedó sin aliento al contemplar al dueño de la voz. Era un joven bello, aunque, y a la vez denotaba peligro; se fijó en sus extraños ojos grisáceos. Se movían como los de un animal, como los de un cuervo. Él se llevó un dedo a los labios y le indicó silencio. La joven quedó impresionada al ver sus dedos negros, más todavía al percatarse de esas enormes alas que le salían de la espalda.

La familia caminó aterrada al filo de la fosa, una de las pequeñas se orinó encima del miedo que sentía. La madre las abrazó contra su cuerpo y les dijo que cerraran los ojos. Las niñas obedecieron. Los soldados se prepararon para disparar, pero en ese instante silencioso se escuchó el graznido de un cuervo. Los soldados del pelotón de fusilamiento giraron la cabeza, hipnotizados, y vieron en una rama al ave que los miraba. Al volver la cabeza, encontraron a un ser sobrenatural en vez de a la familia; sin embargo, lo que más les aterró fue ver a sus dos oficiales con la garganta abierta desangrándose en el suelo.

—¿Qué es esa cosa? —preguntó uno de los soldados levantándose asustado.

—Yo soy la muerte... —susurró Gabriel mirándolos a través del flequillo.

Varios hombres salieron corriendo, pero no llegaron muy lejos. El Cuervo judío arrancó varias plumas de sus alas y las lanzó con maestría y rapidez, persiguiéndolos como si estas fueran misiles. Les cortó el cuello a todos y solo quedaron cuatro que observaban muy sorprendidos. Uno de ellos gritó y comenzó a disparar; los otros, al verlo, lo siguieron. Gabriel hincó una rodilla en el suelo y se cubrió con las alas, utilizándolas de escudo protector. Tras varios segundos, que parecieron eternos, las armas se quedaron sin munición; perplejos, vieron cómo aquel ser desplegaba sus alas y los miraba con rabia. Utilizó el poder de la mente para castigarlos y así sintieran en su piel el dolor de las víctimas. Controló los pensamientos de uno mostrándole el infierno

hasta el punto de que sintiera en sus carnes el sufrimiento. Este gritó como un loco delante de sus compañeros, pegándose manotazos en la cabeza; los otros lo miraron con miedo.

De pronto, sacó un cuchillo de la bota y se apuñaló directamente en el corazón. Los otros cayeron al suelo retorciéndose de dolor mientras se agarraban el pecho, era como si alguien les estuviera estrujando el corazón. Murieron por paro cardíaco.

Gabriel jadeaba cansado por el esfuerzo, llamó al cuervo para que se fundiera en su piel e hizo desaparecer las alas sin importarle que su secreto hubiese quedado al descubierto. La familia lloraba agradecida mientras se vestían; una de las niñas salió corriendo y lo abrazó con fuerza dándole las gracias. Él le devolvió el abrazo, era un regalo que en esos tiempos de miseria nadie podía permitirse desaprovecharlos. Con un gesto de cabeza ordenó a la familia que se marchase, al menos tendrían una segunda oportunidad y esperaba que la suerte les sonriera.

Alexandra había sido testigo de todo y no había perdido detalle del poder de aquel joven misterioso. Quedó prendada, sorprendida y, a la vez, aterrada al ver de lo que era capaz de hacer. Anduvo con cautela hacia él y se detuvo a unos metros, este miraba al suelo, no se atrevía a mirarla a la cara.

— Gracias..., ha sido...

—Un error, no tardarán en venir patrullas explorando la zona cuando se den cuenta de que este pelotón no regresa. ¡No te das cuenta de que no podemos salvarlos! ¡Todos estamos condenados! —vociferó con ira, pero Alexandra se mantuvo en su sitio a pesar de que todo el cuerpo le temblaba. Las lágrimas estaban a punto de salirle descontroladas de los ojos.

—¡Lo sé! Pero con tu poder podrías dar esperanza a los condenados. Esa familia... —exclamó señalando el sendero por el que habían huido.

—¡Esa familia está condenada, no pasará mucho tiempo en que los alemanes los vuelvan a capturar! Entérate de una cosa... —habló con los dientes apretados a un palmo de su cara—: el infierno hace mucho que se desató en el mundo, no puedes luchar contra el apocalipsis.

—Siempre hay esperanza... —susurró sollozando.

—No la hay, yo miré a la muerte directamente a la cara en Birkenau.

¡Estuve allí, maldita sea! Estuve allí...

Gabriel se apoyó en el tronco de un árbol y cayó al suelo derrotado al pensar en su existencia en el campo de concentración. No quería discutir con Alexandra, pero le importaba que pensara que era un cobarde cuando no lo era, simplemente tenía el alma quebrada y no veía esperanza para nadie. Ni siquiera para él.

—Lo siento, siento que sufrieras un infierno en Birkenau... pero necesito pensar que todavía hay esperanza, necesito creer que algún día todo esto se acabará y podré tener una vida.

—Yo antes era como tú —exclamó echando la cabeza hacia atrás—, un soñador, un idiota que creía que no tardarían en llegar los aliados para salvarnos a todos, pero la realidad fue muy distinta.

—¡No quiero escuchar más! Lo siento...

Alexandra salió corriendo, dejando a Gabriel sumido en sus pensamientos, vagando por los recuerdos. La joven lloró mientras huía de los nazis y del Cuervo judío, no se iba a conformar como él. La esperanza era el aliento que necesitaba para seguir avanzando.

—Cuervo.

Llamó a su corazón para que siguiera a la joven tozuda; él no tenía ni ganas ni fuerzas, se había quedado un poco tocado al desnudar sus pensamientos por muy pesimistas que fueran. Necesitaba pensar y aclararse, quería estar solo en su soledad.



VII

El ocaso estaba a punto de oscurecer el bosque, acompañando a la noche con un frío devastador. No podía dejar a Alexandra dormir a la intemperie. Antes de marcharse cogió prestado los uniformes de dos soldados muertos. Pronto llegarían a Oswiecim, un pequeño pueblo que quedaba cerca de Auschwitz – Birkenau. Se le había ocurrido una idea descabellada: hacerse pasar por dos soldados nazis. La idea era esconder a Alexandra en algún edificio del pueblo y buscar un vehículo para llevarla directamente a Berlín. Una vez en la capital alemana, hallaría la manera de sacar a la joven judía del territorio alemán y llevarla a un lugar seguro.

Los pies congelados de Alexandra la llevaron a una casa en ruinas en mitad de un paisaje sin vida; todo estaba muerto y ni siquiera las flores crecían en ese derruido jardín. Contempló la gran casona imponente y desoladora. En su interior albergaba soledad y cicatrices difíciles de arreglar. En su día tuvo que ser una majestuosa casa llena de vida, ahora solo el eco de los roedores la habitaban. Le faltaba parte del techo y la mitad estaba derruida, pero la joven solo vio un refugio para abrigarse del duro invierno que se anunciaba esa noche. Los primeros copos de nieve surgieron del cielo cubriendo su cabello negro; abrazándose el menudo cuerpo entró en la propiedad abandonada y caminó hacia la parte de atrás, donde se encontraba la puerta del servicio ya que la principal estaba destruida. Al dar la vuelta a la parcela contempló, en un pequeño jardín, un manzano en pie y grandioso, portador de manzanas rojas. Su color vivo sobresalía en aquel paraje lleno de muerte. De repente, notó una presencia en su espalda.

—Has decidido venir... —exclamó cerrando los ojos.

—Hace frío, encenderé un fuego en el interior. —Gabriel era un hombre de

palabras escuetas.

Alexandra ladeó la cabeza y vio cómo el hombre cuervo caminaba hacia el interior sin alas; en su lugar tenía dos marcas negras. Antes de seguirlo cogió dos manzanas y, después, le dio las gracias al árbol por ellas. Anduvo despacio por el interior de la casona, intuyó por la escasa decoración que había pertenecido a una familia pudiente.

Gabriel se encontraba sentado en un viejo sofá ajado, delante de la chimenea que se estaba encendiendo y, con ella, avivando los recuerdos de su muerte. Se sobresaltó al sentir a la joven sentarse a su lado, y quedó asombrado cuando vio que le ofrecía una manzana. Le sonrió agradecido, pero la rechazó cerrando los dedos de la joven alrededor de la fruta.

—Gracias, pero debes alimentarte y estar fuerte para el viaje. Las necesitas más que yo.

—¿No comes? Una vez escuché que los cuervos se alimentan de almas perdidas —se atrevió a decir recordando viejas fábulas.

—Todavía estoy adaptándome a esta nueva vida, pero no andas desencaminada. Los cuervos son como el barquero Caronte, acompañan a esas almas al descanso eterno.

—Las guías al más allá...

—No exactamente, soy un portal entre la vida y la muerte.

—¿Qué hay después de la muerte? —preguntó mordiendo la manzana. Gabriel se fijó en sus labios sonrosados. Nervioso por el deseo que sentía hacia ella, apartó la mirada.

—No lo sé, cuando morí lo único que sentí fueron anhelos y bellos recuerdos. Creo que cada persona tiene una muerte distinta al resto, depende de los actos buenos o malos que haya cometido en vida. Cada uno tendrá que responder a sus propias decisiones vividas en el último aliento, y ese será su pasaporte con un destino vinculado a la muerte.

—Espero que el día que me llegue la hora tú seas mi billete al paraíso con mi familia —comentó pensativa.

—Vivirás, Alexandra. Toma, lo he encontrado en el piso de arriba. —Le tendió dos mantas para guarecerse del frío.

—Cuervo, gracias. Por cierto, ¿cuál es tu nombre?

—Esa persona no existe —exclamó levantándose del sofá para que ella pudiera tumbarse y descansar.

—Yo creo que esa persona sigue dormida en tu interior.

Gabriel la escuchó mirando desde la ventana. Tal vez tuviera razón, pero para él nada importaba y no tenía sentido. Escuchó su respiración, se había quedado dormida. Sin poder evitarlo, se tumbó a su lado en el suelo mientras le observaba el hermoso rostro. Relajado, se quedó profundamente dormido y no tuvo pesadillas, solo durmió con la mente en blanco.

En mitad de la madrugada una hermosa melodía despertó a Gabriel, se puso en pie de un salto y se riñó por bajar la guardia. Al instante se dio cuenta de que Alexandra no estaba en el sofá; se preocupó buscándola con la mirada por la estancia, pero detuvo su mente al escuchar otra vez esa melodía que ya había escuchado; y lo entendió. Caminó hasta una sala medio derruida que quedaba al fondo del gran salón, en su interior se encontraba Alexandra tocando *Nocturne* en un piano de cola. La sensación de escucharla en directo fue maravillosa, no se podía comparar con nada más hermoso. Ella era poesía, era capaz de desnudar la piel con cada nota.

La joven tocó dejándose llevar por la música, tenía los ojos cerrados y sus lágrimas eran el testimonio de los sentimientos que en ella estaban despertando. Sus dedos deliraban sobre el piano dejando sus huellas en el polvo que cobijaba las teclas. Gabriel, hipnotizado, caminó desplegando las alas y dejó que su corazón volase libre hasta sentarse al lado de la joven. Ella lo miró regalándole una sonrisa cómplice y metió su mano debajo de la suya para que tocara con ella. Este se dejó llevar por ese nuevo sendero lleno de sentimientos e ilusión. Por un momento le hizo olvidar el dolor y supo que Alexandra había sido un ángel de alas blancas que había sobrevivido para salvarlo a él. No le encontraba otra explicación a tanta bondad y compasión.

Una extraña sensación despertó en Gabriel venciendo al miedo y a la soledad, un deseo de amor desconocido que se perdía en su propia mirada. Era una sensación extraña de querer y no poder, una utopía difícil de llevar a cabo; no obstante, el deseo empujaba contra su temor de amar y sentirse vivo, más cuando pensaba que estaba condenado de por vida. Se dijo a sí mismo que sería un beso, su primer beso, que no sentiría nada salvo el calor de otros

labios, pero no estaba preparado para albergar algo tan grande como el amor. Hasta entonces no había amado a ninguna mujer, salvo a su madre y hermana.

Debatiéndose en soledad en su cabeza, detuvo las manos de Alexandra y entrelazó sus dedos con las de ella a la vez que cerraba los ojos y se humedecía los labios. Ella quedó prendada mirando su rostro, intuyendo lo que estaba a punto de acontecer y con una sensación de excitación y deseo en su cuerpo. Lo deseaba, y aunque todavía nada había ocurrido, lo anhelaba con impaciencia.

—Necesito besarte... Alexandra...

—No temas, Cuervo. Mis labios están ansiosos...

Gabriel abrió los ojos y sus miradas conectaron al mismo tiempo que suspiraron. El joven obedeció a los deseos de su cuerpo y, olvidándose de todo a su alrededor, juntó sus labios con los de la joven. El primer contacto fue impactante. Poco a poco fueron bailando con cada beso, hasta que algo hermoso se instaló en el corazón marchito del Cuervo: el amor. Detuvieron el beso recuperando la respiración mientras que los dos sonreían embriagados el uno por el otro. Él apoyó su frente en la de ella y cerró los ojos mientras con sus manos le sujetaba el rostro.

—Te prometo que sobrevivirás a la guerra, te acompañaré hasta el final.

Alexandra se apartó de él con los ojos vidriosos por aquella promesa, había nacido en su corazón un sentimiento nuevo por aquel hombre y escuchar la palabra final la desesperaba. Algo le decía que en algún momento del camino se dirían adiós. Fue a coger el rostro de él entre sus manos cuando se dio cuenta de que tenía los dedos negros y se alarmó.

—Cuervo..., mis manos... —lo miró aterrada y temblorosa— son iguales a las tuyas...

—Tranquila, tengo que contarte algo. Creo que ya es hora de que sepas la verdad de cómo sobreviviste esa noche en que te perseguían los soldados nazis.

Regresaron al calor del fuego y se sentaron en el sofá ajado; ella se cubrió con las mantas y apoyó su cabeza en el pecho de Gabriel dispuesta a escuchar su historia. Intuyó que algo realmente revelador estaba a punto de averiguar.

—Aquella noche te hirieron con un disparo en el hombro, la herida era

bastante importante y perdiste mucha sangre. Cuando te llevé a la cabaña...

—Fue un cuervo, me refiero a un animal, yo lo vi —dijo confusa.

—Es este el cuervo que viste, él es parte de mi corazón y mi alma. —Le enseñó el tatuaje y lo llamó—: cuervo.

La joven observó perpleja cómo el tatuaje que tenía en el pecho se le movía en la piel y de esta salía un humo negro hasta transformarse en un cuervo. Atónita, acarició al ave para verificar que era real y no producto de su imaginación. Sonrió desconcertada por aquella magia que no comprendía.

—Es extraordinario —logró decir.

—Él te vigilaba porque yo se lo pedía; no quería que me vieras convertido en lo que soy en día. Como te iba diciendo, perdiste mucha sangre y tu vida dependía de un hilo. Ibas a morir. El cuervo me mostró el poder de mi sangre, es regenerativa y ahí fue mi error al utilizarla contigo. Si me hieren me curo al instante, mis células se regeneran curando mi cuerpo. Eso quiere decir que soy un ser inmortal, un hijo de las tinieblas, un maldito que vagará por el mundo.

—Querías ayudarme, no te tortures —exclamó la joven al ver culpabilidad en su mirada.

—Es cierto, quería que vivieras. Derramé mi sangre en tu herida y mis células se mezclaron con las tuyas otorgándote el don del cuervo. Te salvé, pero inconscientemente te convertí en lo que soy yo. Mi sangre no sirve para curar a humanos, solo para convertirlos.

—Entonces, ¿dentro de unas horas o días seré como tú? —preguntó curiosa y a la vez aterrada.

—No, no funciona así. Tu cuerpo cambiará: primero serán los dedos, luego las marcas en la espalda, tu visión será más nítida, incluso el oído, pero no te convertirás en lo que soy yo. Tendrás sueños extraños con un cuervo que representa tu alma y tu corazón, incluso lo verás rondarte.

—¿Seguiré siendo humana? —Quiso saber con un halo de esperanza.

—Sí, lo serás. Solo hay una forma para hacer la conversión: has de morir y tu cuerpo ha de ser quemado. Solo así nace el cuervo que duerme en ti, de las cenizas.

—Gracias, por contármelo. Me quedo tranquila al ser conocedora de que solo la muerte vinculada al fuego me quitará mi mortalidad. El día que vi a mi

familia morir se me partió el alma en el mil pedazos, supe que la familia había sido borrada del mapa. Mi afán de huir y seguir con vida es porque deseo que el apellido Leibowitz no sea olvidado y borrado de la historia. Necesito que el legado de mi familia continúe en el tiempo, y yo soy la única que puedo hacerlo realidad. —Alexandra se vino abajo—. Mis padres se conocieron en un orfanato, no tenían familia y ellos nos crearon a nosotras, a mi hermana y a mí. No dejaré que los alemanes borren mi apellido, tengo que sobrevivir a esta guerra y tener mis propios hijos, asegurarme de que el legado continúe. Pero de pronto apareció un cuervo que cambió todo mi mundo... —confesó dudando de la promesa que se hizo aquel día gris en el bosque. Por alguna extraña razón sabía que él no le podría dar hijos.

Gabriel la abrazó, prefirió no decirle nada. Ella estaba debatiéndose en una guerra interna que sabía que perdería. Pasase lo que pasase, no podrían estar juntos. Él amaba la vida y no le arrebataría ese regalo de ley para retenerla a su lado como un ser inmortal. El amor era un capricho que te da felicidad, pero también soledad.

—Descansa, Alexandra. Al alba saldremos para Oswiecim.



VIII

Al alba, la tormenta de nieve que había acaecido durante la noche había dejado un manto blanco cubriendo el paraje desolador que los rodeaba. Alexandra abrió los ojos y encontró al Cuervo uniformado con un traje militar alemán; se miraron un instante reviviendo el dulzor del beso de la noche anterior. Él le entregó un uniforme y la instó a que se lo pusiera.

—Debemos pasar inadvertidos en Oswiecim, esto nos ayudará.

Ella afirmó con un gesto de cabeza y se vistió sin rechistar, pero no pudo evitar sentirse repulsiva al llevarlo puesto, ya que el uniforme había pertenecido a un asesino de judíos. Abandonaron la casona y caminaron durante horas por la nieve hasta llegar al pueblo. Los alemanes habían tomado la ciudad y se podía apreciar por las calles el despliegue del ejército. Gabriel había estado acertado con los uniformes porque se habían mezclado entre ellos sin llamar la atención.

El cuervo de Gabriel inspeccionaba casa por casa intentando encontrar un escondite para ambos hasta hallar la manera de salir de Oswiecim y llegar a Berlín. Alexandra caminaba al lado del cuervo intentando no parecer nerviosa, se iban encontrando soldados por el pueblo y algunos los saludaban con la mirada. Ellos debían responder de la misma manera.

—El cuervo ha encontrado un lugar que nos servirá de refugio —susurró Gabriel a la joven—. Se encuentra dos calles más abajo.

Se dirigieron al edificio acelerando el paso, al pasar junto a un carro de madera llamó la atención de Alexandra. Un brazo sobresalía de una esquina de este. Caminaron por delante y esta descubrió varios cuerpos sin vida de personas, estaban amontonadas unas encima de otras. A la joven le entraron ganas de vomitar, pero a punto estuvo de perder los nervios cuando vio los

cadáveres de la familia a la que habían salvado la noche anterior en el bosque.

Gabriel, al ver su reacción, la cogió del brazo y la obligó a seguir, nada podían hacer por esas pobres víctimas. Él era conocedor de la crueldad de la guerra y sabía que no todos podían huir de ella, sobre todo de la muerte cuando esta tenía su nombre escrito en la lista.

—Están muertos... —Las lágrimas amenazaban con salir.

—Respira profundamente, vas a llamar la atención. Debemos continuar.

—¿Los ves? —preguntó.

—Sí, puedo ver sus espíritus. Están observando sus cuerpos, perdidos en el dolor.

—Yo también puedo verlos, pero siento que no puedo ayudarlos. Todavía no soy como tú. Ayúdalos, Cuervo.

—Lo haré, pero más tarde. Nos están observando.

Tiró de Alexandra con fuerza para obligarla a caminar; al pasar por delante de dos soldados, los saludó. Llegaron a un edificio que parecía una panadería, o al menos en su día lo fue. Ahora estaba cerrado a cal y canto. Gabriel buscó otra entrada, no podía forzarla en mitad de la calle transitada. Se metieron por un callejón y rezó por que hubiese otra puerta. Efectivamente, había una de servicio: sin mucho esfuerzo logró abrirla. Al entrar encontraron un obrador de pan y de dulces, los restos de masa fermentada y alguna repostería elaborada confirmaron lo que sospechaba. Nada de aquello podían aprovechar para llevárselo a la boca, estaba todo florecido y podrido. Anduvieron por el interior inspeccionando el lugar, todo estaba en orden y abandonado, sería un escondite perfecto. Subieron al piso de arriba donde se encontraban las dependencias familiares de las personas que habían habitado en el pasado la casa. Algunos objetos estaban tirados en el suelo, parecía que alguien había entrado allí buscando algo o a alguien. Todo estaba cubierto de polvo, pero serviría para esconderse de los alemanes.

Alexandra entró en una de las habitaciones donde había una cama de matrimonio, se sentó en ella abatida por el dolor. En la soledad de aquel dormitorio dejó salir las lágrimas que había tenido que reprimir al ver los cuerpos sin vida de aquella pobre familia. Gabriel la observó desde el quicio de la puerta de brazos cruzados, nada podía hacer para consolarla, era una

realidad con la que tendría que convivir día tras día.

—¿Cuál es tu historia, Cuervo? ¿Tenías familia? —preguntó limpiándose las lágrimas. Lo había visto observarla en el reflejo de la ventana.

— Sí, tenía madre, padre y una hermana mayor que me amaba. Mis padres murieron fusilados en nuestra casa y a nosotros nos hicieron prisioneros. A mí me llevaron a Birkenau separándome de mi hermana, pero al tiempo nos reencontramos en el campo de concentración.

—¿Dónde está ella ahora? —Alexandra se giró para mirarlo a la cara y se dio cuenta de que él había abandonado este mundo para perderse en sus pensamientos.

—Muerta; no pude salvarla.

Gabriel la dejó sola y fue a una pequeña habitación que parecía un despacho. Se sentó en un sillón de cuero y cerró los ojos cansado, en muy pocos días se había complicado la existencia por una mujer. Rio al recordar las palabras de su padre que le había dicho una vez de niño: «Las mujeres nacieron para complicar la vida del hombre, pero recuerda que todo merece la pena si el corazón suspira por ellas». El suyo lo hacía de una manera irracional, amaba a Alexandra. Sin buscarlo se había convertido en su primer amor, y jamás la olvidaría. Estaba seguro de ello.

Inesperadamente, escuchó ruidos en la planta de abajo. Gabriel se sobresaltó e inmediatamente salió al pasillo y encontró a Alexandra aterrada. La obligó a esconderse en la habitación y le dijo que mantuviera la calma y estuviera en silencio. Bajó las escaleras sin hacer ruido y se concentró buscando la respiración del sospechoso; provenía del obrador. Asomó la cabeza por el quicio de la puerta y encontró a un hombre agazapado abriendo los cajones de un armario. Sin darle oportunidad a defenderse, lo levantó del suelo por la chaqueta y lo tumbó encima de la mesa del obrador agarrándolo del cuello. El intruso alzó las manos muerto de miedo, al contemplar la mirada inquisitiva de aquel joven, suplicando por su vida.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? —El asustadizo desconocido no contestaba. Gabriel se dio cuenta de por qué no lo hacía. El uniforme nazi que llevaba puesto lo intimidaba—. No soy un soldado alemán, lo he robado. —Desesperado ante su silencio se metió en su mente para averiguar algo

sobre él y descubrió que era un judío. Le soltó la garganta.

Este empezó a toser recuperando la compostura; sin que Gabriel se lo esperase cogió un cuchillo que había encima de la mesa y lo amenazó.

—Llevo meses escondido en esta panadería, y va a seguir siendo así. Nadie echará de menos a una mierda de nazi como tú. —Se defendió sin haber creído una sola palabra de sus labios.

Alzó el cuchillo y corrió de manera torpe hacia él, Gabriel sintió lástima por aquel hombre asustado, pero debía terminar con aquella pantomima. En un segundo lo bloqueó y le arrebató el arma blanca. Ahora estaba preso entre sus fuertes brazos.

—Escucha con atención —habló cerca de su oído—: no voy a hacerte daño. Escapé hace meses de Birkenau y soy judío como tú. Llevo el uniforme para poder camuflarme de los alemanes en este pueblo. ¿Lo has entendido? —Este afirmó con la cabeza y automáticamente lo soltó.

—Me llamo David y llevo meses escondido en este obrador abandonado. Mi objetivo es idear un plan para ir a Birkenau y liberar a mi hermano. Puede que tú lo conozcas —comentó entusiasmado—, se llama Adiel, es un hombre alto, fuerte y tiene el pelo negro. Un poco descarado y bromista, pero es una buena persona. Espera, tengo aquí su foto.

Gabriel miró absorto la foto del hermano y sus temores se confirmaron: era Adiel, su fiel amigo. Su mundo se desmoronó en un instante, aquel sucio juego del destino lo estaba desequilibrando de una manera atroz. Los sentimientos surgieron hasta el punto de ahogarlo. No podía creer que la persona que tenía delante era el hermano de su mejor y único amigo. La vida lo estaba poniendo a prueba constantemente.

—Lo siento, no lo conozco. Pero te voy a dar un consejo, Birkenau es el infierno y de él nadie sale con vida. Olvídate y huye, haz tu vida.

—No puedo, es mi hermano. Me necesita.

—No soy quién para impedir que te suicides; haz lo que creas conveniente.



IX

Largos días pasaron reclusos en la vieja panadería, compartiendo momentos como una familia, sin preocupaciones. Sin embargo, la realidad era muy distinta. Gabriel y Alexandra sentían la sombra del Tercer Reich cada vez más cerca de ellos. Habían intentado escapar de Oswiecim e ir a Berlín, a la boca del lobo, pero no hallaron la manera. En cambio, David, seguía fiel a su idea de salvar a su hermano. El Cuervo estaba convencido de que para escapar de los nazis debían mezclarse con ellos. La joven judía, desanimada, perdió la esperanza y cada vez más el miedo arraigaba en su alma. Pidió a Gabriel esperar unos meses en aquel obrador hasta que el viento de la guerra cambiase a favor de los aliados. Este no lo tenía claro, más cuando David había conectado de una manera especial con Alexandra; los celos lo consumían pues sabía que él jamás podría darle lo que ella anhelaba: estabilidad, familia y una vida humana.

Gabriel escuchó llorar a la joven en el piso de arriba y no dudó en subir y consolarla; cuando llegó vio a David estrechar a la mujer de su vida entre sus brazos. Sabedor de su destino que no incluía a Alexandra, cerró los ojos y se marchó; debía pensar y actuar. Los dejó solos.

—¿Estás enferma? —preguntó David a la joven al verle los dedos negros. Se preocupó por ella, en él estaban naciendo nuevos sentimientos que no podía ni quería controlar.

—Sí, pero no es grave. —Mintió.

—Deberíamos buscar un médico, no tiene buena pinta —insistió David.

—No, no nos podemos arriesgar a confiar en nadie. No te preocupes, es una enfermedad genética de la piel a causa de la pigmentación. Tranquilo, mi padre lo tuvo y vivió muchos años hasta que... —Detuvo sus palabras al recordar el día negro.

—De acuerdo, pero no te vengas abajo. Es importante mantener la esperanza, eso nos hará fuertes.

—Necesito hablar con el Cuervo —exclamó un poco desesperada.

—Ha salido, he escuchado la puerta. ¿Sientes algo por él? —Quiso saber ahora que estaban a solas.

—Negarlo sería mentirme a mí misma, él es especial —reconoció.

—A veces pienso que no es humano —confesó David mirando al infinito.

El atardecer anunciaba la noche. Gabriel continuaba escondiéndose bajo aquel uniforme militar. Ahora, que no portaba el casco para esconder la melena, había tenido que cortarse el cabello para pasar desapercibido entre la multitud alemana. Se detuvo en la esquina de un callejón a fumar un cigarrillo, hacía mucho tiempo que no disfrutaba de un placer tan mundano; observó pasar un vehículo negro que captó su atención. Tiró la colilla y, dispuesto a averiguar qué guardaba en su interior, anduvo decidido. Presentía que nada bueno había en ese furgón. Cuando estuvo delante un oficial de las SS lo llamó; se le tensó el cuerpo, pues no había escuchado su llegada. La culpa era suya por haber estado tan distraído.

—Soldado, abra la puerta. Si alguno todavía respira, mávalo.

Gabriel asintió con la cabeza. Él conocía las atrocidades de los alemanes; era consciente de los métodos espeluznantes que inventaban y hasta dónde podían llegar con tal de exterminar a la raza judía. Abrió la puerta de doble hoja y vio a doce hombres desnudos y muertos. O eso creía él hasta que notó que uno de ellos aún respiraba, aunque con dificultad; estaba vivo. Se introdujo en su mente y relajó sus constantes vitales para que sobreviviera. El aire olía a monóxido de carbono, los habían asfixiado vivos.

—Tengo órdenes directas de llevarlos a la fosa común en las afueras del pueblo —exclamó el oficial de las SS poniéndose los guantes—. Vamos soldado, tenemos trabajo.

El oficial subió al asiento del copiloto y Gabriel al del conductor. Arrancó el vehículo y se dirigió a las afueras del pueblo, pero este le hizo detenerse un momento. Avisó a otro soldado nazi y le hizo subir; era evidente que el oficial no se iba a manchar las manos arrojando cadáveres a la fosa común.

Este los guio hasta una zona de arboleda. Aparcaron. Al bajarse, Gabriel

vio la fosa interna en el bosque, los cuerpos se podían apreciar a la luz de la luna. Mientras estos hacían su trabajo, el oficial se fumaba un cigarrillo. El soldado nazi abrió la puerta y con ayuda de Gabriel fueron sacando cuerpos. En ese momento algo insólito hizo que el Cuervo se sorprendiera de la actitud del soldado. Este iba rezando una oración por cada cuerpo que lanzaban a la fosa común. Gabriel calló y observó; intuía que algo iba a suceder.

Cogieron al único superviviente; este se movió y empezó a toser alertando al oficial de las SS. Inmediatamente se dirigió a ellos con cara de asco al ver que el judío era duro de roer.

—Maldita escoria —exclamó desenfundando el arma.

Cuando estaba a punto de pegarle un tiro, el soldado alemán cambió el rumbo de la historia de Gabriel. Sin contemplaciones ni remordimientos, el soldado sacó su pistola y le pegó un tiro a bocajarro al oficial dejando perplejo a Gabriel. Después miró a este apuntándole a la cabeza.

—Elige, amigo. No todos los alemanes somos unos asesinos, yo elegí no ser parte de esta carnicería.

—Tranquilo, ni siquiera soy alemán.

Gabriel le sonrió y se arrodilló para insuflarle aire a los pulmones del judío medio moribundo; consiguió estabilizarlo. El soldado alemán guardó su arma y ayudó a Gabriel a meterlo otra vez en la furgoneta.

—¿Qué harás ahora, soldado? —preguntó Gabriel.

—Lo de hoy no era casualidad, tenía planeado matar a ese hijo de puta, robar el furgón y liberar a los judíos que escondo en el sótano de mi casa en Oswiecim —confesó.

—¿A dónde los llevarás?

—A Berlín. Poseo una casona a las afueras, tiene un sótano bastante grande con una salida de emergencia al bosque. Lo hizo mi abuelo, en la primera guerra mundial. Un paranoico previsor, siempre pensando en salvar a la familia. Nunca se utilizó, pero yo lo haré para ayudar a todas aquellas personas que han sido condenadas a morir por un gobierno sin escrúpulos —habló con rabia en la mirada.

—¿Crees que la guerra acabará y Hitler caerá?

—Sí, el mal solo se extiende, pero rara vez gana. Por cierto, me llamo

Henry. —Extendió la mano; este la aceptó.

—Soy judío y me llamo Gabriel.

Fue la primera vez que se había sentido tranquilo en compañía de un alemán, sabía que no todos eran iguales, pues cuando estuvo encerrado en Birkenau uno de sus compatriotas alemanes se lo demostró al salvar a Adiel de su sufrimiento.

—Tengo una propuesta para ti, y espero que me ayudes.

—¿De qué se trata?

—Tienes que sacar a dos amigos judíos del pueblo. Llévatelos, te lo ruego.



X

Rudolf Hoess paseaba tranquilamente por Oswiecim. La huida de aquella judía lo había obsesionado tanto hasta volver cerca de Auschwitz – Birkenau. Ningún judío se le había escapado nunca y ese hecho lo ponía furioso; no obstante, debía aceptarlo y volver al trabajo: capturar a desertores judíos y matarlos. Esa sería su última noche en el pueblo y regresaría a Polonia a seguir con la caza judía.

La madrugada se presentaba fría, la nieve hacía que fuera imposible estar a la intemperie sin que te congelaras. Le dio una última calada al cigarrillo y se dispuso a regresar al improvisado cuartelillo que tenían en el pueblo para oficiales de su rango, pero algo llamó su atención en mitad de la madrugada; algo que hizo que su corazón negro se asustase como nunca en su larga vida. Observó a un cuervo posado en el alféizar de la ventana de una vieja panadería, este graznó mirándolo fijamente.

Dio dos pasos hacia atrás, asustado y recordando las terribles pesadillas que había sufrido en Birkenau; aquella sensación de inseguridad despertó a la bestia que dormitaba en él. La rabia lo consumió al sentirse débil por una simple ave, y aquel sentimiento lo enfureció. No permitiría que el miedo dominara su vida, se enfrentaría a él. Llamó a dos soldados para que lo acompañasen a inspeccionar el edificio, tenía que saber qué habitaba el lugar.

David salió del dormitorio al comprobar que Alexandra se había tranquilizado, la joven cayó rendida en la cama y se sumergió en un profundo sueño. Este se acostó en la habitación de al lado, tumbado boca arriba mirando al techo y pensando en los nuevos sentimientos que Alexandra había despertado en él. Creyó que no podía luchar contra el amor de dos almas destinadas a ser amadas; él había llegado a su vida en un momento

inapropiado, pues el corazón de la joven latía por otro hombre. Resignado, cerró los ojos e intentó descansar.

Alexandra abrió los ojos cuando escuchó a David alejarse de su cama y cerrar la puerta. Era conocedora de los sentimientos que él albergaba hacia ella, pero no podía darle falsas esperanzas cuando su corazón amaba al Cuervo. Sabía que era un buen hombre y que en otras circunstancias no hubiese dudado en casarse con él y tener la vida que siempre había soñado. Miró apesadumbrada por la ventana y vio llegar a su alma, llevaba días que veía al cuervo que le pertenecía. Sentía esa conexión extraña con el animal, pero sabía las reglas del juego para convertirse en un solo ser al igual que su hombre oscuro. Aquello se había convertido en un dilema que la agobiaba, no estaba preparada para abandonar la vida humana, ser parte de las tinieblas y vagar eternamente. La promesa de engendrar hijos para mantener su apellido vivo era una de las razones que le impedían llevar a cabo la conversión.

Cerró los ojos para intentar descansar, pero escuchó el ruido de la puerta del piso de abajo. Sonrió al creer que su Cuervo había regresado, no tardaría en subir y quedarse sentado frente a su cama observándola dormir. Le gustaba su forma de protegerla, de cuidarla y se sentía a salvo cuando él estaba cerca. Sin más preámbulos se dejó vencer por el sueño.

Alexandra corría desnuda y con el cuerpo cubierto de sangre en mitad del campo de batalla. Nada se oía, el fuego cruzado había parado y solo podía escuchar su propia respiración. Corría desesperada sin encontrar su rumbo, las trincheras estaban repletas de soldados abatidos, la muerte se hacía presente. Cayó de rodillas consternada cuando vio a un cuervo graznar posado en el cráneo de un muerto. Entonces, de la nada, una sombra con uniforme de oficial de las SS se detuvo a unos pasos de ella; esta no le podía ver la cara. Aterrorizada, intentó escapar, pero el alambre de espino de las trincheras cobró vida y se fue enroscando en su cuerpo hasta atraparla del todo.

Perlada en sudor, se levantó de golpe de la cama con el corazón en un puño. Había tenido una pesadilla horrible que anunciaba otra muy real. A los pies de su cama se encontraba Rudolf Hoess observándola con una sonrisa de suficiencia. Alexandra, al ver al verdugo de sus padres, chilló consternada e

intentó escapar; sin embargo, el oficial la agarró con fuerza del cabello y tiró de ella arrastrándola fuera de la habitación. La joven, a pesar del dolor que sentía, gritó y le golpeó sin conseguir nada salvo una bofetada que le partió el labio.

La llevó al piso de abajo donde esperaban los dos soldados apuntando a un David magullado por la paliza que había recibido. Rudolf lanzó al suelo a Alexandra haciendo que sus rodillas se despellejaran contra la madera astillada. La obligó a mirar a su amigo levantándole la cabeza sin delicadeza.

—¿Pensabas que ibas a escapar de mí? ¿Que no te iba a encontrar, perra? — susurró cerca de su oído.

Alexandra se tumbó en el suelo rindiéndose a su destino, lloró desesperada al intuir su final y de la misma impotencia que sentía. En cambio, David la miraba callado por el único ojo servible que le quedaba, el otro colgaba de su cara. Rudolf se acercó al muchacho y de un tirón le arrancó el ojo; este se desmayó al instante.

—Me gusta tener trofeos de mis víctimas —exclamó a los soldados mientras lanzaba el ojo del judío al aire y lo cogía con la mano—. No los matéis, llevadlos directamente a Birkenau. Quiero que sufran, que sientan el horror en sus carnes y que acaben gaseados en la cámara de gas. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Los sacaron de la vieja panadería y los metieron en un vehículo oficial, amordazados y atados por las muñecas. Los llevarían al infierno y conocerían al mal en todo su esplendor.

Rudolf salió sonriente y vencedor del edificio, convencido de que había ganado la batalla contra el Cuervo, creyendo que había vencido sus miedos y sintiéndose triunfante. Caminó distraído por la calle hasta llegar a una taberna abierta las veinticuatro horas para los soldados y oficiales alemanes, nadie más podía entrar allí salvo ellos. Entró y pidió una botella de whisky, tenía pensado celebrar su victoria en solitario. Esa noche había sido fantástica, había superado su miedo al Cuervo y había atrapado a la joven judía que tanto dolor de cabeza le había proporcionado. Se sentó en una mesa del fondo, el local estaba vacío pues eran las tres de la madrugada. Llenó su copa y la alzó al aire brindando por su éxito.



XI

Gabriel y Henry regresaron a Oswiecim en silencio. El alemán conducía nervioso por lo que acaba de ocurrir. No tardarían en averiguar que el oficial de las SS había sido asesinado, debía marcharse del pueblo lo antes posible y con los judíos que había ido salvando. El tiempo era crucial y al amanecer debía partir.

—Tengo que entregar la documentación de las víctimas en la central de las SS o sospecharan. Diré que al *brigadeführer* lo he dejado en compañía de una señorita —comentó Henry refiriéndose al rango del oficial que había matado. Este pertenecía a cuerpos policiales—. No habrá problema, ese hombre se le conoce por su afición por las mujeres.

—Tranquilo, todo irá bien. ¿Tienes familia? —le preguntó para distraerlo.

—No, mi madre murió por una enfermedad crónica cuando era un adolescente y mi padre se suicidó..., era general de las SS. Cumpliendo órdenes tuvo que hacer atrocidades. Supongo que la conciencia lo mató.

—¿Por eso salvas vidas judías?

—No quiero ser como él, ni estoy de acuerdo con la política de Hitler. Pero antes de morir me escribió una carta, en ella me explicaba el valor de la vida de un ser humano y pienso cumplir su deseo.

—Eres admirable y valiente, Henry.

—¿Cuál es tu historia?

—A mis padres los mataron los alemanes y mi hermana fue gaseada en Birkenau... —Cerró los ojos ante el recuerdo de Esther.

—¿Cómo escapaste de ese infierno? —preguntó incrédulo.

—Tuve que morir para escapar. —Fue lo único que dijo. Henry pensó que se trataba de alguna metáfora judía, no preguntó más.

Llegaron al pueblo y aparcó el furgón en la entrada de su casa que quedaba a dos calles del cuartel de las SS. Gabriel lo esperó al lado del vehículo fumando un cigarro mientras que Henry hacía entrega de los documentos identificados de las víctimas. Todo estaba saliendo a la perfección y pronto pondría a salvo a Alexandra. Cumpliría su objetivo a pesar del caótico pronóstico del peligro que conlleva una guerra de tal magnitud.

Caminó alrededor del furgón sonriente, se sentía eufórico y un tipo con suerte al toparse con Henry. El destino se lo había enviado para ayudar a su amada Alexandra, no podía pedir más, únicamente la quería ver a salvo. Dio una larga calada y soltó el humo nublando un segundo su campo de visión; al disiparse, ante él, apareció la familia del bosque. Ahora eran espectros que vagaban sin rumbo. Gabriel los miró, podía verlos y era consciente de que ellos a él también. Hasta ese momento no había utilizado el portal, jamás había guiado a las almas en su viaje a la otra vida. Estaba nervioso porque no sabía cómo funcionaba, pero su instinto lo guiaba. Se paró delante de ellos y sonrió a las pequeñas; llevaban esperándolo desde que lo vieron en Oswiecim. No todas las víctimas se quedaban atrapadas, solo las que se perdían en su propia muerte.

—Hola, pequeñas, ¿estáis preparadas? —Los fantasmas de las niñas afirmaron con la cabeza. Los espíritus no pueden hablar; el habla se concebía con la vida y el silencio se otorgaba con la muerte.

Gabriel extendió la mano mostrando los dedos negros como la noche, ofreciendo el sendero al otro lado. Los espíritus errantes se pusieron en fila y la aceptaron con una sonrisa de agradecimiento. Cada alma que tocaba su palma se transformaba en luz blanca que el cuerpo de Gabriel absorbía, iluminándose un segundo con un halo blanquecino.

Henry se quedó atónito detrás del furgón al ver al judío iluminarse como si fuera la cola de una estrella fugaz; eran intervalos de luz que apenas duraban un segundo, pero ver aquello lo impresionó. Gabriel notó la presencia de alguien y reconoció al intruso al hurgar en su mente. Hizo algo que perturbó la realidad del alemán, aunque no quería asustarlo. Se giró lentamente y en un segundo desapareció del plano visual de este y apareció detrás de él.

—¿Me buscabas? —preguntó burlón.

—¡Cómo!... Tú estabas ahí... y de pronto... —No comprendía lo que acababa de ocurrir.

—Te dije la verdad en el furgón, morí y regresé como otra cosa. Confío en ti, Henry y necesito que ayudes a mis amigos.

—Siempre cumplo mi palabra, Gabriel. Pero cuando todo esto acabe tienes que contarme tu historia, debe ser fascinante.

—De acuerdo, solo si me invitas a una copa —contestó bromeando y se alegró al sentir esa complicidad que había existido entre Adiel y él.

Fueron caminando hasta la vieja panadería, atravesaron el callejón y cuando Gabriel fue a abrir la puerta un mal presentimiento se instaló en su corazón, más al darse cuenta de que estaba abierta. Se concentró para escuchar algún ruido, pero no se oía nada, ni siquiera la respiración de Alexandra o los ronquidos de David y eso lo puso alerta y muy nervioso.

—Quédate aquí, alguien ha entrado.

Empujó la puerta con suavidad y caminó despacio inspeccionando cada rincón; en el obrador no había nada fuera de lo normal. Siguió hacia el salón y, al poner un pie en la estancia, escuchó el sonido de chapoteo en la suela del zapato. Miró al suelo y vio sangre. La cabeza le fue a mil al igual que el bombeo de su corazón y no dudó al llamar al cuervo, pero el ave no se movió del charco de sangre.

— ¡Pájaro estúpido! ¡Búscala! —vociferó volviéndose loco.

Pero su alma, el cuervo, le mostró los residuos negativos de lo acontecido en ese piso horas atrás. Eran retazos de imágenes, secuencias, pero suficientemente claras para averiguar que las SS se habían llevado a Alexandra y a David detenidos a algún lugar. El sonido de aquellas imágenes en su cabeza estaba distorsionado y no pudo averiguar a dónde los llevaban. Enloquecido, iba a salir a rastrear a Alexandra cuando el cuervo le mostró una imagen más que lo desequilibró por completo: la cara de Rudolf Hoess se manifestó en su mente; era el responsable de aquella incursión.

—Búscalos, ¡ahora!

Al gritar de rabia tensó su cuerpo mostrando cada cavidad venosa en su piel; sin darse cuenta desplegó las grandes alas negras. Henry había sido testigo de todo y permanecía en el quicio de la puerta aturdido e

impresionado. Este, al darse cuenta de su presencia, le habló sin darse la vuelta, no quería que viera su cara, la cual reflejaba la ira que sentía.

—Henry —exclamó en un tono roncó y mordaz; el pecho subía y bajaba, intentando controlar su estado de furia desatada—. No te acerques, será mejor que te vayas y huyas sin mí y los míos. Las cosas se han complicado.

Este no contestó, sintió el peligro en su tono de voz y prefirió dejar que se calmase, no sabía a lo que se enfrentaba. Aquel hombre no era del todo la misma persona con la que horas antes había compartido vehículo. Decidió hacerle caso y esperó en la calle para hablar con él, quería ayudarlo. No sabía cómo, pero lo haría.

Gabriel se quedó solo en la vieja panadería; apretando los puños hasta sangrar se dejó caer de rodillas al suelo, vencido por la desazón. Sentía que le había fallado al amor de su vida, a Alexandra. Lloró afligido y roto de dolor; la había perdido. En lo único que pensaba era en Rudolf y en vengarse, ya era hora de cobrarle todo el sufrimiento por el que le había hecho pasar. Ese hombre formaba parte de su pasado y ahora de su presente. No comprendía por qué el destino lo había puesto en su camino, tal vez por alguna extraña razón que pronto averiguaría. Lo único que sentía era que todo estaba conectado entre sí. Nada era casualidad.

Inesperadamente la llamada del cuervo se hizo patente en su mente, le envió una imagen de una taberna del pueblo. Dentro se encontraba Rudolf bebiendo en solitario; supo inmediatamente a dónde dirigir sus pasos. Al levantarse, algo destelló en la oscuridad. Curioso, se acercó al objeto que reposaba en el suelo y lo recogió, se trataba de la estrella judía que Alexandra portaba orgullosa en una cadena alrededor del cuello. La llevó a sus labios y la besó susurrando: «Perdóname, Alexandra». Desató la cinta de cuero que tenía en la muñeca —en el pasado la había utilizado para anudar su larga melena— y la utilizó para llevar la estrella alrededor del cuello y de su corazón.



XII

Gabriel salió de la panadería con un propósito en mente: matar a Rudolf Hoess. En el exterior le esperaba Henry con mil preguntas en la cabeza, pero ninguna de ellas pronunciaría en voz alta. A veces era mejor no saber, lo único que sabía era que aquel judío o ángel judío oscuro tenía un papel importante en ese infierno alemán.

—¿A dónde vas? —preguntó al verlo salir con la mirada llameante en ira.

—Lárgate, Henry. Esta no es tu guerra y salva a esa pobre gente que te espera impaciente por encontrar la libertad.

—No, te acompañaré y te ayudaré.

Este lo miró durante unos instantes y sopesó su ofrecimiento, veía decisión en su mirada y al final aceptó pensando en Alexandra. Si lograba averiguar su paradero podría sacarla de todo aquel infierno con ayuda de Henry.

—De acuerdo, pero no hagas ninguna estupidez. Recuerda que yo estoy muerto, nada puede herirme, pero tú puedes morir.

El alemán afirmó deseando que llegara el día en el que se pudiera sentar con su amigo tranquilamente y poder hacerle todas las preguntas que le rondaban en la cabeza. Caminaron en silencio hacia un lugar en concreto: la taberna de las SS.

Era una noche cerrada, la calle estaba cubierta por un manto blanco y el frío presagiaba una madrugada helada. La puerta de la taberna era de madera, a un lado había un farol que iluminaba la entrada. Gabriel fue el primero en adentrarse. Bajaron por unas escaleras de piedra, era un local subterráneo. La taberna estaba vacía, salvo por el tabernero que limpiaba vasos y Rudolf que ocupaba una mesa al fondo del lugar. Ambos caminaron observando al oficial de las SS y se sentaron en la barra tras pedir dos vasos de whisky.

—¡Eh! Vosotros dos, venid aquí y celebrar conmigo —exclamó Rudolf levantando su copa.

Gabriel y Henry se bajaron del taburete y se dirigieron a la mesa con sus copas, se sentaron frente a él y sonrieron.

—A su salud, señor —brindó Henry. Gabriel levantó su copa mirándolo fijamente y bebió—. ¿Qué celebramos, señor? —preguntó a su vez.

—He atrapado a una puta judía escurridiza, ahora va camino a Birkenau con orden claras de gasearla. —Cogió la botella de whisky para llenar el vaso, pero la mitad del líquido cayó al suelo. El efecto del alcohol estaba haciendo mella en él.

Gabriel miraba su vaso moviendo el contenido; escuchaba con atención a Hoess. Después hizo algo que cabreó al oficial: le quitó la botella y derramó el contenido en el suelo.

—¡Qué hace, soldado! —vociferó sacando su pistola y apuntándolo.

—¿No me recuerda? —Gabriel levantó la mirada para conectarla con la suya.

—Eres un estúpido enfrentándote a un oficial de mi rango. ¿Qué quieres? ¿Qué te meta una bala entre ceja y ceja?

—No, pero quiero que deje de beber y esté sereno para que sienta la muerte en sus carnes, y sea consciente de ello.

—¡Hijo de puta! —Fue a apretar el gatillo; a su vez, Henry sacó su arma y le apuntó a su vez.

—Puede disparar, pero le aseguro que después de hacerlo le mataré. Baje el arma o le meto un balazo en la cabeza.

Rudolf miró a Henry y sonrió con suficiencia, dejó el arma encima de la mesa y sacó del bolsillo de la chaqueta un paquete de tabaco. Les ofreció un cigarrillo; ninguno le siguió el juego. Este se encogió de hombros y encendió el pitillo. Gabriel volvió hacerle la misma pregunta.

—¿Me recuerda?

—Acaso debería acordarme de ti, escoria. ¿Eres un soldado con ganas de poder? Te daré un consejo, hijo —Hizo una pausa para soltar el humo—: puede que te quemes con fuego.

—Usted me quemó vivo en el pasado, ¿no lo recuerda? —Henry miró

desconcertado a su amigo mientras que Rudolf abrió mucho los ojos como si hubiese visto al mismísimo diablo—. Deje que le refresque la memoria.

Utilizó su poder para hurgar en los recuerdos de Rudolf; este notó una presión en la sien y se llevó ambas manos a la cabeza. Entonces, de la nada, empezó a ver retazos de imágenes del pasado, exactamente de un día en concreto, el mismo día que comenzó a tener las pesadillas con el Cuervo. Vio al preso judío ser devorado por las llamas.

Asustado, arrastró la silla hacia atrás para alejarse de él. El miedo atenazó a Hoess haciendo que le revivieran las terribles pesadillas que había tenido con el Cuervo en Birkenau. La rabia le nubló el juicio; cogió el arma para disparar a Gabriel, tres balas salieron de la Walther P38 y se incrustaron en el torso del judío. Henry fue a disparar, pero Gabriel le arrebató el arma y lo apartó de un empujón de la trayectoria de las balas de Hoess. Este con el corazón en un puño, observó atónito a Gabriel, pues seguía respirando y sin inmutarse tras haber recibido tres impactos de bala en el pecho.

El silencio reinó en la taberna. Hoess intentó dispararle una vez más, pero no le quedaban balas en la recámara. Cabreado, muerto de miedo e indeciso gritó como un loco y se abalanzó para asestarle un puñetazo en el estómago. Gabriel, al ver sus intenciones, se defendió siendo el primero en dar el golpe, lo derribó tras pegarle un derechazo en la mandíbula.

—¡Maldito seas! —gritó rabioso en el suelo.

Henry se levantó del asiento y cogió el arma para acabar con aquella situación, pero justo en el momento en que iba a disparar el judío lo detuvo.

—Espera, sería una muerte dulce. —Tenía en mente un final muy diferente.

—El tiempo apremia, Gabriel —le recordó el alemán.

—Lo sé. —Miró a Rudolf sin sentir ningún tipo de empatía por él—. Ahora cierra los ojos y duerme profundamente —exclamó introduciéndose en su mente hasta apagarle el cerebro.

—¿Está muerto? —preguntó Henry al ver que no se movía.

—No, está dormido. Ayúdame a sacarlo de aquí, tengo que llevarlo a Auschwitz.

—¡Estás loco! Te matarán y te harán prisionero... —dejó de hablar al darse cuenta de la estupidez que acababa de decir—. Lo siento, no puedo

evitar olvidarme de que eres algo extraordinario.

Gabriel negó con la cabeza mientras una sonrisilla asomaba en su rostro. Aunque jamás lo aceptaría, Henry tenía razón: era algo fuera de lo normal. Sentaron a Hoess en una silla cerca de la salida. Antes de irse tenía que pedirle dos favores al tabernero y borrarle lo que había presenciado.

—Disculpé, señor. ¿Podría darme ropa de calle y responderme a una duda que tengo? —El tabernero asintió temblando de pies a cabeza—. El coche que está aparcado en la puerta, ¿es suyo? —Este afirmó en apenas un susurro—. ¿Podría cogerlo prestado?

El dueño de la taberna no se lo pensó y accedió, no quería problemas y también le entregó la ropa de calle. Gabriel pidió a Henry que le ayudase a desvestir a Hoess para ponerle la ropa del tabernero. Él también se desnudó y dejó asombrado a su amigo alemán cuando se vistió con el uniforme oficial de Hoess. Henry prefirió no cuestionarlo. Antes de marcharse hurgó en la mente del tabernero y le borró la última hora. Solo recordaría a Rudolf borracho.

Salieron a la calle y vigilando el perímetro metieron a Hoess en la parte de atrás del coche. Gabriel tenía un plan en mente y debía llevarlo a cabo para conmemorar todas las muertes de los judíos a manos del carnicero que dormía plácidamente en el vehículo. Aunque debía reconocer que lo suyo con Rudolf era personal, jamás olvidaría lo que le hizo a su amigo Adiel. La vida le enseñó una ley universal: ojo por ojo.

—Si al alba no he regresado, vete de Oswiecim sin mirar atrás y salva a esa pobre gente. No me esperes, Henry.

—Debe de ser muy especial Alexandra para que muevas cielo y tierra para encontrarla. Eres un loco enamorado —Henry se acercó a él y le dio un abrazo—. Pase lo que pase, siempre tendrás un amigo esperándote a las afueras de Berlín. Me debes una conversación.

—Gracias, Henry. Debo pasar cuentas con Rudolf y encontrar a Alexandra y a David. Recuerda, no me esperes.

Rodeó el coche y subió al asiento del copiloto, arrancó y condujo dirección al infierno. Gabriel se sentía nervioso y eufórico, después de tantos años regresaría al mayor campo de exterminio que el hombre hubiese contemplado. Pero era consciente de que no podía ir a Birkenau, llamaría

demasiado la atención. Por eso decidió elaborar su plan en Auschwitz I. Sus antiguos compañeros le habían hablado del campo de trabajo anexionado a Birkenau, pero nunca había estado allí. Por primera vez, sus pies caminarían por otro cementerio humano.

Las nubes parecieron percibirlo y descubrieron a la luna para que su luz iluminara la puerta al infierno, donde se podía leer el lema en alemán: *Abeit macht frei*.

—El trabajo libera —leyó en voz alta Gabriel.

Capítulo Tercero

EL ABISMO



El Heraldo de la Muerte



I

16 de enero de 1945.

Llegó a Auschwitz I y detuvo el coche en la puerta, debía pasar el control y entrar como Rudolf Hoess. Un soldado nazi del puesto de mando de vigilancia se acercó al vehículo apuntando con el fusil; era de madrugada y la neblina que se había formado en la entrada del campo de concentración no ayudaba. Gabriel bajó la ventanilla e inmediatamente se introdujo en la mente del soldado, para hacerle creer que era el general Rudolf Hoess. Debía aprovecharse de la noche para llevar a cabo su plan, ya que no podía controlar todas las mentes del enemigo que custodiaban Auschwitz I. A esas horas la actividad era mínima. Solo los *kapos* guardaban el interior.

—Buenas noches, ¿es necesario que le diga quién soy? —habló como lo haría Hoess, en plan déspota.

—Señor, no, señor. Le pido disculpas por apuntarle con mi arma, la noche está turbia y no le he reconocido.

Gabriel no contestó y subió la ventanilla. Sin más imprevistos, entró al recinto observando los puestos de mandos y la actividad nocturna. Como esperaba, el crematorio estaba a pleno rendimiento, demasiadas muertes para hacerlos desaparecer, pues no eran magos. Los alemanes eran asesinos despiadados.

Aparcó al lado del bloque once, bajó del vehículo y sacó a Hoess medio moribundo, parecía drogado. Aquella sala de tortura utilizada en el pasado por los alemanes había sido desmantelada por el oficial Arthur Liebehenschel que dirigía el campo de concentración. Gabriel aprovechó la calma para llevar a

Rudolf al interior, haría con él lo mismo que los nazis hacían con los judíos.

Lo sentó en una silla y fue a buscar los utensilios que necesitaba, no tardó más de diez minutos. Auschwitz estaba en silencio, solo los pasos de los *kapos* que vigilaban las sombras interrumpían el sosiego.

Rudolf abrió los ojos, sintió un dolor de cabeza punzante que le martilleaba el cráneo dolorosamente. Tenía la mirada emborronada y estaba un poco mareado, sacó la lengua para mojarse los labios, la llamada de la sed se los había resecao. Notó una intensa luz sobre él. Automáticamente cerró los ojos y ladeó la cabeza.

Gabriel giró la bombilla que colgaba del techo para encenderla y así enfocar el cuerpo de Hoess, quería que sintiera el proceso hasta su muerte. Al lado de este había colocado una mesa auxiliar; ahí depositaría todo lo que necesitaba para convertirlo en un judío, a esa raza que había odiado con tanto ahínco.

—¿Dónde estoy? —preguntó con un hilo de voz y apenas sin energía.

—En Auschwitz. Pronto dejarás de respirar, ellos te esperan. —Se refería a los millones de víctimas que paseaban desoladas y perdidas en el otro lado.

—¡Hijo de puta! ¡Te mataré! —gritó forcejeando para desatarse de la silla donde lo tenía retenido.

Hoess siguió con su forcejeo y gritando de impotencia. Ahora estaba a merced de la víctima que adoptó el papel de verdugo, las cartas habían cambiado y él se había convertido en una. Había sido una emboscada digna del destino. En ese laberinto de sangre y muerte su alma se había perdido descubriendo al demonio que dormitaba en su interior.

Gabriel se quitó la casaca dejando el torso al descubierto mostrando el tatuaje del cuervo; se crujió los nudillos interrumpiendo el griterío del oficial. Lo rodeó con paso tranquilo, callado. Cuando menos se lo esperó lo agarró del cabello y tiró con fuerza, para que mirara al techo con la intención de cegararlo con la luz de la bombilla. El judío acercó los labios a su oído y le susurró: «¿Estás preparado?». Rudolf contestó con un grito que le marcó la vena de la frente. El bloque once estaba insonorizado y nadie vendría a socorrerlo.

El judío mojó la cabeza del oficial y fue pasando la navaja hasta

despojarle de toda su cabellera, lo dejó rapado al igual que los nazis habían hecho con el pueblo judío. Le pasó una mano por la cabeza —ahora desnuda— y le dio un leve golpe para que sintiera la humillación.

—Ahora viene cuando te tatúo un número como hacen con el ganado, pero he pensado una marca distinta para ti, una que amas.

Hoess resopló nervioso y tensando el cuerpo; lo intuía, sabía hacía dónde se dirigían los pensamientos del Cuervo judío. Apartó la cabeza cuando vio la navaja frente a su cara. Por más que intentaba evitarla era inútil, puesto que su destino ya estaba escrito. No tenía escapatoria.

Gabriel lo agarró fuerte del cuello, inmovilizándolo; llevó la navaja a su frente, para hacerle la marca de la esvástica. La sangre brotó dando color al emblema nazi. La tortura solo había empezado, todavía quedaba la peor parte.

—Caminarás ciego al infierno y ni tus gritos de súplica te salvarán de la inminente muerte.

—¡Cabrón de mierda! —vociferó con los ojos inyectados en sangre. Gabriel lo ignoró y lo miró fijamente con una sonrisa dibujada en su cara.

—Cuervo.

Llamó a su corazón. Ante el asombro de Hoess, el tatuaje se movió en su piel. Este abrió los ojos, inquieto, al presenciar un humo negro saliendo del pecho del judío. Poco a poco esa masa negra fue cobrando forma hasta convertirse en un cuervo. El animal se posó en el hombro de Gabriel y graznó anunciando su presencia.

—Ya sabes qué hacer, amigo.

Hoess miró al judío sin comprender y antes de que pudiera razonar, el cuervo emprendió el vuelo directo a su cara; le arrancó los ojos para dejarlo ciego. Rudolf gritó de dolor, le era insoportable. Las cuencas se mostraron vacías y este lloró sangre: la imagen era aberrante. El oficial se desmayó dejando la cabeza suspendida en el aire, hacia un lado mientras el suelo se llenaba de rojo carmesí.

Gabriel le dio la espalda y cerró los ojos, no se sentía orgulloso de lo que había hecho, pero no podía dejar vivo a un ser como Rudolf Hoess asolando el mundo que conocía. Merecía morir y sentir en su propia piel el daño causado. Respiró profundamente y siguió con su plan. Le vendó los ojos con un trapo y

fue a buscar al *kapo* del turno de noche. Este no hizo preguntas de lo sucedido en el interior del bloque once, estaba acostumbrado a los métodos macabros de los alemanes.

—Llévalo al bloque de los enfermos —ordenó.

—Sí, señor.

Gabriel paseó por el campo de concentración de Auschwitz I ordenando sus pensamientos; su alma lo seguía de cerca surcando el cielo. Después de pasar un infierno sometido bajo el mandato alemán, era la primera vez que podía andar entre ellos sin ser la víctima, pero en el fondo sabía que no era así. Siempre sería la víctima de ese cuento de terror.

El alba amenazaba con un nuevo día, se comunicó con el cuervo con la mente y le ordenó sobrevolar Birkenau hasta hallar a Alexandra; su prioridad ahora era encontrarla y salvarla. De repente, un ruido ensordecedor le hizo regresar a la cruda realidad; se dio la vuelta y encontró a un oficial de las SS con el arma en la mano y saliendo humo del cañón, acababa de disparar a una mujer. Al lado del cadáver, una niña de apenas diez años lloraba desconsoladamente.

—No te duermas, hermanita —sollozaba la cría mientras el nazi reía.

—Tranquila, pequeña. ¿Ves el humo negro en el cielo? Es toda tu familia que espera a tu hermana con los brazos abiertos. —comentó el alemán que había disparado a su hermana sin piedad.

Gabriel apretó el puño encolerizado; dio un paso hacia adelante con la intención de hacerle una cara nueva al oficial cuando escuchó una voz en su nuca que le erizó el vello.

—No puedes salvarlos a todos, ni quisiera Dios pudo hacerlo en el diluvio. Tuvo que escoger y sacrificar a la humanidad por sus pecados. ¿Qué harás tú? —susurró la voz de una mujer.

Este se dio la vuelta y se encontró con una muchacha hermosa de piel nívea y con el velo de la muerte reflejado en su mirada. Le llamó la atención cómo iba vestida, llevaba puesto un abrigo rojo de terciopelo que tapaba su menudo cuerpo.

—¿Quién eres? —preguntó al ver que Auschwitz I cobraba vida y nadie salvo él la podía ver.

—Una vez fui humana en un mundo muy antiguo... Apenas recuerdo cómo era ser una mortal... —Levantó la mirada y lo miró fijamente—. No soy muy distinta a ti, Cuervo judío. No eres especial, el mundo está lleno de tinieblas. Tal vez algún día te cuente mi dramática historia, pero solo he venido a advertirte; no puedes ganar una guerra matándolos a todos, esto es mucho más grande. Estaba escrito.

Gabriel contempló absorto a la mujer que vestía el velo de la muerte en su mirada; se deleitó en los cabellos azabaches que ondeaban con la primera brisa de la mañana y que confundían su verdadera naturaleza. Le llamó la atención el abrigo de terciopelo rojo que cubría su piel nívea, era una rosa hermosa en mitad de un cementerio. Ella se dio cuenta de que había caído bajo su maldición de belleza eterna y habló para sacarlo de tal estado.

—Has de elegir, no puedes salvar a todas las víctimas del nazismo, son demasiadas, pero sí puedes cambiar el destino de la humanidad. Erradica el mal principal. ¿Cómo lo harás?

—Matando a Hitler. —exclamó levantando la mirada con decisión.

En ese instante escuchó los gritos desesperados de Rudolf Hoess que intentaba convencer a los alemanes de quién era en realidad. Gabriel lo ignoró cerrando los ojos y cuando los abrió, la muchacha del abrigo rojo había desaparecido. Juraría que aquel encuentro no había sido fortuito. El día acababa de empezar extraño, pero debía concentrar toda su energía para salvar a Alexandra.

Caminó para reunirse con Hoess, quería asegurarse de que su final estaba cerca. Varios enfermos mentales entraban desnudos a la cámara de gas junto al general de las SS, Rudolf Hoess. Deseó ser un salvador para todas aquellas personas, pero la muchacha del abrigo rojo tenía razón, no era Dios. Vio al mayor depredador del nazismo entrar en el bunker gritando como una niña de cinco años. Las puertas se cerraron sellando el final de uno de los mayores asesinos del pueblo judío.

Gabriel estaba a punto de abandonar Auschwitz I cuando escuchó revuelo entre los oficiales alemanes, quienes daban órdenes de destruir las pruebas incriminatorias sobre el holocausto que habían llevado a cabo en el campo de concentración. El tiempo se detuvo y vio soldados correr de un lado a otro a la

vez que organizaban una partida inmediata con presos incluidos. Se dirigió a uno de los oficiales del campo que daba órdenes.

—¿Qué ocurre?

—El ejército rojo avanza victorioso hacia nosotros, junto con los aliados.



II

17 de enero de 1945.

Alexandra se encontraba en un barracón solo para mujeres; se hallaba sentada en una silla mientras que un preso —que hacía las veces de peluquero— la despojaba de sus cabellos dejándola aún más desprotegida. Sin ellos se sentía desnuda. Le habían permitido quedarse con la ropa, ya que no quedaban uniformes de presas a rayas. En un rincón, agazapada, lloraba pensando que a Gabriel le había tenido que pasar algo terrible para no ir a rescatarla. Sus esperanzas se desvanecieron como una gota de lluvia cuando toca el suelo, una lágrima se le deslizó por la mejilla izquierda y sollozó en silencio asumiendo su destino final. No pudo evitar mirar el número que le habían tatuado en su brazo, aquel tatuaje convertía en realidad su mayor temor: ser apresada en un campo de concentración nazi.

El alba estaba próxima y uno de los *kapos* había ordenado a varias mujeres —incluida ella— presentarse en el pabellón de las duchas. No era tonta y sabía que la iban a gasear. Esa había sido la promesa de Rudolf Hoess. No era una estatua, tenía sentimientos y estaba muerta de miedo, pero había decidido rendirse en los brazos de la muerte y recibirla como una amiga que venía a salvarla de ese mundo cruel. Se permitió un momento en pensar en David, la habían separado nada más llegar a Birkenau. Solo esperaba que siguiera con vida, no merecía morir.

Llegó el momento de la partida sin retorno. Salió junto con todas aquellas mujeres desnutridas y sin emoción en la cara; eran el reflejo, la huella de lo que una vez fueron. Esperando en la cola para entrar a las duchas, cerró los ojos y dio su última bocanada de aire fresco, pero estaba turbio y con un olor

a podrido que casi la hizo vomitar.

El cuervo que la rondaba se presentó posado en el cráneo de un cadáver a unos metros de distancia, se miraron unos segundos y sonrió; tal vez si quemaban su cuerpo regresaría como su amado Cuervo judío. Sus pensamientos se perdieron en un mar de dolor y pesar, olvidó llorar y se adentró donde muere la vida. Pronto sería parte de ese humo ennegrecido que pintaba de oscuridad el cielo de Birkenau.

Dio un paso, dos y al tercero escuchó voces alemanas que ordenaban una evacuación inmediata. Desconcertada, se vio envuelta en una marea de gente que estaba tan perdida como ella. Y, sin más, el caos se desató. Las SS ordenaron apuntando con el cañón de sus armas a los reclusos a que se movieran y salieran del campo de concentración. La gente no protestó y obedeció; vio cómo los soldados disparaban a diestro y siniestro a los más débiles y enfermos. Los que estaban sanos y podían caminar salieron de Birkenau con un rayo de esperanza.

Alexandra buscó con la mirada a David, pero no lo halló; supuso que lo habrían matado, porque debía estar convaleciente después de la paliza que le habían propinado la noche anterior. Siguió avanzando sin mirar atrás; había estado a un paso de morir drásticamente y, por suerte o por desgracia, se había salvado. No estaba segura de que sobreviviría a esa marcha de la muerte, ya que hacía un frío infernal y la nieve no ayudaba.

De repente, en ese caos de personas que corrían de un lado a otro, vio a una extraña mujer vestida con un abrigo rojo encima de una montaña de cadáveres. Se sorprendió al comprobar que nadie notaba su presencia salvo ella; se sorprendió aún más cuando vio que acunaba en su regazo a un cuervo sin vida. Sus miradas se cruzaron por un instante; la extraña mujer se llevó un dedo a los labios para indicarle silencio. Alexandra detuvo sus pasos mientras la observaba descender de la montaña; un soldado nazi la empujó tan fuerte que la hizo caer de bruces. Se levantó de inmediato y cuando quiso darse cuenta vio a la mujer caminar tranquilamente hasta internarse en los hornos crematorios.

—Arriba, niña —dijo una anciana ayudándola a levantarse del suelo—. No la mires a los ojos, es la muerte.

—¿La has visto? ¿A la mujer de rojo? —preguntó sorprendida.

—Claro que sí, tengo un pie en el más allá. Ahora camina y obedece si quieres salvar la vida.

Alexandra abandonó Birkenau con una extraña sensación en el corazón, lo sintió desolado como si le faltara algo importante y no sabía el qué, únicamente percibía la soledad en su ser.

—Gabriel, ¿dónde estás?... —susurró al viento para que fuera mensajero de sus palabras.



III

Gabriel se dirigió al bloque once para coger el coche. Encontró al espíritu de Rudolf Hoess desubicado, atormentado y gritando a todos los vivos que pasaban por su lado. Nadie podía oírle. Estaba muerto. Este se detuvo delante de él y lo saludó.

—Hola, ¿qué se siente? —preguntó mirándolo a los ojos sin un atisbo de remordimiento.

—¡Ahhh! —gritó. Se abalanzó contra él, pero solo lo atravesó. La impotencia y la ira lo envolvieron.

—Te están esperando. —Gabriel señaló hacia su izquierda.

Rudolf siguió la mirada y contempló un ejército de alma judías sedientas de venganza. Gabriel se apartó y dejó que aquellos espíritus se cobraran la justicia desde el más allá. El oficial de las SS suplicó por su alma condenada, pero el Cuervo no quiso escucharlo, bastante muerte había sembrado en el mundo. Aquellos seres errantes con mirada ida avanzaron e incluso se arrastraron por la tierra hacia Hoess; eran demasiados para huir, estaba atrapado en su propio infierno. Lo rodearon y millones de manos lo atraparon para condenarlo a una eternidad de sufrimiento y agonía.

Gabriel dejó que la sed de venganza hiciera su trabajo y se montó en el coche para alejarse de Auschwitz I. Birkenau no estaba lejos del primer campo de concentración y en unos minutos llegaría para buscar a Alexandra.

—Cuervo, búscala —insistió a su alma.

El ave surcó Birkenau en busca de Alexandra. Gabriel conducía concentrado con un ojo puesto en la carretera y otro en el cuervo. Su cuerpo se estremeció, tuvo un mal presentimiento. Una sensación extraña se arraigó en su piel e hizo que tuviera una visión escalofriante: vio a la mujer de su vida en la

cola de una de la cámara de gas. El corazón le dio tal vuelco que a punto estuvo de desplegar sus alas y lanzarse a rescatarla, pero no quería mostrar su nuevo yo al mundo. Utilizaría el uniforme de oficial de las SS para sacarla del infierno. Llegaría a tiempo para salvarla. A lo lejos avistaba Birkenau.

El cuervo se posó encima de una caja para vigilar los movimientos de Alexandra; esperó paciente a que el judío lo llamase para fundirse en un solo ser. Sin embargo, algo cambió el curso de los acontecimientos; el caos se desató, Gabriel vio a los alemanes correr de un lado a otro. Sonrió al comprobar que alejaban a Alexandra de la cámara de gas. La suerte cambió y tuvo que pensar en otro plan de rescate, la esperaría fuera del campo y se ahorraría tener que pisar el lugar que lo vio morir. Pero el destino era caprichoso y en cuestión de segundos su destino marcó una nueva ruta.

Varios alemanes comenzaron a disparar a los presos más débiles; una de esas balas atravesó al alma de Gabriel. El animal, que había emprendido el vuelo para regresar con su dueño, descendió en caída libre hasta un montículo de cadáveres. Respiró tres veces y cerró los ojos. Había muerto.

Gabriel sintió la pérdida, un dolor en el pecho no lo dejaba respirar y notó cómo algo en su interior se estaba apagando. Con una mano intentaba conducir y con la otra se agarraba el pecho, pero todo estaba perdido. El dolor se intensificó por todo su cuerpo y perdió el control; el vehículo se salió de la carretera y fue a estrellarse contra el tronco de un árbol. El impacto dejó el coche inutilizado. Gabriel pudo abrir la puerta y se tiró al suelo; se arrastró unos metros. Se aterrorizó al observar cómo su cuerpo se volvía negro. La piel perdió el color humano y se tornó negra y gris como la ceniza. Respiró tres veces y el corazón se le detuvo.

En Oswiecim, Henry esperaba pacientemente el regreso de su amigo Gabriel. Sin embargo, las horas transcurrieron sin tener noticias de él. La información de que el ejército rojo avanzaba veloz había puesto nerviosos a los nazis y estaban huyendo a territorios alemanes que todavía no habían caído, para resistir el ataque. Muchos otros habían optado por dejar la vida militar y huir del país con documentación falsa.

Aquella buena noticia era una baza para sacar a los judíos que había escondido durante meses en el pueblo. El tiempo apremiaba y no podía

esperar más. Antes de marcharse fue a la antigua panadería y dejó una nota en el obrador con las coordenadas de su casona en las afueras de Alemania. Tenía la esperanza de que Gabriel las encontrase y pronto se pudieran reunir con él.



IV

Ardat entró con el cuervo en su regazo a uno de los crematorios de Birkenau, la muerte reinaba en el interior del edificio. Los cuerpos sin vida se amontonaban por cada rincón, con la mirada perdida y la boca abierta reclamando justicia. La hermosa mujer vestida de rojo sorteó los cadáveres y llegó a las tripas del crematorio, que todavía estaban en funcionamiento. El miedo de los miles de vidas segadas en aquel lugar de muerte avivaba con energía negativa las llamas de los hornos. Los alemanes habían ordenado dismantelar varias instalaciones como las cámaras de gas para esconder la crueldad empleada en esos años al mundo. Nadie podía saber qué se había estado haciendo en Birkenau; el problema es que habían demasiados testigos oculares para callar y olvidar tanto sacrificio macabro.

—Duerme, cuervo, muy pronto despertarás...

La joven lo posó en el suelo y cogió con la mano el fuego, lo miró embelesada como la primera vez que descubrió que la llama no podía dañarla. Habían pasado tantas lunas desde el día en que murió que había olvidado sentir. Durante mucho tiempo vagó por el mundo en busca de respuestas a su existencia; una vez las encontró, la soledad la engulló convirtiéndola en un espíritu errante perdido en sus propios pensamientos. Ahora, el destino le había dado la oportunidad de regresar de las sombras y realizarse como ser ayudando al Cuervo judío. Tanta muerte en el mundo había hecho que regresara de su letargo, no había podido aguantar tanto sufrimiento en el otro lado.

Acercó la llama al cuervo y prendió el pequeño cuerpo, este ardió en cuestión de segundos; Ardat esperó paciente a que todo él se convirtiera en cenizas. Las horas transcurrieron lentas. Cuando la llama se apagó, dejó al

descubierto las cenizas; ella las recogió en un recipiente metálico y abandonó Birkenau en plena noche.

Descalza, recorrió el camino hasta el cuerpo sin vida de Gabriel, lo encontró a pocos metros del campo de concentración, lucía una piel negra como la oscuridad del bosque. Lo agarró de un pie y lo arrastró hacia el interior de la espesura buscando el silencio absoluto y el abrigo de la escasa vegetación que la nieve no había tapado con su manto. Avistó lo que buscaba tras hora y media de caminata; una cueva escondida en aquel paraje desolador.



V

—¡Gabriel, despierta! —exclamó una voz en la lejanía.

El joven judío abrió los ojos y la boca en busca de aire para llenar sus pulmones; la vista poco a poco fue adaptándose hasta visualizar el cielo. Se quedó inmóvil y sin comprender lo que sus ojos veían: este tenía una tonalidad extraña, era totalmente rojo. Movi6 la cabeza hacia un lado y al otro, observando todo a su alrededor y no reconoci6 el paraje, estaba desierto salvo por un hombre vestido de soldado nazi que se encontraba a pocos metros de 6l.

Se levant6 del suelo a la vez que miraba sus manos y brazos, estaban totalmente negras, como carbonizados. Entonces record6 el dolor que hab6a sentido al percibir la muerte de su alma. Y comprendi6 su nueva situaci6n.

—Estoy muerto...

Camin6 hacia el inm6vil soldado y cuando estuvo a un palmo de 6l, se dio cuenta de que su cara era una calavera cubierta por una fina capa de piel en descomposici6n. Lo mir6 absorto, sin saber muy bien qu6 decir, pero no tuvo que preguntar nada ya que aquel soldado pronunci6 un nombre que conoc6a muy bien: «Birkenau». Gabriel sigui6 la direcci6n de su mano esquel6tica y descubri6 la entrada al infierno a lo lejos.

Dej6 atr6s aquella ilusi6n macabra y se dirigi6 al lugar que m6s odiaba en el mundo. Mientras lo hac6a, surgi6 en su interior un hurac6n de sentimientos tan v6vidos que no pudo retener las l6grimas, hab6a sufrido tanto que sus pasos se hicieron lentos, porque no quer6a tener que entrar de nuevo en aquel lugar de muerte. Las fuerzas le fallaron y se derrumb6 en el suelo, de su garganta sali6 un grito de agon6a que llen6 el paraje desierto con su eco.

—No puedo... —pronunci6 con voz temblorosa.

Pero una voz familiar hizo que dejara de lamentarse. Alz6 la mirada y hall6

a Esther de pie junto a él, con una sonrisa maravillosa.

—Levanta, hermano. —Le ofreció la mano que este recibió conmovido—. Todavía no ha terminado tu lucha, tienes que entrar —exclamó mirando la entrada a Birkenau que parecía la boca de un gigante hambriento.

—¿Estás aquí de verdad? ¿Qué es este lugar?

—Un lugar dantesco creado a raíz de tanto sufrimiento, este es tu infierno. Tus lágrimas me han llamado.

—Lo siento tanto, hermana. No pude salvarte... Yo...

—Tranquilo, Gabriel. No fue culpa tuya, nada lo fue. He encontrado la paz junto a mamá y a papá en un lugar maravilloso. —Lo abrazó con intensidad—. Es la hora, no queda mucho tiempo, el violinista te guiará.

El joven vio cómo su hermana desaparecía convirtiéndose en mil partículas de arena que se mezclaron con el viento. Respiró profundamente y siguió caminando hasta detenerse delante de la gran puerta de Auschwitz, se horrorizó al comprobar que el ladrillo había sido sustituido por cuerpos humanos. La fachada de Birkenau estaba construida con víctimas del holocausto. Traspasó la puerta con los ojos cerrados, era aterrador ver aquella imagen inhumana con los gritos de estos como banda sonora de su propio infierno. Nada más entrar, las voces callaron y el sonido de un violín hizo que abriera aún más los ojos. Ahí, delante de él, Adiel tocaba como un verdadero maestro un Stradivarius. Observó con alegría a su viejo amigo y confidente, físicamente parecía que no había sufrido el horror y la hambruna de una guerra, estaba magnífico.

Gabriel se acercó emocionado para abrazarlo; se detuvo al observar que tenía la boca cosida con hilo negro; su mirada fantasmagórica le hizo creer que Adiel no había encontrado la paz. Sintió lástima y pena por él, la muerte no era la solución para encontrar la paz para muchos. Adiel, sin dejar de tocar, lo guio por el campo de concentración hasta un solar donde antes se levantaba la fábrica de la muerte: la cámara de gas. Ahí, en mitad de tanta desolación, un árbol enorme desprovisto de vida se alzaba imponente y majestuoso. El color negro de la corteza lo hacía más tétrico, aunque nada en comparación con lo que colgaba de sus ramas: varios cadáveres desnutridos, desnudos y sin cabello decoraban las articulaciones del árbol. Gabriel paseó la mirada

acongojado, llevándose una mano a la boca para retener el grito que estaba a punto de surgir de su garganta. En medio de aquella imagen dantesca algo inusual destacaba de entre tanto horror: un corazón negro bombeaba de una de las ramas.

Escuchó cómo la música del violín cesaba a su espalda, giró la cabeza y vio a Adiel derramar una lágrima. Su amigo estaba atrapado en aquel limbo infernal sin poder continuar su viaje hacia la paz eterna.

—Gracia, amigo, por todo lo que hiciste en vida y después de muerto. Siempre cuidando de mí, guiando mis pasos. Haré algo que no pude hacer en vida, liberarte de tu sufrimiento...

Gabriel agarró con dos dedos un extremo del hilo que quedaba suelto y tiró con suavidad liberando a Adiel de su mudez impuesta. Este abrió la boca y millones de mariposas rojas surgieron de su interior envolviendo al judío y dándole la paz que con tanto ahínco había buscado. Desapareció ante sus ojos.

—Descansa en paz, amigo.

Obligó a sus pies a moverse y a caminar hacia el árbol, algo le decía que aquel corazón negro le pertenecía, era su pasaporte para regresar como Cuervo judío al mundo terrenal. Alzó la mano y lo arrancó del árbol como si se tratara de una manzana, el órgano bombeaba en sus manos. Lo observó rezando para que pasara algo inesperado, pero nada sucedía. Arrugó el entrecejo frustrado sin dejar de mirarlo, esperando a que sucediera algo inesperado.

El viento levantó la arena formando un pequeño remolino y anunciando una voz que le puso los vellos de punta. Alzó la mirada y vio al doctor Mengele sonriendo de una manera terrorífica, siseando y mostrando una lengua de serpiente. Gabriel no supo qué pensar, ¿acaso era una prueba que debía superar?

—Has recogido el fruto de la vida, cómetelo —ordenó señalando el corazón.

El judío sopesó hacerlo o no, pero los recuerdos en las dependencias del doctor comiéndose el corazón de un bebé hizo que se detuviera, no era un animal.

— ¡Cómetelo! —gritó con los ojos rojos.

—No.

Entonces de la nada, vio a su alma, al cuervo, sobrevolar Birkenau y lo entendió. Aquel pájaro desapareció entre las nubes de color carmesí, había sido una señal, una visión y Mengele representaba todo el mal que albergaba Birkenau: la maldad, la mentira, el dolor y la putrefacción.

Acunó el corazón negro contra su pecho y llamó al cuervo, el órgano se hizo humo en sus brazos y fue tomando forma de aquel animal. Gabriel sonrió al ver a su fiel amigo de nuevo junto a él y supo que había llegado la hora de volver.

—Regresa a mí, amigo.

El cuervo se internó en la piel fundiéndose con el judío. Su alma, su corazón oscuro y su otra mitad habían regresado.



VI

Ardat encendió el fuego y dejó a Gabriel junto a él. Luego, se quitó el abrigo rojo y se quedó con un fino vestido de seda roja que le descubría totalmente la espalda; tenía todo el cuerpo escrito con nombres de personas. Se arrodilló a su lado y le derramó las cenizas del cuervo en su pecho. Después, sacó una daga del abrigo y extendió el brazo con la palma de la mano hacia arriba, por encima de las cenizas; en ella tenía escrito el nombre del alma de Gabriel: Cuervo. Cerró los ojos y recordó el principio de su existencia, de su nacimiento en el mundo que hoy en día conocía el ser humano. Una lágrima de sangre le resbaló por la mejilla hasta caer en su palma.

—Mi sangre es la madre de los condenados, la moradora de la noche y de las tempestades. El regalo de la vida eterna, la salvadora de la mortalidad. Cuervo, te otorgo mi maldición para salvar al primer hombre que he visto amar de verdad a una mujer.

Se hizo un corte profundo en la mano, de ella brotó sangre, apretó el puño y dejó caer las gotas encima de las cenizas. Algo sobrenatural, incomprendible estaba a punto de suceder; estas se levantaron en un pequeño remolino encima del pecho de Gabriel, las partículas fueron gestándose hasta crear de nuevo al cuervo, pero este era distinto al del judío. Ahora sus ojos eran rojos. El ave aleteó un par de veces y con el pico le hizo una herida en el pecho a su otra mitad, a Gabriel.

—¡Auch! —se quejó Ardat cuando el fuego del infierno se manifestó en su piel y le grabó en el brazo el nombre del Cuervo. Sonrió al ver el tatuaje. Por primera vez un animal formaría parte de los hijos de la noche.

—Gabriel, despierta —susurró junto a su oído.

Pasado un minuto, el judío se incorporó de golpe; se quedó sentado en el suelo y, con la mano en el cuello, intentaba respirar. Poco a poco fue llenando los pulmones de aire, pero algo insólito lo desconcertó: miró a su cuervo y vio aquellos extraños ojos rojos. Extendió las manos para recogerlo y acercarlo a su cara, posó su frente en la pequeña cabeza del ave y exclamó: «¿Qué te ha pasado? ¿Cómo es posible que estés vivo de nuevo?».

Ordenó a su alma que regresara al pecho: esta se fundió en su piel. Un poco mareado se levantó y caminó hacia la salida de la cueva. En el exterior, Ardat lo esperaba con su abrigo rojo y dándole la espalda.

—Bienvenido de nuevo, Gabriel.

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué estás aquí? —Sus pensamientos se interrumpieron al recordar algo importante: Alexandra—. ¿Dónde está Alexandra? —Ardat se dio la vuelta y anduvo hacia él con las manos entrelazadas.

—Vi a Alexandra en la entrada de Birkenau, fue la última vez que la vi con vida.

—¿Por qué no la salvaste?! ¿Es que acaso está muerta? —gritó asustado y preocupado por la joven judía.

—Tenía otra misión importante, salvarte a ti. No siempre puedes salvar a todos, Gabriel. Te dije que debías elegir, ¿no somos héroes! Si no condenados—Ardat cerró los ojos rememorando angustiosos recuerdos—. A veces, no podemos salvar a los que más queremos. No sé si Alexandra sigue respirando, deberás averiguarlo tú mismo.

—¿Quién eres? ¿Cómo es posible que me hayas salvado? —No se iría sin obtener respuestas.

—Mi historia es compleja y complicada, pero te diré mi verdadero nombre. Soy la reina de los condenados, la primera mujer que se rebeló contra el hombre, la primera inmortal del Edén, soy...

—¿Lilit! —exclamó Gabriel perplejo—. Conozco tu nombre, demonio. Mi pueblo cuenta muchas historias del espíritu maligno que roba bebés y los devora.

—Sí, conozco esa historia. Tu pueblo tiene mucha imaginación, pero no es todo oro lo que reluce. Los cuentos de viejas suelen ser fábulas inventadas.

Soy la reina de las tinieblas, la anunciadora de la muerte y la portadora de la vida eterna. Tal vez algún día te preste mi valioso tiempo y te cuente mi historia, pero ahora has de tomar una decisión Gabriel.

—¿Te refieres a acabar con Hitler? Primero pondré a salvo a Alexandra, aunque me cueste de nuevo la vida.

—Es tu tiempo, el tiempo del Cuervo, otro hijo de la noche, otro condenado que habitará la tierra durante décadas. No podré intervenir más en tu camino Gabriel, no se me permite cambiar el destino a mi antojo, y aun así lo he hecho... Como ya he dicho, es complicado.

Ardat se desabrochó el abrigo mostrando el hombro y parte de su espalda tatuada de nombres. Gabriel la miró embelesado sin entender el significado de dichos nombres.

—¿Qué significan?

—Hasta el ser más insignificante del mundo puede cambiar el destino de toda la humanidad; mi misión es proteger o hacer desaparecer a ese ser. El nombre del Cuervo salió escrito en mi palma derecha, la mano de proteger la vida y así lo hice. El destino quería que siguieras con vida, mi misión aquí ha acabado. Y no, el nombre de Hitler no ha salido en mi palma izquierda. No puedo matarlo, eso solo tiene una lectura: era necesario este horror para concienciar a las generaciones venideras.

—¿Estás diciendo que era necesaria esta masacre? —preguntó indignado.

—Lo que yo crea no importa, solo lo que el destino mande. Y no, no sé quién mueve los hilos —exclamó tras leer una vez más sus pensamientos.

—Sal de mi cabeza, Lilit. Te diré una última cosa: yo no rindo cuentas a nadie, y mataré a ese hijo de puta. Pagaré por todo el daño causado.

—Suerte, Gabriel. Algún día nuestros caminos volverán a cruzarse.
—Sonrió mostrando sus colmillos blancos como la cal.

—Espera, ¿hay más como tú? —preguntó curioso.

—Sí, fueron un error del pasado y de la hambruna. Siempre tengo sed y esta, a veces, hace que pierda la razón, pero ninguno de ellos es como yo. Son no muertos, seres que se esconden en la oscuridad y huyen de la humanidad.



VII

26 de enero, la antesala al 27 de enero de 1945.

La luna se alzaba roja, anunciando que esa noche se había derramado sangre; la oscuridad albergaba desconcierto, miedo y movimiento amigo y enemigo. Gabriel abrió bien los ojos y llamó al cuervo, quería que avistara posibles peligros. Algo estaba sucediendo en el frente, cerca del río Vístula y San. El bosque se intuía inquieto, el judío se concentró y escuchó con atención: se oían personas arrastrarse entre la maleza, algunas otras correr y metralla.

Gabriel desplegó sus alas y saltó al cielo nocturno para avanzar más rápido. Al sobrevolar la zona descubrió soldados del ejército rojo avanzando y abriendo fuego contra los alemanes. Descendió y esperó escondido detrás de un árbol, necesitaba información acerca de esa contienda bélica. Aprovechó la parada y se deshizo del uniforme alemán, había encontrado un soldado soviético inconsciente y malherido. Le quitó la ropa y lo dejó con la muda. Lo tapó con el uniforme nazi y bajó sus constantes vitales para que no muriera de hipotermia; tenía intención de regresar. Necesitaba coger prestado el traje militar para mezclarse entre ellos y que no le cosieran el cuerpo a tiros.

El cuervo le mostro una triple línea de defensa alemana que se interponía para el avance del ejército rojo. Los puentes y los campos estaban minados. El corazón se le sobresaltó al escuchar en la distancia a un general soviético ordenar a la infantería y a los tanques avanzar reforzados por un grupo de artillería. Gabriel corrió y se unió al grupo de infantería, solo un soldado se dio cuenta de que había salido de la nada e internado en el grupo de asalto.

—¿Quién eres? ¿A qué batallón perteneces? —preguntó desconfiado en ruso, pues no lo había visto antes. Gabriel lo miró y sonrió, no sabía muy el

por qué, aunque intuía que se debía a su condición de ser sobrenatural, pero entendía cada palabra que salía de la boca del ruso.

—Soy Anatoly Shapiro, comandante del batallón de asalto de la 100ª División, camarada. Por tu bien será mejor que concentres tu mirada en el frente. —Al ponerse el uniforme se había dado cuenta de que pertenecía a un oficial y el tatuaje en el brazo izquierdo con su nombre no le pasó desapercibido. En ese momento había creído que tal vez se lo hubiese tatuado por si perecía en la batalla, de esa manera podían reconocerlo y entregarlo a sus familiares.

—Señor, no tiene fusil. —El joven soldado le arrebató uno a un compañero que había caído en batalla—. Señor, ¿por qué son tan agresivos con la defensa? Me parece insensato, lo lógico sería huir y replegarse en Alemania.

—Esconden el infierno, no quieren que nadie sepa que existe.

El soldado lo miró sin comprender y siguieron avanzando a las órdenes de los generales. Habían ganado el asalto contra los alemanes, la resistencia nazi huyó dejando atrás Auschwitz y sus secretos. La orden oficial era la de no detenerse y perseguir a los alemanes para hacerlos retroceder. Gabriel supo que si hacían eso dejarían atrás Auschwitz, Birkenau y Monowitz, pasarían a ser parte del olvido de una guerra. No podía permitir que sucediera aquello, el mundo tenía que ser conocedor de las atrocidades que ahí se cometían.

El judío guio a su batallón fuera del fuego enemigo, quería que ellos liberaran a los presos que aún quedaban en los campos de concentración, no podía dejarlos allí y mirar para otro lado ignorando su existencia. Uno de los oficiales cayó abatido desde una de las torres de control. Al mismo tiempo, la torre fue derribada por uno de los soldados. Después, el silencio reinó en los alrededores de Auschwitz. El batallón no tenía ni idea de que ahí se levantaban campos de exterminio. Debía dividir a los hombres para liberar a los presos.

—Soldado, ¿cómo te llamas? —preguntó Gabriel.

—Yakov Vincenko, señor.

—Acabas de subir de rango, enhorabuena comandante Vincenko. —El joven de diecinueve años se quedó atónito, pero no protestó ante su superior—. Guía a tus hombres hacia allí, ¿ves la puerta? Dentro te espera

gente inocente. Veas lo que veas no los abandones, nos necesitan.

Vincenko asintió sin comprender, no entendía qué podría haber tras las puertas para que se asustara como una niña pequeña. Había visto muchos cadáveres, demasiada muerte en el campo de batalla, aunque qué podría ser todavía peor para horrorizarlo y querer marcharse. No lo comprendía, pero estaba a punto de descubrirlo.

Se arrastró por el barro con el pelotón, la metralla del fuego enemigo se oía en la distancia anunciando la retirada alemana. La espesa y oscura niebla hacía difícil avanzar; sin embargo, no se detuvieron en absoluto. Casi a las puertas de Auschwitz I, Vincenko se detuvo al ver unos ojos grandes, blancos y muy dilatados. Al principio creyó que se trataba de un espectro en mitad de la noche; aquel ser se movía en la oscuridad y su semblante reflejaba miedo. Caminó despacio, con sus hombres pisándole los talones y vio detrás de aquel muerto viviente varias sombras que se asemejaban físicamente a ese ser.

Los soldados se detuvieron horrorizados al ver que se trataba de personas esqueléticas con la piel adherida a los huesos, la imagen era dantesca. Lo más curioso de todo era que ninguna de esas personas se movía, solo miraban, ni siquiera huían, estaban aterrorizados. Y en ese instante, Vincenko entendió las palabras del comandante Shapiro. «Ver para creer» dijo un soldado de su batallón conteniendo las lágrimas.

—Soy el comandante Vincenko de la División de infantería número 322 y vengo a liberaros a todos.

Ninguno de los prisioneros los vitoreó, se quedaron callados, algunos seguían asustados y muy pocos sonrieron. Vincenko caminó observando parte de ese infierno y le llamó la atención un bidón lleno de cenizas, de él sobresalían huesos.

—¿Qué ha pasado aquí? —susurró desconcertado, sentía que estaba en otra dimensión.

Aquel día fue un día crucial en la vida de Vincenko y de muchos soldados que liberaron Auschwitz, nunca olvidarían lo que sus ojos presenciaron. Se prometió a sí mismo que el mundo debía conocer la verdad y la vergüenza que los alemanes nazis habían cometido en esos campos de exterminio. Para él olvidar aquello era comportarse como un culpable, convertirse en cómplice.

Por ello nunca olvidó y recordó cada detalle macabro.

Gabriel, haciéndose pasar por Shapiro, entró en Birkenau en busca de un fantasma; Alexandra. Sabía por Lilit que no se encontraba dentro de la fábrica de la muerte, pero debía ayudar a aquellas pobres personas y darles algo que él nunca tuvo: esperanza.

Se detuvo a las puertas de Birkenau, solo unos pasos le separaban de su pasado y todavía hoy en día sentía ese miedo atroz como el frío helado que le hacía tiritar de horror. Ni siquiera su parte sobrenatural le hacía olvidar ese sentimiento tan humano. Respiró profundamente y cerró los ojos para dejar la mente en blanco, debía concentrarse y llevar a cabo su cometido, no podía darse la vuelta.

—Señor, ¿qué es ese olor? —preguntó un soldado muerto de miedo. El lugar parecía las puertas al infierno.

—Es el olor de la muerte, de la putrefacción, pero tenemos una misión. Avanzad conmigo, nos esperan.

—¿Quiénes? —Quiso saber el mismo soldado asustado.

—Ahora lo verás, y nunca olvidarás este día.

Gabriel traspasó las puertas junto a su batallón, el silencio reinaba en la oscuridad, el aire contaminado y nauseabundo no ayudaba a avanzar. Más de un soldado se tapó la boca para no vomitar. El hedor era asqueroso, estuvieron a punto de abandonar la misión, pero al ver a los primeros presos que se iban mostrando ante ellos tímidamente los detuvo. Presenciar a aquellas personas tan débiles físicamente hizo que algo en el interior de cada soldado se removiera de dolor.

Montaron de inmediato unas campañas de comida para alimentarlos. Lo peor de todo fue verlos morir ante sus ojos al probar bocado, pues sus estómagos habían muerto de hambruna. Más de uno no toleraba la comida ingerida y esta misma los mataba.

Gabriel se separó del grupo y fue al barracón de las mujeres a buscar a Alexandra, tenía la esperanza de que hubiera podido escapar de esa marcha de la muerte y estuviera escondida entre las sobrevivientes. No la encontró. En cambio, halló mujeres desnudas y muertas tiradas en el barracón, sus propias compañeras habían robado sus ropas para soportar el frío. El judío salió de

allí asqueado por el olor, las heces y la orina que se acumulaban en las literas y en cada rincón del barracón. Desanimado, caminó perdiéndose en sus pensamientos; escuchó la débil voz de un hombre que se encontraba apoyado en la pared de uno de los barracones. Tenía los labios cortados por el frío y cubiertos de sangre seca, estaba liado en una manta y tenía la mirada ida. Se acercó un poco más y escuchó que lo llamaba por su nombre: «Gabriel».

Este lo miró intentando reconocerlo, la suciedad cubriendo su cara no ayudaba mucho; sin embargo, cuando esos ojos lo buscaron supo de quién se trataba.

—¡David! ¡Estás vivo!

La sonrisa se dibujó en su cara después de tantos días de penumbra, lo ayudó a levantarse del suelo y lo llevó a la improvisada cocina donde estaban repartiendo comida. Gabriel se preguntaba si todo había acabado; él sabía que no, todavía quedaba un largo camino; Hitler se negaba a abandonar el poder.

Las horas apremiaban y debía moverse para encontrar a Alexandra; no obstante, tampoco podía dejar al hermano pequeño de Adiel abandonado en Birkenau. Habló con Vincenko y lo dejó al mando de los dos campos, él debía partir. Le dijo que se reuniría con las tropas soviéticas que avanzaban repeliendo a la resistencia alemana. Necesitaba una coartada para desaparecer.

Cogió prestado un vehículo y ayudó a subir a David, arrancó dejando atrás la fábrica de la muerte. Juró no volver a poner un pie en Auschwitz, aquel lugar le absorbía la energía. Antes de dejar Polonia quiso hacer algo desinteresado por el camarada Shapiro; ayudarlo a vivir y transmitirle todo lo sucedido tras usurparle la identidad. Recordaría la liberación de Birkenau como si él hubiese estado presente. Paró el coche y ante el asombro de David metió a un soldado del ejército rojo herido en la parte de atrás y lo tapó con una manta.

—Te presento a Anatoly Shapiro, el liberador de Auschwitz. Ahora es un héroe de guerra —comentó al ver muchas preguntas en su mirada.

Gabriel se ocupó de llevarlo a Auschwitz I para que lo ayudaran y curaran las heridas; ninguna de ellas eran mortales. Lo vistió con su uniforme y se metió en su mente para otorgarle los recuerdos de la liberación, le haría creer

que él había estado en aquel infierno. Debía añadir que en la operación había alcanzado por fuego enemigo, pero nada que no pudiera aguantar y seguir con su misión.

Dejó el coche a un kilómetro del campo de trabajo, aprovechó el cielo nublado para transportar a Shapiro al interior de Auschwitz. Desplegó las alas y sonrió al ver la cara de estupefacción mezclada con miedo de David. Aterrizó detrás de un bloque de prisioneros y lo dejó en el suelo; aumentó sus constantes vitales y al segundo regresó del letargo. Gabriel le ordenó con el pensamiento levantarse y salir detrás del bloque para que los suyos pudieran verlo y ayudarlo.

Abandonaron los alrededores del campo de exterminio y se dirigieron a Oswiecim, pararían en la vieja panadería para recoger el poco equipaje que David había dejado ahí la noche en que lo raptaron. El pueblo, por primera vez, parecía irradiar luz, se veía diferente ahora que los alemanes lo habían abandonado. Gabriel le dijo a David que esperase en el coche, estaba muy débil para caminar. Entró corriendo por el obrador y subió rápido las escaleras hasta la segunda planta. Encima del colchón se hallaba una bolsa con algo de muda y aseo. Hizo lo mismo con las pocas pertenencias personales de Alexandra. Al pasar otra vez por el obrador se detuvo al encontrar una nota doblada con su nombre, la cogió y sonrió al leer que eran las coordenadas exactas de la finca de Henry a las afueras de Alemania. El soldado alemán la había firmado con su nombre.

Siguieron su camino; Gabriel no tenía claro a dónde dirigirse primero, puesto que no podía arrastrar a su acompañante a ningún lugar que lo pusiera en peligro, más en su estado físico y psicológico.

—Encontré a Adiel, a mi hermano —exclamó David sorprendiendo a Gabriel. Este pensó que se le había ido la cabeza por el trauma sufrido—. Mira.

Sacó una fotografía donde salía un grupo de personas, entre ellas Adiel y Gabriel. De inmediato recordó ese día, un oficial de las SS les había sacado una instantánea grupal a todos los *sonderkommando*.

—Tú estás con él, ¿me dijiste que no lo conocías! —habló alzando la voz rota por el dolor.

—Adiel fue un hermano para mí, fue el mejor y un buen amigo. Siento haberte dado esperanzas, no pretendía que sufrieras —exclamó en un tono de voz calmado.

—¿Cómo murió? —preguntó retorciéndose las manos y evitando mirarlo.

— Birkenau lo mató; no le des más vueltas, pues no tiene sentido. No olvides que era un campo de exterminio.

Gabriel no quiso decirle la verdad, era demasiada dolorosa. Recordar a Adiel tal como había sido, sin añadir detalles escabrosos, era la mejor opción.

Continuaron dos días de viaje, sin hallar rastro de la marcha de la muerte; parecía que la tierra se los hubiese tragado. Ni siquiera el cuervo la encontró.

—David, mira. —Señaló el camino—. Hemos encontrado el rastro inconfundible de los alemanes, hay compatriotas nuestros muertos en la calzada. Están desnutridos. Algunos de ellos habrán muerto por el frío y el hambre.

El judío levantó la vista y vio los cadáveres de hombres y mujeres en mitad del camino, la mayoría de ellos con el pijama a rayas; los muertos se extendían hasta donde la vista no alcanzaba.

—Han de pagar... ¿Por qué tanta crueldad? —David apretó la mandíbula por la rabia que sentía mientras que sus ojos expresaban una furia difícil de explicar.

—Esa pregunta jamás tendrá respuesta. Solo puedo decirte que cuando estuve en Auschwitz I hace unos días, me metí en la mente de algunos alemanes preguntándome lo mismo y, ¿sabes que vi?

—¿Qué? —preguntó atento a mis palabras.

—Miedo, solo vi miedo.



VIII

Los oficiales de las SS ordenaron subir a los presos a los trenes de mercancía. Después de andar sesenta y tres kilómetros, no todos llegaron con vida al destino. La idea era llevarlos al interior de Alemania. En realidad, no sabían qué hacer con ellos, eran un lastre que debían matar y proteger para que nadie supiera las atrocidades que habían cometido en los campos de trabajo. Las cartas habían cambiado al perder la guerra; muchos de ellos temían ser apresados y juzgados.

Alexandra iba confinada en uno de los vagones repleto de mujeres; estaban tan apiladas que no tenían espacio suficiente para respirar sin infectar a la de al lado con sus gérmenes. Ni siquiera podían sentarse. En el trayecto perdieron la vida muchas personas. Lo peor de todo es que debían lidiar con el muerto cara a cara en el viaje. Algunas de las mujeres planeaban escapar en esas largas caminatas. Habían escuchado a los alemanes hablar entre ellos y sabían que durante un tiempo irían de un campo de trabajo a otro, pues los aliados los estaban rodeando desde varios frentes. Estos sabían que habían perdido la guerra y que el tiempo se les acababa. No podían matar a tiros a tantas personas, eran demasiadas.

Alexandra bajó del vagón y empezó a toser; respirar el aire puro había sido demasiado para sus pulmones. Se recuperó de inmediato, no quería que los nazis pensaran que estaba enferma, había visto morir a sus compañeros a manos de estos hombres sin escrúpulos; no les temblaba la mano al disparar. Un sonido hizo que levantara la vista, ahí estaba de nuevo el cuervo que la rondaba. Notaba una conexión con el animal, pero no podía entenderla, todavía no.

Los alemanes ordenaron de nuevo reanudar la marcha, apodada «de la

muerte» por los propios presos. Sus días parecían haberse estancado en un bucle del que no podía avanzar hacia un nuevo amanecer, ya que las mismas atrocidades se repetían diariamente: morían de hambre, de enfermedad, fusilados, de un disparo en la cabeza, de pena. Alexandra optó por callar y pensar en Gabriel; su padre siempre le había dicho que si deseaba algo en la vida debía imaginarlo en su cabeza con todas sus fuerzas para hacerlo realidad. Lo hizo a cada hora, minuto y segundo, sin perder la esperanza.

Al caer la noche, el grupo de mujeres que había oído en el vagón estaban planeando huir de los alemanes. Por un momento pensó en unirse a ellas; desechó la idea por miedo a ser descubierta y perseguida hasta la muerte. Las vio internarse en el bosque y correr despavoridas. Uno de las SS se dio cuenta y no tardaron en perseguirlas, las atraparían con facilidad; ellas apenas tenían fuerzas mientras que ellos eran unas máquinas de matar.

Al cabo de una hora aparecieron con las mujeres, estaban todas vivas, pero no por mucho tiempo. Los alemanes se dirigieron al grupo amenazándolos con matarlos si huían como esas «perras», así las llamaron. Querían infundir miedo, ejemplo y que tuvieran claro que si no obedecían acabarían como ellas. Ordenaron a todos agruparse para que viesen el espectáculo que estaban a punto de presenciar. Colocaron a las mujeres en fila, una al lado de las otras y el horror se desató cuando uno de los oficiales sacó su arma y a un centímetro de su semblante les fue disparando en la frente. Las últimas de la fila gritaban aterradas, el miedo les impedía correr y huir.

Alexandra apartó la mirada por un segundo, no podía soportarlo más. Miró a su alrededor, de aquel grupo grande que había partido de Birkenau solo quedaban menos de la mitad. Todos, más tarde o temprano, acabarían muertos. Miró a la oscuridad, ya lo había hecho en el pasado: huir. Respiró hondo para salir corriendo... Cuando estaba a punto de hacerlo, un soldado nazi la empujó con el fusil para que avanzara. Toda esa adrenalina se disipó convirtiéndose en miedo. Cabizbaja, siguió al grupo de muertos vivientes hacia la nada. No tenían hogar, ni lugar de descanso, ni futuro.

Al caer la noche los hicieron parar en mitad de la nada, en la intemperie, para descansar unas horas; supo que al reanudar la caminata solo unos pocos se levantarían, hacía demasiado frío para dormir al raso. Alexandra apoyó su

espalda en el tronco de un árbol y junto a dos mujeres intentó guarecerse de la helada nocturna. No sirvió de mucho, pues estaban tan delgadas que no tenían grasa corporal. Se permitió cerrar los ojos, estaba muy cansada, demasiado, y se durmió.

Una niebla muy espesa cubría el bosque y parte del camino, no veía absolutamente nada. Alexandra se encontraba sola en aquel lugar desconocido, no se oía ni el canto de los pájaros, ni el sonido de un animal. Paseó la mirada y sintió la necesidad de correr para huir, los alemanes la habían abandonado. Corrió como si se le fuera la vida, internándose en la espesura de la niebla. Lo único que deseaba era correr y dejar atrás el horror, temía que los nazis volvieran.

De pronto, en mitad del camino, se encontró a Gabriel sujetando un espejo. Al verlo, millones de sentimientos se agolparon en su pecho, pero se detuvo a unos pasos al observar que sus ojos eran fantasmagóricos, como los de un muerto. Se llevó las manos a la cabeza y gritó de dolor, creyendo que el amor de su vida había dejado de respirar. Lo llamó desesperada, pero este no contestó, parecía una estatua. Temblando, caminó hacia él; miró su reflejo en el espejo, lo que contempló no le gustó, no reconocía a esa chica, era otra. Alargó la mano, apenada, para tocar su imagen, pero cuando lo hizo apareció en el espejo un cuervo. Dio un paso atrás asustada y, de repente, Gabriel desapareció dejando caer al suelo el espejo.

—Gabriel...

Se sintió perdida, no le quedaban palabras que decir, solo lágrimas que salían del corazón. Cayó al suelo abatida, pero un dolor atroz en la espalda la devolvió a la realidad.

Alexandra se despertó de sopetón con un dolor insoportable en la espalda, clavó las manos en la tierra para contener el grito desesperado que amenazaba salir por la boca. Las lágrimas corrieron libres y a borbotones limpiando su cara; le quemaba la espalda, no lo soportaba. Abrió la boca sin poder contener lo que venía a continuación. En un santiamén, el dolor se fue y el grito se ahogó en su garganta salvándole la vida. Respiró de manera exagerada para controlar sus constantes vitales, acompasándola para controlar los latidos de su corazón. Entonces, en la oscuridad, escuchó al cuervo graznar. Miró a la

nada sin hallarlo, supo que aquel sueño había sido parte del proceso. Abrió bien los ojos y descubrió a los alemanes durmiendo y a varios soldados vigilando. Más tranquila, apoyó la cabeza en el tronco del árbol y cerró los ojos durante un momento. Al abrirlos de nuevo vio al cuervo lanzarse a su cara, no le dio tiempo a reaccionar. Fue atacada por el ave, le picoteó los ojos. Gritó. Desesperó.

Notó cómo alguien la zarandeaba; abrió los ojos y vio a una de las mujeres mirándola como si estuviera loca. Supo en ese instante que había tenido un sueño muy real. Sin embargo, algo en su visión había cambiado: veía las cosas con claridad en la oscuridad de la noche.

—He tenido que taparte la boca, ¿estás bien? —preguntó la mujer preocupada. Todas estaban en el mismo barco.

—Sí, ha sido un mal sueño... —exclamó recuperando la compostura.

—Te entiendo. A veces sueño que me ahorcan y que los cuervos se comen mi carne putrefacta.

Los alemanes los despertaron a patadas y los obligaron a reanudar la marcha; se levantaron y algunos se quedaron durmiendo en el suelo para siempre. Todo estaba a punto de cambiar y Alexandra tendría que tomar una decisión.

Caminaron durante horas, muchos de sus compañeros cayeron muertos en el camino, aquello se había convertido en el pan de cada día. En silencio y solo con la voz de los alemanes de fondo, fue pensando en Gabriel, se preguntaba si seguiría con vida. Unos disparos la sacaron de su estupor, la gente gritaba y el caos se desató. Unos hombres se enfrentaron a sus carceleros mientras que algunos de los presos, aprovechando el desconcierto, corrían intentando escapar. Alexandra no se lo pensó dos veces y salió despavorida por la carretera dejando atrás la marcha de la muerte, pero las SS no se lo podrían fácil. Dispararon contra los desertores acabando con muchos de ellos y haciéndose con el control de nuevo; parecían demonios, no se les podía vencer. Dos soldados vieron a Alexandra huir y no lo pensaron dos veces dando la voz de alarma; la amenazaron con disparar si no se detenía, pero ella corrió con todas sus fuerzas sin mirar atrás. A lo lejos se veía el atardecer, el sol estaba a punto de esconderse. Escuchó disparos, pero ninguno de ellos le

rasgó la carne. No aguantaría mucho ese ritmo, estaba agotada; chilló de impotencia con todas sus fuerzas vaciando los pulmones, sentía la muerte cerca, pisándole los talones. Cerró los ojos y gritó su nombre con toda la desesperación de su alma.

—¡¡Gabriel!!

En ese instante de locura y desesperación, vio a dos cuervos sobrevolar el cielo, graznando a la misma vez. Sonrió creyendo que eran imaginaciones suyas, había deseado tanto que viniera a rescatarla que pensó que no podía ser verdad, no en esas circunstancias en las que se encontraba, debía ser un espejismo por falta de aire a su cerebro. La voz de un hombre confirmó que no era producto de su imaginación y del agotamiento.

—¡¡Alexandra!! —vociferó Gabriel corriendo por la carretera hacia ella.

—¡¡Gabriel!! —gritó flaqueando.



IX

Gabriel se desvió de la carretera internándose en un camino de tierra; había visto una casa derruida por la guerra, debía esconder a David en ella, no podía llevarlo con él a buscar a Alexandra. Desde hacía unas horas había tenido un presentimiento referente al amor de su vida, algo le decía que estaba cerca y en peligro. Dejó el vehículo escondido en lo que se suponía que era el granero de la finca y lo cubrió con ramas. Después, ayudó a David a caminar hasta la casa, lo dejó en un viejo sofá destartalado al que le faltaban las patas y lo cubrió con varias mantas. A su lado, le dejó fruta y cecina seca para que tuviera algo que llevarse a la boca.

—No te mueras, vendré a por ti cuando encuentre a Alexandra —exclamó poniéndole un gorro de lana.

—Déjame ir contigo, te puedo ser de ayuda o tal vez un cebo para rescatar a Alexandra —susurró medio adormilado.

—Descansa, amigo. Tu misión en la vida es otra... —dijo cerrando los ojos por la angustia que sentía.

Salió de la finca a pie y se concentró en su cuervo para ver lo que el ave veía; sentía en el pecho que estaba muy cerca de ella, lo percibía. Entonces escuchó varios disparos en la lejanía. El corazón se le aceleró y salió corriendo, dirigiéndose hacia los gritos de una multitud. El animal sobrevoló la zona y se topó con el cuervo de Alexandra, que le graznaba para guiarlo hasta ella. Gabriel pudo visualizarla corriendo por una carretera, desesperada, mientras era perseguida por dos alemanes. Gritó furioso espantando a las aves del lugar que alzaron el vuelo despavoridas. Sorteó los árboles que se interponían en su camino y salió a la carretera principal. La vio correr hacia él como un espectro caminando por el fino velo de la muerte. El corazón se le

partió en mil pedazos al ver que los nazis la habían marcado físicamente como hicieron con él. La llamó con todas sus fuerzas para que lo viera e infundirle valor para que siguiera corriendo sin mirar atrás. Y sucedió sin más, sus miradas se reconocieron y se acariciaron a pesar de que la muerte los rodeaba. No importaba, el amor era más fuerte. Lo único que él deseaba era reunirse en sus brazos.

Estaban a unos segundos de tocarse, a un instante de besarse, a un momento de rodearse con los brazos. Sin embargo, uno de los alemanes estaba a punto de estropearlo todo. Gabriel vio al nazi clavar la rodilla en el suelo para hacer un disparo certero, iba a matarla. El corazón le bombeó muy deprisa y dos columnas de humo negro se formaron en su espalda hasta convertirse en dos alas negras enormes que taparon el ocaso del atardecer. Las desplegó en todo su esplendor y se impulsó para coger más velocidad. El alemán, asombrado, dejó el arma y salió corriendo, gritando que Lucifer había regresado del infierno para castigarlos por sus pecados, pero el otro, a pesar del miedo, alzó el brazo y disparó contra la chica. La bala salió despedida cortando el viento y directa al corazón de Alexandra. Gabriel se interpuso en su trayectoria y recibió el impacto. El alemán vio cómo el cuerpo de aquel ser expulsaba la bala y cómo, sin explicación racional, la herida se cerraba.

El cuervo judío se lanzó sin piedad hacia él rebanándole el cuello con la punta de su ala derecha. Este cayó al suelo con la mirada aterrorizada, haciendo presión en la herida y sin más la vida se le fue en un suspiro. Miró al frente con la mirada oscura y vio a los oficiales de las SS y a los *kapos* mirarlo aterrorizados.

—¡Gabriel! —gritó Alexandra a su espalda.

—¡Detente! —ordenó, estaba en un estado de absoluta furia—. No te muevas —exclamó sin mirarla.

Avanzó a paso ligero hacia los nazis. Estos comenzaron a dispararle, pero las balas le hacían cosquillas. No se puede matar lo que está muerto. Desplegó bien sus alas para que las viesen bien y fueran lo último que contemplaran antes de partir al infierno. Llegó hasta un oficial que se había quedado petrificado por el miedo y le arrebató el arma; le pegó un tiro en la cabeza sin un atisbo de humanidad o piedad. Hizo lo mismo con los demás mientras

intentaban escapar. Los abatió a todos delante de los presos que lo observaban con admiración y estupor.

—Sois libres, marchaos.

No dijeron nada. Algunos susurraron un tímido «gracias», otros hablaban de un ángel, de un salvador del pueblo judío. A partir de entonces los años pasarían y la historia del ángel salvador se convertiría en leyenda, en un símbolo para toda aquella gente que lo vio y lo vivió en primera persona.

Gabriel miró sus manos manchadas de sangre. En ese instante aceptó su naturaleza y tuvo claro su final con Alexandra; ella merecía tener una vida humana. No sintió lástima por las vidas alemanas que había arrebatado, había sido un ajuste de cuentas. Notó la presencia de la mujer que amaba a su espalda y se giró para mirarla, sonrió al verla. Caminó hacia ella como lo que era, un ser sobrenatural. A escasos diez centímetros se detuvo, no estaba seguro de que ella quisiera abrazarlo después de lo que había presenciado. Alexandra vio miedo y duda en su mirada.

—Gabriel, siempre serás la oscuridad y la luz de mi corazón... Te quiero...

Él también la amaba y escuchar esas dos palabras llenas de amor en sus ojos apagados por la guerra hizo que acortara la distancia y le diera un abrazo. Volvían a estar juntos y lo único que se interponía en su felicidad era el castigo de la inmortalidad.

—Lo siento, lo siento mucho —expresó derramando lágrimas—. Las cosas se complicaron, pero nunca perdí la esperanza de encontrarte con vida.

—Sabía que mi camino se volvería a cruzar contigo, lo he deseado cada día con todas mis fuerzas. No vuelvas a abandonarme, no te atrevas. — Se apoyó en su pecho a la vez que repetía una y otra vez la última frase.

Algo en su interior se rompió, pues no podía prometerle tener una vida mortal a su lado. Ella debía vivir y no permitiría que se convirtiera en algo similar a él para estar juntos. Su tiempo en la tierra como mortal no se había acabado.

—Tenemos que marcharnos.

Gabriel la cogió en brazos y alzó el vuelo con ella, surcando el cielo y disfrutando de una apuesta de sol única. Alexandra apoyó la cabeza en su

pecho y se dejó acariciar por los latidos de su corazón.

Al cabo de una hora, tras disfrutar de un momento de intimidad, llegaron a la casa en ruinas donde dormía David. Ella se alegró de verlo con vida y le dio un tierno abrazo para reconfortarlo. Gabriel no habló, solo los observó. Los instó a subir al vehículo para llegar a su destino, viajarían de noche para que su manto los protegiese de los posibles peligros. Hicieron el viaje en silencio, los dos habían pasado por mucho y necesitaban descansar y dormir. Al alba llegaron a la finca de Henry, la casa que se alzaba majestuosa y ostentosa.

El motor de un coche despertó y alertó a Henry, cogió la pistola que guardaba debajo de la almohada, descendió las escaleras del segundo piso y escondido detrás de una ventana se preparó para disparar. Cuando vio a Gabriel una sonrisa de alegría se dibujó en su cara. Lo había conseguido. Abrió la puerta de entrada riendo de felicidad. No dudó ni un segundo en abrazar a su amigo.

—Lo has conseguido, has venido. Eso significa que encontraste mi nota, ¿cierto? —preguntó emocionado.

—Sí, la encontré —exclamó sacándola del bolsillo—. Ayúdame a bajarlos del coche, están exhaustos, han sufrido mucho.

Henry ayudó a David a entrar en la casa y lo acompañó a una de las habitaciones de invitados, lo dejó durmiendo y avisó a la enfermera que vivía con él tras rescatarla en una de sus incursiones, era polaca y se había enamorado locamente de ella. Gabriel vio adoración en sus ojos al dirigirse a ella y se alegró por su amigo.

—No me habías contado que tenías mujer —mencionó Gabriel poniendo colorado a su amigo.

—No es mi mujer, nos estamos conociendo más... íntimamente. —Nunca le había gustado hablar de sus sentimientos en voz alta.

—A primera vista se la ve una mujer maravillosa, tienes suerte. Me alegro de que la guerra traiga consigo algo más que muerte.

—Ella es mi ángel, se llama Irena Sendler y es una heroína para el pueblo judío. Aún sabiendo que la muerte la aguardaba en cada esquina, salvó miles de niños condenados a perecer en el holocausto. Hay algo más grande que la

guerra no ha destruido y es la bondad de personas extraordinarias como ella.
—explicó admirando el valor de la enfermera.

Caminaron hasta la cocina donde les esperaba una botella de vodka para compartir una buena charla entre amigos.

—¿Cómo está Alexandra? —preguntó sirviéndole un trago en la cocina.

—La he dejado durmiendo, está agotada —exclamó dando vueltas al líquido en el vaso—. Henry, tengo que pedirte un último favor; cuida de ella. Partiré al alba, la guerra sigue en el corazón de Alemania y tengo que encontrar el escondite de Hitler. Ha de morir.

—Es necesario, los alemanes necesitamos limpiar nuestro nombre y país. No todos pensamos como él. ¿Cómo un hombre puede infundir tanto miedo y respeto? ¿Cómo la ideología de un solo ser ha podido generar tanto dolor?

—No se aleja mucho de Lucifer, el príncipe de las tinieblas. Hasta el ser más insignificante puede cambiar el curso del mundo y la historia.

—¿Qué eres, Gabriel? —preguntó lo que tanto anhelaba saber.

—El heraldo de la muerte, mitad hombre, mitad cuervo. Un ser oscuro que representa la memoria y el olvido, el centinela entre la vida y la muerte, el que guarda sus puertas, un guía de almas que las acompaña al otro lado. El protector del destino del mundo. No soy un héroe, solo un hombre que sufrió y pereció como millones de personas a manos de los nazis.

—Era de esperar que después de albergar tanta muerte en Birkenau surgiera un ser como tú; es increíble y a la vez desconcertante —dijo bebiendo de su copa—. No vas a volver, ¿verdad? No volverás a buscarla —afirmó con pesar.

—No puedo darle una vida humana. Prométeme que cuidarás de ella. —Lo observó rogando con la mirada para que aceptara.

—La ayudaré a recuperar su vida, te doy mi palabra.

Gabriel le dio un último abrazo a Henry, jamás lo olvidaría. Antes de irse subió a contemplar por última vez a Alexandra, sabía que estaba dormida y la partida sería más fácil, pero igual de dolorosa. Al llegar a su habitación se sorprendió al verla de pie frente a un espejo, mirándose en él con la mirada perdida. Se acercó por detrás y la abrazó depositando los labios en el hueco de su cuello, echaría de menos su olor particular. Ella le sonrió a través del

reflejo y al ver su mirada bañada en lágrimas supo que algo iba mal.

—He de irme, Alexandra. Tengo que terminar esta guerra.

—Lo sé, pero volverás a por mí... Dime que lo harás... —Su cuerpo tembló por el llanto al ver que él no respondía a su suplica—. Gabriel, te quiero...

—Nunca amaré a ninguna mujer que no seas tú, mi corazón te pertenece... —Cerró los ojos intentando ser fuerte—. Alexandra, ellos te lo quitaron todo menos una cosa. —Le tocó el vientre—. Engendrar vida, tienes el derecho de vivir una vida humana y de que tu apellido no muera.

—No podré amar a otro hombre, no puedo vivir sin ti, no quiero...

—No lo permitiré. David es un buen hombre que puede darte lo que anhelas, él cuidará de ti y tendrás lo que siempre has soñado: una familia y un apellido que perdure con las generaciones venideras. Prométeme que vivirás, que no harás ninguna locura.

—No puedes pedirme algo así, no lo soportaré, no podré...

—Lo harás, yo siempre estaré cerca, aquí. —Señaló su corazón—. Siempre te amaré, y tal vez volveremos a encontrarnos.

—El destino quiso que me enamorara de un cuervo, y te juro que volveré a encontrarte. No me olvides...

—No podría hacerlo... Lo que siento por ti es más que un capricho, es una sinrazón que me devora el alma. Nuestra historia no muere aquí, acaba de empezar.

Alexandra se giró y enterró la cara en el pecho de Gabriel dando rienda suelta al llanto. Estaba siendo muy doloroso decir adiós al amor de su vida, pero sabía que tenía razón. Él jamás podría darle lo que juró el día que mataron a su familia, su apellido debía sobrevivir al holocausto. Lo miró por última vez y lo besó con pasión, sería un beso que recordaría todos los días de su vida mortal.

El dormitorio se quedó helado, sintió un vacío en el pecho y soledad, Gabriel se había marchado. Abrió los ojos y encontró la habitación vacía; a sus pies vio la estrella judía de plata que le había regalado su padre y que había perdido en Oswiecim. Entre lágrimas de dolor susurró: «Hasta pronto, mi amor».



X

30 de abril de 1945.

La guerra contra los alemanes se había concentrado en el corazón de Alemania, el final de esta contienda bélica estaba a punto de acabar. La resistencia alemana, a pesar de saber que había perdido la guerra, seguía resistiendo en las calles de la ciudad.

Gabriel llevaba varios meses buscando el paradero de Hitler, pero no había tenido éxito en su búsqueda. Había luchado codo a codo con los aliados para intentar hallar al demonio con piel de cordero. Todas las noches su cuervo sobrevolaba las ruinas de la ciudad buscando al hombre que provocó el caos en el mundo. Era inútil. Su desesperación se hacía evidente en el semblante, se sentía un fracasado.

A medianoche el silencio reinó en la calle; se permitió un breve descanso para pensar en Alexandra, la echaba tanto de menos. Se sentía perdido, no sabía qué hacer y este último enfrentamiento se estaba llevando demasiadas almas inocentes. Se internó en la protección de la oscuridad para pensar y repasar toda la información que tenía en su poder, había buscado en todos los lugares posibles donde se podía encontrar Hitler. Había sido una pérdida de tiempo, pues todo se basaba en rumores. Sacó un cigarrillo y le dio una calada apoyado en una pared derruida mientras disfrutaba de la soledad, pero esta quedó interrumpida.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Lilit saliendo de las sombras como por arte de magia con su característico abrigo rojo.

—Dijiste que no podías intervenir en el destino, ¿qué te trae por aquí? —exclamó soltando el humo.

—Es cierto, pero te veo perdido. No obstante, aunque el sendero está escrito el final siempre es una página en blanco. En nuestra mano está elegir nuestro destino. Creo que todavía no has abrazado tu naturaleza por completo. Lo que buscas está en ti, deja la puerta abierta y ellos te llevarán hasta él. Lo has enfocado mal, solo has de preguntar.

—¿Qué quieres decir? —Tiró el cigarrillo al suelo y la siguió; Lilit se internó en la oscuridad, desapareciendo.

Se quedó pensativo, dándole vueltas a aquella pregunta, estaba tan absorto que no se dio cuenta de la llegada del cuervo; hasta que este se posó en su hombro y graznó. Gabriel no contestó y siguió reflexionando en las palabras de Lilit que no llegaba a comprender. ¿A qué puertas se refería? Miró a su alma, buscando algún significado a esa extraña conversación. Y ocurrió sin más: el cuervo le mostró una puerta abierta entre la vida y la muerte.

—Soy la muerte y la vida, estoy en el paso, justo en el fino velo acompañando a las almas perdidas... ¡Cómo no me he dado cuenta!

El cuervo se fundió en su pecho y cerró los ojos concentrándose en lo que quería ver, abrazando su parte sobrenatural. Al abrirlos vio el mundo con otros ojos. Esas almas siempre habían estado ahí, esperando a que él las guiara al otro lado, cosa que había hecho durante meses. Sin embargo, antes de abandonar la tierra tal como la conocían en vida podían ayudarle.

Comenzó a caminar sin rumbo, buscando a los fantasmas de la guerra y no tardó en hallar a una mujer en mitad de la calle, perdida y desesperada. Aquel espíritu no entendía qué había pasado, no sabía que estaba muerta.

—Buenas noches, señora. ¿Puede indicarme lo que busco? —Gabriel la miró con intensidad dándole la paz que anhelaba y haciéndola comprender lo sucedido. Esta señaló con el dedo y sonrió—. Deme la mano y todo habrá acabado.

El cuerpo del judío se iluminó un segundo, acababa de ayudar a cruzar al espíritu de aquella pobre mujer. Siguió sus indicaciones sin perder tiempo. Cuando llegó a una intersección con varios caminos esperó paciente mirando a su alrededor, varias almas llegaban desde todos los rincones de la ciudad como si hubiesen escuchado su llamada y fue preguntando a cada una. A cambio, dejó la puerta abierta para que todas ellas cruzaran. Tras horas

recorriendo Berlín llegó a la residencia de Hitler, el búnker de la Cancillería. Había estado todo el tiempo ante sus ojos y no lo había visto.

Escondido entre los matorrales del jardín esperó paciente, había visto salir a varios hombres del búnker. Se presentaría ante él como lo que era, el heraldo de la muerte. Desplegó sus alas y saltó al cielo nocturno, sobrevoló la zona. Después, descendió hasta posarse en el tejado, se sentó y llamó al cuervo.

—Serás mis ojos en esta noche de tinieblas, ve y observa.

El animal se internó por una de las ventanas abiertas sin hacer ruido y se posó encima de una librería de caoba. Gabriel vio a Hitler y a su mujer Eva sonriendo como dos enamorados, planeando escapar bajo otras identidades, todo estaba previsto. Inmediatamente se metió en la mente del Canciller descubriendo sus planes; tenía pensado quemar a un matrimonio judío vivo con gasolina para que el mundo creyese que se había suicidado antes de entregarse a las fuerzas vencedoras. El muy cobarde planeaba escapar a Argentina y vivir su vida bajo otro aspecto y otra identidad y así disfrutar de su reciente enlace. Gabriel no lo iba a permitir, lo castigaría tomando prestado el papel del diablo.

El judío saltó y se dirigió al despacho del canciller. La ventana estaba entornada; con mucho cuidado la abrió y pasó sin ser invitado. Debajo de un gran cuadro de Federico el Grande estaban dos personas atadas a una silla y amordazadas, iban a ser dos almas condenadas para los fines psicópatas de Hitler. Avanzó rápido, tenía poco tiempo. Los liberó y los ayudó a salir del búnker por la ventana. Fuera no había nadie, estaba todo tranquilo, solo unas pocas personas fieles al servicio del canciller seguían a su lado.

Escuchó pasos en el pasillo, estaba a punto de empezar la función de la muerte, iba a ser la mejor interpretación del siglo. Tomó asiento en el mismo sillón donde Hitler había puesto en marcha muchos de sus planes macabros, lo esperaba en todo su esplendor llenando el habitáculo con sus grandes alas negras. El pomo de la puerta giró y varias personas entraron. Eva le dio al interruptor para encender la luz del despacho, pero no funcionaba.

—Buenas noches, canciller. Llevo mucho tiempo esperando este momento —exclamó Gabriel con la voz ronca y oscura.

El demonio de aspecto ridículo se giró para enfrentarse a esa voz de ultratumba; sin embargo, fue el chillido de Eva lo que le sobresaltó. Ella ya lo había visto desde su posición, pero Hitler tuvo que dar tres pasos hasta el claro de luna que se reflejaba en el interior del despacho para ver de quién se trataba. Sus hombres de confianza, Heinz Linge y Otto Günsche, dieron dos pasos atrás asustados, aterrorizados, no podían comprender en su cabeza lo que estaban contemplando. Hitler no se inmutó, solo lo miró fascinado.

Los que acompañaban al canciller sacaron la pistola; las balas volaron a cámara lenta cortando el oxígeno de la habitación e impactando contra la carne de Gabriel. Por más que vaciaron sus cargadores no pudieron matarle.

—Interesante, ¿qué eres? ¿Un arcángel que ha venido a recompensarme por mi labor en la tierra? —preguntó con una sonrisa siniestra.

—Nunca dejas de sorprenderme Adolf, eres un vanidoso, egoísta y un ser despreciable —comentó Gabriel con tranquilidad caminando hacia él. Se detuvo a una distancia prudente para tener controlado a todo el grupo—. No, no soy un arcángel. Soy el heraldo de la muerte, un cuervo. Y he venido a llevarme vuestras almas al infierno, pero primero vamos a hablar.

Gabriel sacó del bolsillo del pantalón un revólver, abrió la recámara y le añadió dos balas. Rodeó a Adolf y se detuvo al lado de sus hombres de confianza ofreciéndoles el arma. Ambos negaron con la cabeza. Este, al ver el miedo en sus miradas, tuvo un momento de compasión, no podía permitirselo porque no se lo merecían, pero no quería ser ni juez ni verdugo.

—Coged el revólver, está cargado con dos balas. No me ofendáis y apretad el gatillo. Si el destino quiere que viváis os perdonaré la vida.

El primero fue Otto, se colocó el revólver en la sien y bajo mucha presión apretó el gatillo. Vacío. Al ver que se había salvado se puso a llorar dejando salir toda la desesperación que sentía en su pecho. Heinz hizo lo mismo, tuvo la misma suerte; tanto fue su alegría por la vida que se abrazó a Otto, que seguía llorando.

—Sois libres, podéis abandonar la estancia —dijo Gabriel invitándolos a salir. Un trato era un trato.

Estos dos no se lo pensaron y se dirigieron a la salida con el corazón todavía bombeándoles a toda velocidad. Pero justo cuando iban a abrir la

puerta, Eva sacó la pistola Walther PPK y disparó acabando con ambos. Gabriel la miró estupefacto, se lo hubiese esperado de Hitler, pero no de Eva. Vio el mal en ella y el veneno que desprendía su mirada.

—Nadie traiciona a mi esposo, nadie.

Acortó la distancia que le separaba de Adolf y lo besó con desesperación. Se apartó un instante para contemplar su rostro mientras que con la mano acariciaba su mejilla. Sonrió derramando una lágrima y, sorprendiendo a su esposo, sacó del bolsillo del vestido un frasco; cianuro. Treinta segundos después convulsionaba echando espuma por la boca en los brazos del amor de su vida. El canciller la llamó con dolor en su voz y semblante, Gabriel vio al demonio amar de verdad. Hitler la abrazó contra su pecho y lloró mientras la mecía entre sus brazos. El cuervo le dio unos minutos de duelo, no se alegraba de esa clase de dolor, más al imaginar que podía ser su Alexandra. Entendió que el amor se muestra de muchas maneras y a veces, solo a veces, era muy retorcido.

—Estaba escrito que esta noche perdiera a mi amor. Todo tiene un precio muy alto en este mundo, si siembras muerte recogerás lo mismo.

—¿Qué esperabas? ¡Ser Dios! ¡Hacerte el dueño de la humanidad a base de castigo y destrucción! ¿Robarle el puesto a Lucifer? ¿Qué esperabas? —vociferó alzando las alas.

—Solo quería un mundo mejor, uno más perfecto. Una vez soñé que la humanidad era igual, de una sola raza y la maldad y las guerras se acabarían, porque todos seríamos iguales. ¡Él lo dijo! —Señaló al cielo—. A su imagen y semejanza, pero no fue así, el color de nuestra piel y nuestras ideologías nos hacían distintos.

—Durante unos años tuviste el destino de muchas personas en tus manos; tú eras la hilandera de sus vidas y cortaste cada hilo sin piedad. La obsesión te precipitó y la caída ha sido brutal. Eres una manzana podrida en este jardín.

—¡Hazlo ya! ¡Mátame! —gritó cayendo de rodillas al suelo. Las lágrimas resbalaron libres por su rostro. Por un momento vio humanidad en su mirada, pero era demasiado tarde para perdonarle la vida.

—Yo solo soy el mensajero —exclamó arrodillándose a su altura, después miró por encima de su hombro; Adolf siguió la trayectoria de su mirada y

abrió tanto los ojos que creyó que se le iban a salir de las órbitas.

Gabriel se levantó y caminó despacio hasta el gran ventanal, se quedó ahí mirando a la luna, pensando en Alexandra. Su alma, el cuervo, se le posó en el hombro y estuvo quieto ignorando los gritos de horror que surgían de la garganta de Hitler. Millones de almas de la guerra devoraban la suya haciéndole sentir todas las atrocidades que habían vivido en sus propias carnes por la ideología de un único hombre. Su mal se había extendido en la mentalidad de muchas personas y Gabriel, sabedor de que nunca se extirpaba del todo un cáncer, se lamentó. Era conocedor de que al tiempo podía resurgir de nuevo y más fuerte.

Todo se quedó en silencio; se dio la vuelta y vio el cuerpo sin vida de Hitler. Cerró los ojos y respiró con fuerza, ahora tocaba extender el rumor por toda Alemania y parar esa absurda guerra. Hizo un último acto de buena voluntad que nunca contaría a nadie: dejó el cuerpo de Eva y de Adolf abrazados en la entrada principal del búnker. Hizo lo mismo que tenía pensando el canciller con los judíos que pretendía sacrificar. La rabia y la ira recorrieron su cuerpo y se concentraron en sus dedos negros como el carbón. Descubrió uno de sus poderes: el fuego. Llameantes como el propio infierno los utilizó para incendiar los cuerpos. Con ello pondría fin al legado de Hitler. El ejército rojo encontraría los cuerpos y se los llevaría, verificando a los aliados su muerte. Aquello se convirtió en secreto de estado y jamás se conocería el paradero de los restos de Hitler.

La noticia corrió como la pólvora por todo el mundo. La guerra acabó el 8 de mayo de 1945. Las calles se llenaron de alegría mezclada con tristeza. Ahora tocaba un período de decadencia y de recuperar lo que muchos perdieron en el camino: la humanidad. Vendrían años difíciles, pero el tiempo lo solucionaba y curaba casi todo. Gabriel se sentía vacío, ni siquiera la muerte de Hitler había llenado ese hueco en el pecho desolado. Decidió desaparecer durante un tiempo y evadirse de ese mundo de locos llamado tierra. Necesitaba aclararse, encontrarse y perdonarse.

Dos años después.

El día amaneció soleado. Alexandra se despertó al lado de su esposo, David. Se quedó un instante mirándolo fijamente, era un buen hombre que había cuidado de ella desde que Gabriel se marchó para siempre. Cerró los ojos y tocó la estrella de David que llevaba en una cadena de plata al cuello, jamás podría olvidar al amor de su vida. Se levantó sin hacer ruido, últimamente se sentía muy pesada, pues estaba en cinta. Tocó su abultada barriga y se vistió, faltaban unas semanas para que naciera el bebé y debía despedirse de él para concentrarse en su hijo y darle una vida llena de felicidad sin malos recuerdos del pasado.

La casa de Henry estaba en silencio, llevaban viviendo con él desde que Gabriel los hubiera dejado a ambos ahí. En pocos días partirían al corazón de Berlín para asentarse en un nuevo hogar; David había trabajado duro para conseguir aquella propiedad y empezar de cero.

Los primeros rayos de luz se dibujaban en el horizonte, caminó ensimismada en sus pensamientos hasta el viejo roble de la finca. Ahí se hallaba un viejo piano que había colocado Henry para Alexandra; él sabía que le encantaba tocar al aire libre. Se sentó y posó sus finos dedos en las teclas del piano, tocaría *Nocturne* una última vez para él, para el amor que se fue dejando su corazón desolado. Comenzó a tocar con las lágrimas de público y los sentimientos a flor de piel. Al acabar se quitó el colgante y lo dejó encima del piano, junto a una manzana roja que significaba mucho para ella, esa fruta había sido su pecado como en la biblia. Había probado el amor verdadero y el destino la había condenado a vagar sin amor hasta el día de su muerte.

Se levantó limpiándose las lágrimas, no quería que David la viese de aquella manera, se había prometido a sí misma vivir una vida humana hasta el final. Su bebé la necesitaba. Caminó hacia la casa cuando, de pronto, sintió a su espalda una brisa y un aroma muy particular, su corazón estalló de emoción y al girarse no vio a nadie; la decepción regresó a su mirada. Por un momento creyó que la imaginación le había jugado una mala pasada, pero algo inesperado llamó su atención. Corrió al piano y vio que no estaba la estrella de David y alguien le había dado un mordisco a la manzana. Entonces lo supo, Gabriel había acudido a la despedida.

—No me olvides, mi amor. Espérame donde muere la vida, volveremos a

estar juntos de nuevo.

Segunda Parte

Entrevista



En la actualidad.

Christopher lo miraba con la boca abierta; estuvo absorto durante toda la historia que le había contado, era difícil de creer. Le miró el pecho esperando ver al cuervo. Gabriel sonrió intuyendo lo que quería: tener pruebas de aquella extraordinaria versión de los hechos, así que le concedió el deseo de ver a su alma. Desabrochó los botones de la camisa y la abrió para mostrarle al cuervo que dormía en su pecho. Al principio pensó que se trataba de un tatuaje, pero pronto comprobó que Gabriel decía la verdad, no le había mentado. Aquel dibujo que parecía haberlo realizado un maestro del pincel se movió en su piel asombrando a Christopher.

—¿Qué hay de las alas? —exclamó sin pensar en su petición.

—No pensarás que voy a desplegarlas ante el público, la gente podría asustarse. —Miró a su alrededor divertido.

—Es cierto, ha sido una estupidez. Aunque te confesaré que deseo verlas para completar todos los detalles de tu historia, pero te creo, cada palabra. —Retorcó sus manos un tanto nervioso.

—Gracias, no esperaba menos después de mostrarme ante ti tal como soy.

—Entenderás que no pueda contar toda la historia, pensarían que estoy loco y lo más lógico será escribir un artículo sobre tu cautiverio en Birkenau. Los detalles que das son abrumadores y el mundo ha de saber más, para que recuerden, no olviden y evitar que vuelva a suceder algo así —confesó haciéndole comprender sus motivos.

—Tranquilo, daba por hecho que lo enfocarías de esa manera. —Gabriel se abotonó la camisa.

—Tengo varias preguntas, espero que resuelvas mis dudas —habló nervioso, necesitaba saber más sobre el tema.

—De acuerdo, intentaré complacerte.

—Tu versión de Henry Heber... —Abrió la boca para seguir, pero no sabía cómo plantearlo.

—Sí, es tu abuelo. Por ese motivo te elegí. Llevo observando a tu familia desde hace mucho tiempo y cuando vi que ibas a estudiar periodismo esperé paciente a que te sacaras la carrera y trabajaras en un periódico. Henry era alemán, pero fue una pieza clave en esta guerra, un héroe que merece ser reconocido. Como él siempre decía: no todos compartimos la misma ideología —explicó recordando a su viejo amigo.

—Mi abuelo fue una persona extraordinaria toda su vida, no puedo decir lo mismo de mi padre. —Pensó en lo egoísta que había sido su progenitor y en cómo había gastado cada céntimo de la familia con sus vicios—. Todavía no puedo creer que tenga delante al hombre que mató a Hitler.

—No lo maté, fue su propia avaricia —puntualizó.

—Sí, es cierto. ¿Qué pasó con Alexandra? —Tenía curiosidad.

—Se casó con David y tuvieron un matrimonio feliz que duró diez años; él murió de cáncer. Aquella unión creó vida y nació Gabriela, fue la única hija que tuvieron y Alexandra no volvió a casarse. El apellido Leibowitz no pereció en la guerra, sobrevivió con su hija y su cuervo la visitó cada noche esperando su final.

—¿Vienes de su funeral?

—Sí. Su nieta Ruth y su hija han preparado una bonita despedida para Alexandra...

Recordando el funeral

Gabriel entró en la funeraria para despedirse del amor de su vida, no había pasado un solo día en que no la echara de menos. Caminó hasta el centro de la sala donde yacía su bella durmiente tan hermosa como el primer día. A pesar de los años y de su piel envejecida seguía siendo la misma mujer de la que se enamoró.

Sonrió al verla de nuevo, habían pasado muchos años desde la última vez y ese sentimiento de pasión seguía tan vivo como el primer día. Se quitó el guante y con ternura le acarició la mejilla; era tan suave al tacto y a la vez reconfortante.

—Siempre te he amado, Alexandra.

Depositó un beso en su frente como despedida, se había enterado de que la familia la iba a enterrar; Gabriel creyó que ese deseo había sido la última voluntad de su amada. A pesar de que deseaba que la quemasen para que resurgiera de las cenizas, no podía hacer nada salvo respetar su decisión. Tal vez Alexandra se había cansado de vivir, y prefería morir llevándose el recuerdo de su amor. Cerró los ojos y se marchó con una punzada de dolor en el pecho. Justo cuando iba a salir por la puerta una mujer joven lo detuvo.

—Hola, mi nombre es Ruth. Ella dijo que vendría, es tal como lo describió —exclamó la muchacha con una amplia sonrisa.

—¿Nos conocemos? —preguntó para disimular que ya la conocía. Durante años había observado a la familia de Alexandra desde la distancia.

—No, claro que no. ¡Qué estúpida! No me he presentado debidamente, soy la nieta de Alexandra. Es un placer conocerte, Gabriel. —Estrechó la mano de este, que seguía haciéndose el sorprendido.

—¿Cómo sabe mi nombre? —Aunque intuía la respuesta, estaba un poco perdido con aquella inesperada conversación.

—Mi abuela me contó su historia, también a mi madre, pero jamás le creyó. Pensaba que estaba delirando por la edad, pero yo vi desde muy pequeña al cuervo posado en el alfeizar de su ventana. Le he visto los dedos al

acariciarla, son como los de ella, veo sus ojos extraños tan característicos como los de mi abuela y lo más importante, tiene la cruz de David de la familia. Son muchas coincidencias, ¿no cree?

—Es usted una joven muy avispada. ¿Qué quiere de mí?

—Que cumpla la última voluntad de mi abuela. —Le entregó una carta—. La escribió hace años y me pidió que cumpliera su palabra. Entenderá que la tengamos que enterrar; mi madre necesita un lugar donde ir a llorarla, aunque esté vacío.

Gabriel seguía un poco perdido y abrió la carta para disipar aquellas dudas que traían de alguna forma esperanza. Leyó cada palabra aguantando las lágrimas; esa carta iba dirigida a él.

—¿Van a sepultar un ataúd vacío?

—Sí, son las ventajas de dirigir una funeraria. Nadie sospechará nada. Quemaré el cadáver de mi abuela en los hornos y dejaré la urna de las cenizas en la mesita de noche de su dormitorio. Esta es la dirección de nuestra casa. —Le dio un trozo de papel con la dirección.

—No hará falta, sé dónde vivía. Siempre la observé desde la distancia, no quise intervenir en su vida humana, era lo mejor para ambos.

—Entiendo. —Abrazó a Gabriel con cariño y este le devolvió el gesto—. Mi abuela nunca dejó de amarle. Tener una vida humana fue una condena para ella, pero que cumplió con orgullo por la recompensa de tener una familia que llevara su apellido.

—Lo sé, gracias Ruth. Te pareces mucho a ella, eres igual de tenaz, valiente y soñadora.

—Una última cosa, dígame de mi parte que venga a verme cuando esté preparada. No quiero decirle adiós nunca, solo hasta pronto.

—Lo haré, te doy mi palabra.

Entrevista

—Gabriel, ¿estás ahí? —preguntó Christopher al ver que se había ido a otro lugar.

—Sí, lo siento. ¿Qué decías?

—Hay una pieza en toda esta historia que queda en el aire sin aclaración, ¿qué pasó con Mengele?

—Escapó y el muy perro tuvo una vida hasta 1979. Lo perseguí durante años, buscando su paradero y lo encontré en Sao Paulo paseando por una hermosa playa. El ángel de la muerte tuvo un gran final épico. Se dio un baño en el mar como era habitual en él, pero bajo las aguas se escondía un depredador aún mayor: yo. Al sumergirse en las profundas aguas me mostré ante él y le destrocé la mente para que sintiera el dolor de sus víctimas. Murió por muerte súbita.

—Espeluznante ese poder tuyo...

Gabriel miró la hora, se estaba haciendo tarde y debía ir a buscar las cenizas de Alexandra, no podía demorarse más. Se levantó en un gesto de despedirse, pero Christopher le detuvo con una última pregunta.

—Espera un momento, ¿mereció la pena convertirse en un cuervo?

—No lo sé, lo único que puedo decirte es que el Cuervo cambió el curso de la historia y evitó el olvido. Ese siempre ha sido mi propósito, que la humanidad no olvide y recuerde que el peor enemigo del hombre es él mismo. Ahora tengo que atender otros asuntos. Gracias por tu tiempo, Christopher, y espero que utilices adecuadamente toda esta información para tu artículo, tal vez nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

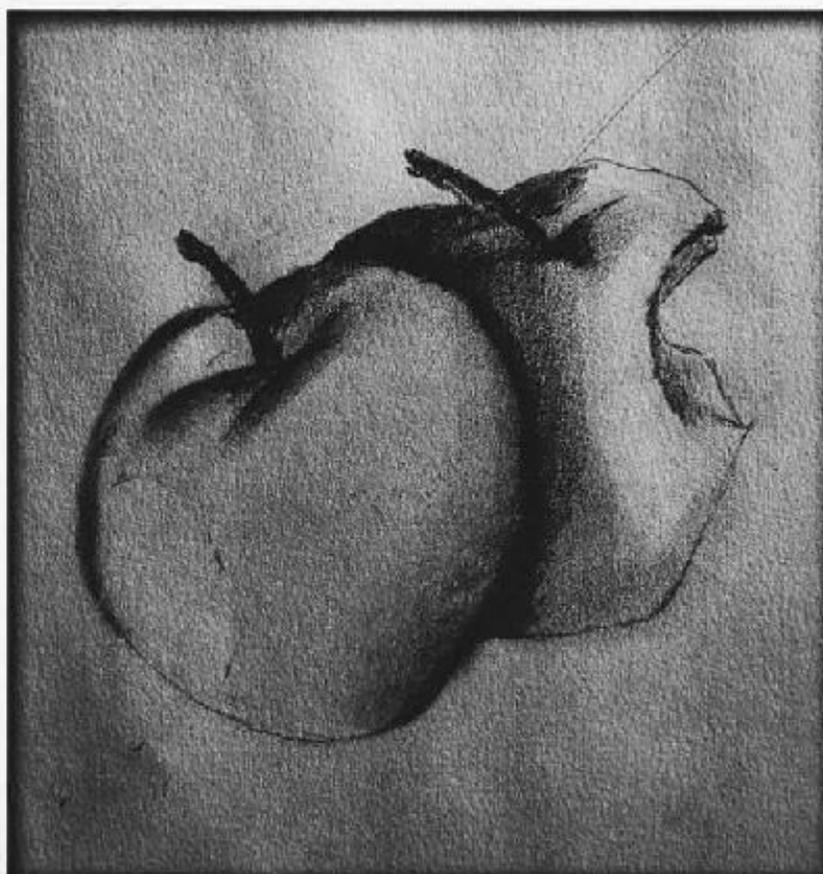
—Gracias por elegirme y por honrar la memoria de mi abuelo. Fue un gran hombre a pesar de estar en el bando equivocado.

—Henry fue un gran hombre. No se trata del uniforme que lleves, sino de tu propia ética y de las decisiones que tomes. El ser humano es un libro sin final escrito, de nosotros depende darle sentido a esa historia con un buen o mal final. Son nuestros actos los que determinan el camino a elegir. Aunque... pude ver la verdadera naturaleza del ser humano y eso me sigue aterrando; el hombre alberga en su interior oscuridad.

Gabriel abandonó la cafetería con una sensación de bienestar en el pecho, se había quitado un gran peso de encima. Desahogarse con el nieto de Henry le había dado algo de paz a su atormentada alma.

Epílogo

MANZANAS ROJAS



En la Piel del Cuervo

A medianoche, la luna iluminaba el jardín desolado por el paso de los años; la luz se reflejaba en la fruta prohibida del Edén. El viejo manzano había sobrevivido a la guerra y a la edad, levantándose majestuoso en aquel paraje donde antes hubo muerte y destrucción, pero también albergó amor.

Los latidos del corazón se mezclaron con su respiración como ecos en la lejanía. Algo había cambiado, se notaba distinta. Abrió los ojos y lo primero que vio fue a su cuervo posado encima de una manzana roja, mirándola fijamente. Ella le sonrió y lo llamó para que se fundiera en su piel, cerca de su corazón. Miró sus manos y brazos comprobando que era real lo que estaba viviendo, había vuelto a la vida. Observó que su piel, arrugada por la edad, estaba tersa y lisa.

Respiró profundamente, arrodillada, e invocó las alas del cuervo; se sentía completa después de tanto tiempo viviendo entre la vida y la muerte. Miró a su alrededor reconociendo el lugar, aquel jardín pertenecía a la mansión derruida donde había besado por primera vez a Gabriel, le pareció un lugar hermoso para regresar a la vida como un ser sobrenatural.

Se levantó del suelo, desnuda, con sus grandes alas decorándole el cuerpo y haciéndola aún más bella si cabía; vio un reguero de manzanas rojas que conducían al interior de la casa y lo siguió hipnotizada. La vivienda seguía igual, nada había cambiado. Por un segundo pensó que había retrocedido en el tiempo, pero solo era un anhelo, pues su corazón se enamoró del Cuervo aquel día. Detuvo sus pasos al verse reflejada en el cristal de la ventana, su juventud había regresado. Emocionada, se tocó la cara para comprobar que no fuese un espejismo; lloró porque no solo había regresado a una vida que interrumpió en el pasado, sino que parecía que el tiempo se hubiese detenido durante años para que retomara lo que dejó a medias.

Al entrar en la casa caminó despacio buscando algún indicio de Gabriel, pero en cambio halló encima de la chimenea una manzana roja con una nota donde rezaba su nombre y al lado un vestido negro de encaje. Cogió la prenda entre sus brazos y la acercó a su nariz para aspirar el aroma de su amado; olía

a él. No dudó en ponérselo y darle un mordisco a la manzana mientras leía la nota, en ella decía: *Nocturne*. Esa canción representaba muchas cosas en su vida, había sido ilusión, sueños destruidos, amor, pérdida y sacrificio.

En el silencio más absoluto de la noche, el sonido de un piano inundó su alma llenando el vacío de soledad que había sentido durante muchos años. Dejó la manzana, cerró los ojos arrastrando sus alas y dejándose llevar por el sonido más hermoso y melancólico que definía su historia tal como la había vivido. Muchas emociones se agolparon en su alma emocionándola sobremanera; las manos le temblaban y las lágrimas corrían libres mostrando cada uno de los sentimientos hacía Gabriel. Solo una puerta los separaba. Empujó la madera con delicadeza y ahí obtuvo la imagen que tanto había echado de menos: él estaba tocando el piano, exactamente la pieza que ella tanto amaba.

—Gabriel...

El Cuervo dejó de tocar al sentir su voz acariciar su cuerpo. Cerró los ojos preparándose para el reencuentro. Había esperado tanto tiempo que ahora era incapaz de moverse por la emoción del momento.

—Dime que eres real...

—Lo soy, siempre lo he sido.

Gabriel se levantó y se giró para verla, estaba ahí tan hermosa como el primer día que la había conocido, la inmortalidad le había devuelto la juventud. Acortó la distancia y cogió sus manos para luego besarlas. No podía creer que, al final de todo, después de haber sacrificado tanto en la vida estuvieran juntos otra vez. Apoyó la frente en la de ella y sonrió; temblaba por el llanto de alegría, pues no todo en su vida había sido penas. Alexandra posó la mano encima de su pecho tocando a su cuervo y él hizo lo mismo. Aquel gesto significó una unión del ser entre ambos.

—Si espero un minuto más para besarte creo que moriré de amor
—confesó Gabriel hambriento por sus besos.

Alexandra sonrió dulce e inocente y no le hizo esperar más, sus labios se tocaron después de mucho tiempo, creando un *big bang* en sus corazones.

Lilit observaba la escena apoyada en el manzano, mimetizándose con el

frutal a causa de su característico abrigo rojo. A pesar de tanta muerte y horror el amor siempre triunfa ante la adversidad. Ella se preguntaba cómo sería estar enamorada. Mostró una sonrisa amarga. Cada ser albergaba sus propios demonios con los que tenía que lidiar día a día o toda una eternidad. Metió las manos en los bolsillos, estaba empezando a refrescar y caminó dejando atrás la finca. Antes de marcharse dijo al infinito: «Carpe diem, Cuervo».

Fin



Glosario

Los sonderkommandos (literalmente “comandos especiales”) eran unidades de trabajo durante la Alemania nazi que estaban formados por prisioneros judíos, y no judíos, seleccionados para trabajar en las cámaras de gas y en los crematorios en los campos de concentración nazis, durante la Segunda Guerra Mundial.

Auschwitz fue un complejo formado por diversos campos de concentración y exterminio de la Alemania nazi situado en los territorios polacos ocupados durante la Segunda Guerra Mundial. Comprendía Auschwitz I —campo original—, Auschwitz II – Birkenau —campo de concentración y exterminio—, Auschwitz III – Monowitz —campo de trabajo para la IG Farben— y 45 campos satélites más.

Zyklon B era la marca registrada de un pesticida a base de cianuro. Al principio se usó para controlar los parásitos responsables de la extensión de brotes de tifus en los campos de concentración; sin embargo, en 1940, se utilizó sobre 250 niños gitanos en el campo de concentración de Buchenwald para probar el efecto del gas. En 1941 se realizaron experimentos con Zyklon B en Auschwitz I. Ese mismo año, 600 prisioneros de guerra soviéticos fueron gaseados con Zyklon B, siendo esta la primera experimentación con el gas en el campo de Auschwitz.

Rudolf Franz Ferdinand Hoess fue un militar y oficial nazi miembro de las SS y las Waffen-SS con el rango de teniente coronel. Fue comandante del campo de concentración de Auschwitz. Al final de la guerra fue capturado por el bando aliado y condenado. Durante su tiempo en prisión escribió sus memorias. Todos los prisioneros supervivientes afirmaron que era un hombre que administraba con frialdad y sin sentimientos el campo de Auschwitz; él

solo dirigía una “máquina de matar”. Al final de su proceso en Cracovia, el 2 de abril de 1947, Hoess acogió la sentencia de muerte con aparente indiferencia. Fue ahorcado en el antiguo campo de concentración de Auschwitz el 16 de abril de 1947.

Kapos era un término usado para ciertos presos que trabajaron dentro de los campos de concentración nazis durante la Segunda Guerra Mundial en varias posiciones administrativas más bajas. La decisión de la SS de escoger a uno u otro prisionero como *kapo* era táctica, y su objetivo era que las órdenes se transmitieran de la forma más fluida posible y se impusiesen sin escrúpulos. Los *kapos* fueron por ejemplo criminales profesionales, antiguos integrantes de la SA o presos políticos.

Josef Mengele, apodado el ángel de la muerte, fue un médico, antropólogo y oficial alemán de las SS durante la Segunda Guerra Mundial en el campo de concentración de Auschwitz, donde fue miembro destacado de un grupo de médicos responsable de la selección de las víctimas que iban a ser ejecutadas en las cámaras de gas y que realizó experimentos mortales con los prisioneros.

Al final de la guerra, Mengele logró escapar a Argentina bajo una identidad falsa. Murió el 7 de febrero de 1979 de un infarto cerebral mientras nadaba en el mar (costa de Bertioga) y se ahogó.

El río Vístula es uno de los principales ríos de la Europa oriental, el más largo de los que desembocan en el mar Báltico y el más importante de Polonia, por la que discurre íntegramente. El complejo de campos de concentración de Auschwitz se encuentra a orillas del Vístula. Las cenizas de las víctimas asesinadas en Auschwitz fueron arrojadas al río.

Las SS del NSDAP (Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán) fue un grupo de protección para los mítines del partido, así como para la guardia personal (aunque no la única) de Adolf Hitler.

Adolf Hitler fue un político, militar, pintor y escritor alemán, de origen austrohúngaro; canciller imperial desde 1933 y Führer —líder— de Alemania desde 1934 hasta su muerte. Llevó al poder al Partido Nazi, y lideró el régimen totalitario durante el período conocido como Tercer Reich. Además, fue quien dirigió a Alemania durante la Segunda Guerra Mundial con el

propósito principal de cumplir sus planes expansionistas en Europa.

Arthur Liebehenschel fue un oficial nazi que dirigió el campo de concentración de Auschwitz en 1943 al dejar su cargo Rudolf Hoess. Tras la guerra, fue extraditado a Polonia por parte del ejército de Estados Unidos. En 1947, fue condenado a muerte por el Tribunal Supremo del Pueblo y ejecutado en Cracovia.

Oswiecim, en alemán Auschwitz, es una población del sur de Polonia situada a unos 60 km al suroeste de Cracovia. Esta ciudad es conocida principalmente por el campo de concentración de Auschwitz que allí construyó la Alemania nazi.

El bloque 11 de Auschwitz I era la prisión dentro de la prisión, allí se realizaban los castigos. Algunos de ellos consistían en encierros durante varios días en una celda muy pequeña para sentarse, existían cuatro celdas de un metro cuadrado, las cuales llegaban a ser ocupadas hasta por cinco prisioneros a la vez. Otros eran ejecutados, ahorcados o se les dejaba morir de hambre.

Lilit es una figura legendaria del folclore judío, de origen mesopotámico. Se le considera la primera esposa de Adán, anterior a Eva. Según la leyenda, abandonó a Adán para irse del Edén. Nunca hallaron armonía juntos, Lilit se sentía ofendida porque Adán la hacía sentir inferior en el lecho al estar debajo de su cuerpo en la posición sexual. Se le representa con el aspecto de una mujer muy hermosa, a veces alada. Se le dio estas cualidades demoníacas para asustar a los niños judíos.

Ardat procede del mito, se considera Ardat Lili la madre de Lilith. Se dice que las leyendas de Lilith en muchas religiones son una copia calcada del mito de Ardat.

Yakov Vincenko fue un soldado del Ejército Rojo que participó en la liberación de Auschwitz.

Anatoly Shapiro, fue el primer oficial del ejército soviético que entró en el brutal campo de concentración de Auschwitz – Birkenau después de la derrota alemana en la Segunda Guerra Mundial.

Las marchas de la muerte hacen referencia al movimiento forzoso realizado entre el otoño de 1944 y finales de abril de 1945 por la Alemania

nazi, de miles de prisioneros, en su mayoría judíos, desde los campos de concentración alemanes cerca del frente de guerra a los campos al interior de Alemania.

Eva Anna Paula Braun fue una fotógrafa y asistente de oficina alemana. Es conocida por ser la novia y esposa de Adolf Hitler, casados un día antes del suicidio de ambos tras Alemania perder la guerra.

Heinz Linge fue un oficial de las SS, que ejerció como ayuda de cámara y oficial de protocolo del dictador alemán Adolf Hitler. Linge se encontraba presente en el canciller el 30 de abril de 1945, cuando Hitler se suicidó.

Otto Günsche fue un oficial alemán de las SS perteneciente al Begleitkommando SS de Hitler en la función de edecán. Fue el asistente personal de Adolf, siendo, además, testigo de la muerte del líder alemán y el encargado de quemar su cadáver en el búnker de la Cancillería.

Biografía de la Autora

Katy molina nació en Barcelona en 1983, de familia andaluza. Apasionada de la cultura, la historia, las letras y la arqueología. Toda una vida soñando con ser escritora y poder transmitir con su humilde pluma sus creaciones tan diversas. Una mente brillante y delirante, capaz de crear personajes con duende y hacerte sentir parte de la historia.

Su primera obra publicada fue “Red Púrpura”, una novela juvenil, negra y sobrenatural. Más tarde, publicó una antología de sesenta “Relatos Eróticos”, su pluma más perversa y sensual. Sin embargo, no sería hasta la serie “Cruce de Miradas” conocida; se componen de cuatro novelas: Lola, Dana, Diana y Canalla. Son unas comedias románticas y eróticas muy divertidas, sensuales y con pinceladas muy andaluzas.

A finales del año 2016, se atrevió a sacar un nuevo género erótico denominado “Destroyer” que la marcaría como sello propio y único. Utilizó un seudónimo para este género tan polémico y se llamó Katy Infierno. Sacó al mercado “Penélope, la Asesina del Pene”, un thriller policíaco y erótico de principio a fin. Es su novela erótica más Destroyer. No se quedó ahí y creó una novela ochentera al más puro estilo Tarantino: “Sally, dama de la muerte”. Sexo, delirios y rock and roll.

En 2017 Katy Molina seguiría en la aventura de escritora consolidándose como autora de ventas en Amazon. Las novelas que publicó ese año son muy diferentes entre sí, ya que la autora no se conforma con escribir un solo género. Podemos encontrar “El Viaje de Azahara” novela romántica e histórica inspirada en la leyenda de los almendros de Medina Azahara. Tulipán Negro, novela sobrenatural romántica de vampiros y licántropos, escrita en prosa y verso. Publicó una antología “Susúrrame entre las Piernas” que ella misma organizó con compañeros de erótica. Más tarde sacó “Suspiros al Alba”, un libro que se compone de tres novelas cortas eróticas y románticas.

Una de las novelas de éxito del año 2017 fue “Sexo, Orujo y Flamenco” (serie “Las Mujeres González”, hoy en día tres libros publicados). Una comedia romántica andaluza mezclada con drama.

A comienzos del 2018 se atrevió a publicar “Cuervo de Medianoche” un libro lleno de versos libres y reflexiones. Actualmente, sigue en su andadura de escritora creando grandes obras como su último trabajo: Cuervo Judío. Una novela que marcará un antes y un después en la carrera de Katy Molina.

Otras Novelas de la Autora

Serie Cruce de Miradas. Cuatro libros disponibles en Amazon tanto en papel como digital: **Lola, Dana, Diana y Canalla.** Novelas románticas llenas de erotismo salvaje. Una serie de investigación, periodismo, trata de blancas, mafia y grandes historias de amor. Con una nota de humor.

Serie Las Mujeres González. Tres libros disponibles en Amazon tanto en papel como digital: **Sexo, Orujo y Flamenco** (libro uno) **Sal, Tequila y Limón** (libro 2) **Locas, Sexys y Brujas** (libro tres). Novelas de comedia romántica.

Penélope, la asesina del pene. Una novela de pura erótica explícita. Un thriller policiaco muy bizarro en cada palabra. Es una oda al sexo, una obra erótica muy visual y con una trama muy destroy. Publicada bajo el seudónimo: Katy Infierno. Disponible en Amazon tanto en digital como en papel (la búsqueda puede resultar complicada por su contenido explícito. Aconsejo buscarla a través de Google y sale directamente el enlace a Amazon).

Tulipán Negro. Es una novela corta de fantasía sobre vampiros y licántropos. Es un libro juvenil escrito en prosa y verso. La autora nos narra la desconfianza, el miedo, el maltrato, el amor y como una persona puede volver a encontrarse a sí misma en esos sentimientos que creía muertos. Disponible en Amazon tanto en papel como en digital.

Sally, dama de la muerte. Es una novela publicada bajo el seudónimo Katy Infierno. Una historia muy ochentera sobrenatural y un homenaje al estilo Tarantino. Una novela muy visual, y original. La trama trata de una venganza, muerte, traiciones y un tanto sangrienta.

Suspiros al Alba. Es una colección de tres relatos largos románticos y eróticos. Relatos: **Dante, bajo mis dominios:** historia romántica y erótica sobre moteros y el universo *outlaw*. **Al Sur de Andalucía:** historia de amor inspirada en las relaciones de las redes sociales. **Jinete:** historia erótica con un final romántico. Trata sobre la búsqueda de un hombre en el amor. Un

bohemio de la música que viaja por Europa para cicatrizar las heridas del corazón.

Relatos Eróticos, masturba tu mente. Es una antología de más de 60 relatos eróticos cortos, donde la autora deja su pluma más sensual.

Red Púrpura. Una novela policiaca y de suspense sobrenatural. La trama está narrada en Barcelona, y sus personajes son investigadores privados, vampiros y licántropos. Todos ellos se unen para desvelar el misterio que acontece en los túneles del metro de la ciudad.

El Viaje de Azahara: novela histórica que narra el califato de Córdoba. Historia, amor y fantasía.

Novelas publicadas por la editorial Suseya: **Caso Thanatos:** un thriller policiaco escrito a dos plumas: Lourdes Tello y Katy Molina. **Carmín:** una novela erótica y explícita que trata sobre la búsqueda del placer, la masturbación femenina y el cambio de una mujer tras leer una antología erótica. Una novela escrita por Katy Molina, dos historias en una. El libro consta de la historia de Claudia y varios relatos eróticos .

Epitafio

“El tiempo es el único culpable del olvido; los hombres no están preparados para la verdad”.

A cada paso que daba la ceniza se esparcía por el aire pintando mi rostro de tonos grises.

Yo sólo quería gritar... y despertar de esa terrible pesadilla. Supe que nadie vendría a ayudarme, ¡yo lo sabía! Y todavía fue más duro ser conocedor de tan horrible destino.

Atado de manos, con la boca cosida, el alma podrida y la mirada vacía... Así me sentía.

No le importé al mundo... ¿Acaso no soy un ser humano? ¿Mi vida no merece ser salvada? Me cuestionaba a cada interminable segundo.

Solo se nos permitía un instante antes de abrazar a la muerte, un único momento en que te preguntabas: ¿por qué yo?

Por favor... Atended a mis palabras. No miréis hacia otro lado... ¡Estoy aquí!

No era el dolor el que te consumía; sino el miedo el que te arañaba por dentro de la piel.

Sí... así cómo lo cuento...

Te bloquea, te paraliza y... olvidas respirar. Lo vivo como si hubiese pasado ayer.

Cuando eres consciente de que la pesadilla es real... Es demasiado tarde. Lo último que ves es un nido de cadáveres. A continuación, el corazón se detiene y tú, te conviertes en un cigarrillo: te prenden, te consumen

convirtiéndote en humo y después... No queda nada de ti. Te queman, te borran de la faz de la tierra. Pues todos aquellos familiares que irían a llorarte dejaron de existir mucho antes de que tú fueras conocedor del infierno.

Me convirtieron en humo... sí, lo hicieron. ¡Lo hicieron sin un atisbo de compasión!

Ahora, silencio.

Te observo desde el recuerdo, ¿sabes quién soy? Tal vez sea la maldad que duerme en ti, un ser oscuro que alberga la humanidad.